El reino de Arabia Saudí

y la hegemonía de Oriente Medio

David Hernández Martínez



DAVID HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Investigador del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM) de la Universidad Autónoma de Madrid. Colaborador y analista de El Orden Mundial. Miembro de la Asociación de Diplomados Españoles en Seguridad y Defensa (ADESyD). Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado una estancia de investigación en el Middle East Centre en London School of Economics and Political Science. Sus áreas de investigación se centran en dinámicas sociopolíticas del Mediterráneo y Oriente Medio.

David Hernández Martínez

El reino de Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio



FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

EL REINO DE ARABIA SAUDÍ Y LA HEGEMONÍA DE ORIENTE MEDIO

ISBNE: 978-84-1352-067-4
ISBN: 978-84-1352-013-1
DEPÓSITO LEGAL: M-15.661-2020
THEMA: 1FBXS/JP



Para siempre, contigo siempre, Mercedes.

Las ideas, las culturas y las historias no se pueden entender ni estudiar seriamente sin estudiar al mismo tiempo su fuerza o, para ser más precisos, sus configuraciones de poder.

EDWARD W. SAID, *Orientalismo*

INTRODUCCIÓN

LOS DILEMAS DE LA POTENCIA SAUDÍ

La sociedad internacional se encuentra en un periodo de grandes transformaciones, que repercuten en las dinámicas de cada región y en las circunstancias internas de los países. Arabia Saudí no es ajena a las fuerzas de cambio que presionan los contornos políticos, económicos y sociales del régimen, construidos bajo la única autoridad de la Casa de Saúd. El reino debe hacer frente a numerosos dilemas domésticos y externos que están determinando tanto el presente como el futuro de la potencia árabe en las próximas décadas. Los saudíes tienen ante sí la urgencia de redefinir su papel en Oriente Medio, en la esfera musulmana y en el orden mundial en un contexto de total incertidumbre.

La Primavera Árabe de 2011 constituyó un acontecimiento trascendental para la estabilidad y *statu quo* regional, dando lugar a una fase de transición determinada por las elevadas inestabilidad, convulsión e inseguridad. Todos los actores implicados de una forma u otra en las diversas crisis y problemáticas circunstancias presentes en la zona están condicionados a tener que redefinir sus estrategias y prioridades más elementales. Muchos de los marcos conceptuales y operativos en los que se asentaron el análisis, el debate y la acción en Oriente Medio, durante gran parte del siglo XX y

principios del XXI, han quedado invalidados ante una realidad que se muestra más compleja y volátil.

El alto grado de conflictividad que se recoge en diversos puntos del entorno se debe en gran parte a la brecha surgida por la consecución del poder en el ámbito interno y regional. Las revueltas, protestas y corrientes de oposición que llevan replicándose en distintos países desde hace prácticamente diez años son la evidencia de que la relación entre gobernados y gobernantes está mutando. La indignación, desafección y aspiraciones de cambio se convierten en los vectores de unas movilizaciones que buscan revertir un sistema caduco y paralizado. La confrontación se traslada a los márgenes de Oriente Medio y la disputa por una posición de liderazgo y hegemonía.

Arabia Saudí es un actor con un protagonismo destacado en el entorno, cuya influencia se ramifica por todo el mundo árabe y musulmán. La Casa de Saúd logró tomar un cariz preponderante ante el resto de actores políticos y sociales, pero dicha relevancia está siendo cuestionada en los últimos tiempos. Cada vez encuentran más dificultades para establecer un eje de países y regímenes cohesionados en torno a su rol hegemónico, mientras crecen los polos discordantes que persiguen contrarrestar las fortalezas saudíes. El reino nunca antes encontró tantas resistencias para intentar imponer sus intereses.

La disputa por la hegemonía entre Irán y Arabia Saudí representa uno de los espacios de antagonismo ideológico que vuelven a resurgir en Oriente Medio. El régimen de los ayatolás apela a un discurso expansionista y hegemónico, al igual que lo hace la monarquía saudí. Los dos Estados se caracterizan por valerse de la religión y el sectarismo para dotar de mayor

legitimidad a sus acciones y erosionar los intereses de los competidores. Iraníes y saudíes están centrados en ampliar sus márgenes de influencia y consolidarse como líderes regionales. La incompatibilidad de los objetivos de ambos países hace que perdure una tensión constante, que dificulta el desescalamiento de la fricción y la violencia en el entorno y las opciones de entablar vías de entendimiento.

La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí es un factor esencial en la evolución de las dinámicas regionales, pero también existen otros componentes que están condicionando el devenir de los acontecimientos. En este sentido, no todos los Estados, regímenes y agentes involucrados en la zona quieren tomar parte en las desavenencias entre los polos de Teherán y Riad. El marco geoestratégico de Oriente Medio se ha atomizado en los últimos años, superando el viejo *statu quo* heredado de finales del siglo XX. La más clara evidencia de estos hechos es que cualquier incidente o acción tiene un rápido alcance general y, sobre todo, un intrincado e imprevisible resultado.

Las coyunturas del exterior y los condicionantes internos se encuentran más que nunca estrechamente vinculados. El régimen saudí no solo tiene que preocuparse por los cambios que están ocurriendo a su alrededor, sino que también existen numerosos fenómenos dentro del país que presionan por alterar o enmendar el modelo vigente. La sociedad y la política en Arabia Saudí muestran ser más heterogéneas y complejas que la imagen oficial que las autoridades pretenden proyectar al mundo. El poder de la dinastía real comienza a mostrar signos de desgaste y aguda fragilidad, lo que coloca a los dirigentes del reino ante la tesitura de tener que repensar los pilares básicos de su poder.

El Estado moderno de Arabia Saudí se construye bajo la confluencia de tres elementos originales: Corona, wahabismo y petróleo. El virtuoso triángulo permite la configuración de un país y un orden interno que responde exclusivamente a los intereses del rey. La perdurabilidad del clan familiar en la cúspide del poder es el resultado de la legitimidad y fortaleza de adoctrinamiento de los principios wahabís, así como de la riqueza derivada de la producción y exportación de crudo. La patrimonialización de dichos componentes por parte de los miembros de la dinastía también se extrapola a un sistema en el que el centro político, social, económico y religioso es el apellido Saúd.

La figura del príncipe heredero Mohamed bin Salmán (conocido popularmente como MBS) emerge desde la misma elite saudí como elemento disruptivo que remueve los cánones tradicionales de la Corona, las problemáticas dinámicas de la región e incluso cuestiones internacionales que son claves. La máxima autoridad del país sigue siendo el monarca Salmán, pero su hijo es quien está asumiendo las principales tareas gubernamentales. Las grandes estrategias y planes implementados por el Estado se corresponden a la particular visión que tiene el joven líder, tanto del papel que debería desempeñar Arabia Saudí en el mundo como de la propia responsabilidad que él mismo tiene que asumir. No obstante, su ambicioso proyecto encuentra multitud de detractores.

Arabia Saudí sigue siendo uno de los epicentros políticos, económicos y religiosos de Oriente Medio y de la esfera árabe y musulmana. El reino es además un actor relevante y en continuo ascenso dentro de las relaciones internacionales. El horizonte geopolítico a escala global lo sitúa en el medio y largo plazo en

un espacio destacado, convirtiéndolo en un agente determinante para el devenir de la región y, por ende, del mundo. La formulación de su política exterior y la implementación de las distintas estrategias resultan elementos poderosamente explicativos de las circunstancias contemporáneas. La nación saudí es síntesis de tiempos de continuidades y cambios.

La Casa de Saúd ha conseguido durante décadas mantener la consistencia entre su posición autoritaria dentro del reino y la hegemonía en Oriente Medio, pero los dos aspectos ya no pueden darse por hecho. La pervivencia del régimen pasa inevitablemente por la alteración de algunas de sus premisas originales, incorporando las adaptaciones necesarias para asegurar que el poder sigue, están bajando el control del clan familiar. Sin embargo, los príncipes saudíes no se encuentran en una situación tan favorable en el ámbito doméstico y, fundamentalmente, regional. La evolución de las dinámicas en el entorno es esencial, puesto que tiene una incidencia directa en la estabilidad interna.

El análisis del reino de Arabia Saudí puede ser acometido desde distintas perspectivas y atendiendo a múltiples dimensiones. Este libro persigue presentar los rasgos generales y significativos del Estado y la sociedad saudí, enmarcados en una permanente interrelación con las dinámicas regionales, que conducen al estudio particular de la acción exterior del régimen desde el fin de la Primavera Árabe hasta la actualidad. El poder y el estatus hegemónico alcanzado por los Saúd no son componentes inamovibles e inapelables, sino que están sometidos a la oscilación permanente entre fuerzas centrífugas y centrípetas, que van dando sentido e identidad a la historia de un país y una comunidad.

PRIMERA PARTE

ESTADO Y PODER EN EL REINO DE LA CASA DE SAÚD

CAPÍTULO 1

LA PATRIMONIALIZACIÓN DEL ESTADO

La constitución del Estado moderno en Arabia Saudí es reciente, teniendo en cuenta que la unificación de todo el territorio se produce oficialmente el 23 de septiembre de 1932, bajo real decreto del monarca Abdulaziz bin Saúd. Tales circunstancias sitúan al reino en una singularidad histórica en comparación con la mayoría de regímenes de Oriente Medio y, especialmente, en el área del Golfo. Existen países en el entorno conformados mucho antes de principios del siglo XX; sin embargo, hay otros que no lograron su independencia hasta principios de la década de los setenta. En medio de este intenso proceso social y político, la Corona Saúd logrará mantenerse en el poder frente a las revoluciones y conflictos de la zona.

La evolución del Estado saudí desde su instauración hasta la se ha configurado a partir de dos ámbitos de acción complementarios que se retroalimentan mutuamente. Por un lado, la consolidación interna del sistema político y social implementado por la Casa de Saúd ante una población heterogénea. Por otro, el ascenso y liderazgo de la Corona en el complejo marco de las dinámicas regionales de Oriente Medio y la esfera musulmana, así como dentro de las relaciones internacionales. Ambos procesos se dan de manera simultánea y acorde directamente a los intereses y objetivos de la dinastía

familiar.

La consecución de una posición hegemónica por parte de la Casa de Saúd y, sobre todo, su pervivencia durante tanto tiempo se explica fundamentalmente por el triángulo de poder constituido por la Corona, el wahabismo y el petróleo. Son los tres elementos cofundacionales del Estado saudí, que representan los marcos sociopolíticos del reino. El clan familiar, que patrimonializa todas las instituciones y estamentos del país acorde a sus prioridades políticas. El wahabismo como vector de legitimidad de la monarquía y componente esencial para la proyección de la identidad nacional. El petróleo como recurso trascendental para la creación de riqueza y soporte vital del régimen.

La configuración como monarquía autoritaria y altamente patrimonializada por la dinastía de los Saúd da lugar a un sistema en que todas las decisiones relevantes quedan bajo la autoridad del rey. El equilibrio entre espacios de influencias de los distintos brazos de la familia real y la elite nacional impuso un modo de proceder consensual, en por el que el jefe del Estado tenía en cuenta las consideraciones de las figuras políticas y religiosas más relevantes del país. No obstante, la irrupción del príncipe heredero Mohamed bin Salmán en 2015 introdujo importantes cambios en el método decisorio del Gobierno, que se volvió menos consultivo y asumió un carácter más personalista.

EL TRIÁNGULO DE PODER DE LA CORONA SAUDÍ

El Estado saudí se asienta en el principio de que el centro político y social es la Casa de Saúd, cuyos miembros copan el

control absoluto del país. La doctrina wahabí es un elemento esencial, convertido en la fuente ideológica en la que se sustentan los programas y planes del régimen. El wahabismo proyectado desde el oficialismo no solo tiene su alcance a nivel doméstico, sino que también se convierte en herramienta de acción exterior para el régimen. El petróleo marca en Arabia Saudí la piedra angular que permite la posición de liderazgo, ya que el acceso a este recurso supone acaparar gran parte del poder.

La historia política de la dinastía Saúd se construye a través de constantes luchas con otros clanes y potencias extranjeras por el control de la península arábiga. A principios del siglo XVIII, en la región interior de Nechd, la tribu liderada por Mohamed bin Saúd consigue dominar gran parte de la zona y constituir el emirato de Diriyah, conocido como el primer Estado saudí (Vassiliev, 2000: 162-166). La duración del protopaís fue muy breve, entre las constantes luchas contra otras familias y el Imperio otomano, que para el año 1818 consiguió recuperar prácticamente todo el control de la provincia. Los principales líderes del clan fueron ejecutados y otros tantos tuvieron que exiliarse.

Turki bin Abdalá, nieto de Mohamed bin Saúd, retoma en el año 1824 la campaña militar para constituir un nuevo emirato, aunque esta vez con capital en Riad. El emirato de Nechd, segundo Estado saudí, no alcanzó la extensión y plenitud del antecesor reino de Diriyah, y fue incapaz de tomar las ciudades clave de La Meca y Medina. Los príncipes Saúd tuvieron que hacer frente de nuevo a las resistencias de otras dinastías, sobre todo del clan Al-Rasheed, que competía con ellos por el control de la misma zona (Wynbrandt, 2010: 158-159). En torno al

1891, la dinastía de los Saúd fue derrocada, esta vez por la coalición de los Al-Rasheed y el Imperio otomano, lo que les obligó a refugiarse en el emirato de Kuwait, bajo el amparo de la aliada dinastía Al-Sabah.

A principios del siglo XX, el hijo de Abd al Rahman bin Fáisal, último gobernante del derrocado emirato de Nechd, Abdulaziz bin Saúd, emprende la misión de reunificar otra vez la península arábiga. El 29 de marzo de 1929 tiene lugar la batalla de Sabilla entre los últimos reductos de resistencia de tribus en el norte del país y las fuerzas leales a los Saúd. La definitiva victoria permitió a Abdulaziz bin Saúd instaurar definitivamente el reino de Arabia Saudí, el tercer Estado después de Diriyah y Néyed, alcanzando una amplitud territorial nunca antes lograda. El 23 de septiembre de 1932, el monarca decreta la constitución oficial del nuevo Estado, comenzando el mandato de Abdulaziz hasta su muerte en 1952 y la consolidación de la dinastía finalmente en el poder.

El Estado de Arabia Saudí se formula teniendo en cuenta que las máximas responsabilidades recaen sobre la familia real y que la capacidad última de decisión la tiene el rey. El pasado de luchas tribales, derrotas y resistencias ante potencias extranjeras marca la preocupación de los Saúd por controlar todas las esferas de la política y la sociedad nacional (Lindsey, 2006: 103-104). Los estamentos estatales son patrimonializados por la monarquía en un doble sentido. En primer lugar, las instituciones no responden a las necesidades del territorio o población, sino a los intereses de los príncipes saudíes. En segundo término, el régimen adquiere un cariz casi omni presente en distintos ámbitos, como la seguridad, la economía, la religión o la cultura.

La manifestación más clara del grado de patrimonialización del Estado y del país es que la Casa de Saúd representa un elemento central de la identidad nacional (Novo, 1998: 35-37). El monarca y su familia son estimados como referentes políticos y religiosos ante sus compatriotas. El discurso presentado por el régimen se cimienta en que la Corona es el factor esencial que mantiene la unidad de todo el territorio, que asegura el porvenir de los ciudadanos y su seguridad ante posibles amenazas internas o externas. El clan y el rey adquieren una imagen casi sagrada ante la población y cualquier signo de crítica o desapego hacia la monarquía es considerado una muestra de deslealtad antipatriótica.

La concentración del poder en los Saúd queda plasmada en la organización y el reparto de responsabilidades y espacios de influencia en el entramado institucional. La mayor parte de los miembros del Gobierno son figuras destacadas del clan. Los cargos más relevantes de la administración pública, como gobernadores provinciales, ministros y secretarios de Estado, embajadores o altos oficiales de las Fuerzas Armadas forman parte de la dinastía e, incluso, las principales empresas públicas son dirigidas por príncipes. El ámbito estatal queda en la práctica como un entorno puramente familiar.

La Casa de Saúd no es un bloque monolítico y homogéneo, a lo largo de su reciente historia existen casos de miembros que se han desmarcado del autoritarismo, opacidad y rigorismo de la familia real. La página oficial de la dinastía marca que está compuesta por cerca de 15.000 miembros, de los cuales 2.000 son considerados del círculo más próximo a la Corona. Debido a la amplitud del clan, se forman diversos brazos o bandos dentro del mismo, que intentan ganar poder e influencia, sobre todo

para cuestiones clave para la pervivencia del régimen, como la sucesión en el trono, o para las grandes estrategias a implementar en la política nacional y en la acción exterior.

Los monarcas han intentado mantener los frágiles equilibrios entre las diferentes sensibilidades de los Saúd. Una de las ramas que mayor poder copan dentro del Estado es la conocida como los Siete Sudairi, formada a partir de los siete hijos de Abdulaziz con una de sus esposas, Hussa bin Ahmed Al Sudairi, de la dinastía Sudairi del centro de la península arábiga. Entre las figuras clave de esta rama familiar están el rey Fahd, que reinó entre 1982-2005; el príncipe Sultán, que fue ministro de Defensa (1962-2011); Nayef bin Abdulaziz, ministro de Interior (1975-2011) y Salmán, el actual monarca.

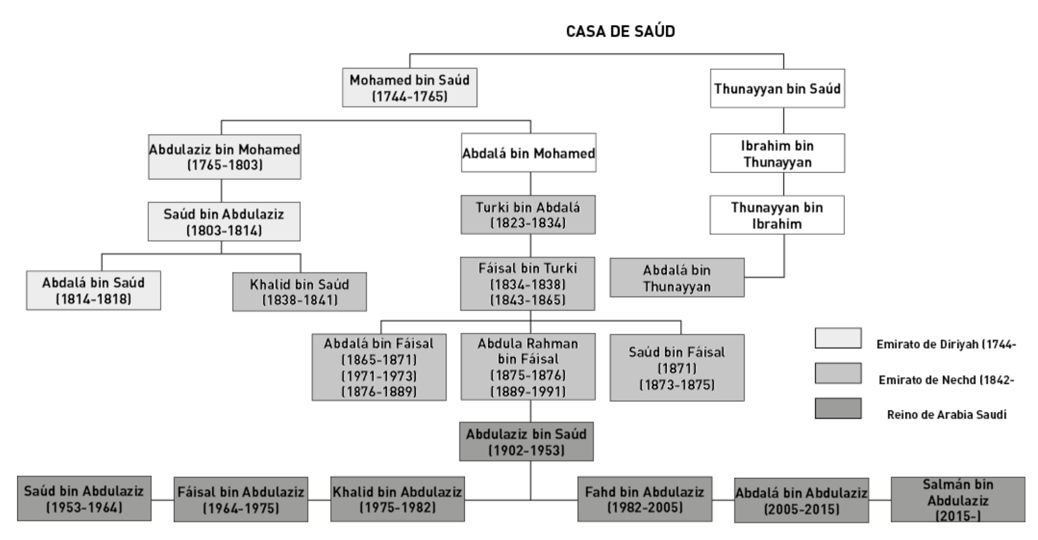
La irrupción de Mohamed bin Salmán en la elite nacional representa una brecha en la coexistencia de intereses en el seno de la monarquía (Mabon, 2018: 54-56). Por un lado, su ascenso en el organigrama gubernamental rompe con la tradición de repartos de responsabilidades entre los hijos y descendientes directos de Abdulaziz bin Saúd. Por otro, la concentración de poder bajo su liderazgo es en detrimento de otras figuras destacadas, incluso dentro de los Sudairi. En 2017 se inicia una campaña interna para reducir focos de crítica en los círculos próximos a la Corona, que lleva a la detención de familiares y altos cargos del régimen, acusados de corrupción o de alta traición.

El ascenso al poder de la Casa de Saúd ha estado acompañado desde mediados del siglo XVIII por la doctrina wahabí. El propulsor de esta corriente fue el clérigo y estudioso del Corán Muhammad bin Al-Wahab, perteneciente de la tribu Banu Tamin, en el interior de la península arábiga. Su amplia

formación religiosa le llevó a visitar los más prestigiosos centros religiosos y escuelas jurídicas en La Meca, Basora (Irak) o Qom (Irán). El incesante debate e inconformismo con las premisas predominantes de la época le condujeron a postular su propia interpretación del islam, que quedó concentrada en su obra más representativa, *Kitab al Tawhid* ("Libro del monoteísmo").

FIGURA 1

LINAJE DE LA CASA DE SAÚD



Fuente: House of Saud; Kechichián, 2001.

Al-Wahab intentó mostrar sus reflexiones sobre las enseñanzas del profeta en distintas comunidades de la zona, pero su rigorismo provocó que fuera expulsado e incluso perseguido (Martín, 2013: 23-25). Llegó al emergente emirato de Diriyah, primer Estado saudí, buscando el amparo del clan Saúd. En 1774 concertó con Mohamed bin Saúd el conocido pacto de Al-Diriyah, que unirá desde esa fecha al clan familiar con la doctrina wahabí. La síntesis del acuerdo consiste en que la Casa de Saúd tendría el respaldo ideológico del wahabismo y

la doctrina la protección de los príncipes saudíes para hacer proselitismo de sus preceptos, siempre acorde con los intereses de la Corona.

El clérigo murió en 1792 sin lograr alcanzar su propósito de concentrar a todas las tribus árabes de la península bajo una misma unidad religiosa y política. Sin embargo, la alianza entre wahabismo y Casa de Saúd se ha mantenido inalterable durante más de tres siglos. La corriente wahabí tiene una presencia minoritaria entre las diferentes escuelas y doctrinas del islam. Su carácter oficial y preponderante solamente se da en Arabia Saudí y Catar. Los preceptos wahabís están continuamente rodeados de críticas de otras ramas y escuelas jurídicas, que señalan el rigorismo y radicalismo de sus preceptos. Pese a ello, la difusión del wahabismo como parte de la política exterior saudí le ha ayudado a tener una resonancia creciente en toda la región y en la esfera musulmana.

La esencia de las ideas de Al-Wahab tiene su origen la percepción del clérigo de que la mayoría de creyentes musulmanes habían tergiversado el sentido estricto del Corán. El vector central del wahabismo considera necesario volver a una interpretación directa de las enseñanzas del profeta, excluyendo cualquier tipo de adaptación o flexibilización de su contenido literal. En este sentido, la corriente wahabí incorpora un espíritu fuertemente proselitista en tanto en cuanto se considera asimismo la restauración de la auténtica fe (Valentine, 2015: 21-25), lo que le motiva a la misión última de reconducir a los demás creyentes hacia los preceptos que son considerados como los verdaderamente correctos.

La doctrina wahabí es el principal elemento discursivo que tiene la Corona para justificar y reforzar su legitimidad ante la

población. El rey emerge como figura de transcendencia política y religiosa, bajo el título de Guardián de los Santos Lugares de La Meca y Medina, que autoproclamó el rey Fáisal durante su reinado y que formalizó oficialmente su hermano Fahd en 1982. Bajo este paradigma, la Casa de Saúd se concede una misión superior a la del mero gobernante, ya que tienen la responsabilidad de proteger los espacios fundacionales de la religión, defender los intereses de las comunidades musulmanas y difundir las consideradas correctas enseñanzas del profeta.

El wahabismo tiene también una relevancia significativa en la política exterior del reino, ya que funciona como marco ideológico para las acciones del Estado y mecanismo para vehiculizar los intereses internacionales de los príncipes saudíes. Las premisas wahabís de que representan la auténtica fe derivan en una visión excepcionalista del rol que deben desempeñar la Casa de Saúd y el reino en el mundo (Ottaway, 2011). Arabia Saudí estaría llamada a ser el líder y referente de todas las poblaciones de tradición islámica, ejerciendo especialmente un papel hegemónico en Oriente Medio. Este tipo de argumentación preponderante está muy presente en la narrativa oficial del régimen.

El peso del wahabismo en la política exterior de Arabia Saudí también se traduce como mecanismo prioritario de *soft power*, sirviéndose la monarquía de la religión para preservar sus intereses (Schwartz, 2007: 112-114). Los príncipes saudíes son conscientes de que a través de la religión consiguen interferir y ganar protagonismo en aquellos espacios donde una intervención política pudiera ser perjudicial. La potencia cimienta gran parte de su acción en el extranjero en el apoyo económico, diplomático y formativo a comunidades de creyentes

de todo el mundo, a facciones y grupos religiosos de países del entorno cercano y a prominentes líderes con los que existe congruencia ideológica.

La constitución del Estado saudí tiene entre sus características la de incluir la presencia institucional del wahabismo a diferentes niveles. La elite wahabí nacional se encuentra en los círculos más próximos de la Corona (Stenslie, 2012: 44-48), con especial protagonismo en los ámbitos de la educación, la justicia y la religión. Una figura clave es el gran muftí del reino, nombrado directamente por el monarca y que representa la máxima autoridad religiosa y legal del país tras el propio rey. Este cargo permite la publicación de *fatwas*, que representan un elemento legal fundamental para la resolución de controversias políticas y sociales, marcando línea de jurisprudencia.

El gran muftí preside el Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas, órgano creado por el rey Fáisal a principios de los setenta. Está conformado por los religiosos y juristas más prestigiosos del país, sirve como institución de asesoramiento al monarca y delimita la legalidad de las grandes políticas. El wahabismo está representado en el Gobierno por el Ministerio de Asuntos Islámicos, Dawah y Guía Espiritual, que tiene competencia directa sobre la *mutawa*, la policía religiosa encargada de velar por que no haya comportamientos que excedan la interpretación estricta de la *sharía*. En este sentido, el wahabismo también tiene una influencia directa y de adoctrinamiento sobre el sistema educativo saudí desde la infancia hasta la universidad.

El otro elemento clave, junto con el wahabismo y la Casa de Saúd, es el petróleo, que es un factor consustancial del

desarrollo del Estado moderno. El control sobre este recurso permite el acceso a la principal fuente de riqueza del país, por lo que concede un estatus privilegiado a quien lo tenga sobre el resto de la población (Izquierdo, 2007: 7-9). El crudo se incorpora como factor del triángulo de poder saudí no solo por la producción y exportación del mismo, sino por el tipo de distribución de la riqueza que el régimen realiza. El cariz autoritario y patrimonial del sistema y su pervivencia política no pueden explicarse solo teniendo en cuenta un único factor, sino que se debe atender a la conjugación de los principales elementos internos con las circunstancias del entorno.

Los descubrimientos de los primeros yacimientos de petróleo fueron en la década de los treinta, al mismo tiempo que se conformaba el nuevo Estado saudí. Entre 1933-1938, Abdulaziz bin Saúd concedió los primeros derechos de explotación y producción de crudo a compañías extranjeras. La mayoría de la actividad extractivista se localiza en la región este, donde sobresale el emplazamiento de Al-Ghawar, considerado el campo de explotación de petróleo más grande del mundo y próximo a la ciudad de Dhahran, centro neurálgico de toda la industria petrolera saudí en la costa del Golfo. La mayor parte del proceso productivo está centralizado por la empresa estatal Saudi Aramco.

La relación entre gobernados y gobernantes, aparte de los elementos religiosos y el peso coercitivo del régimen, también está fundamentada en un particular “contrato social” resumido en que el Estado se encarga de garantizar un mínimo bienestar material a la población, eximiéndola de obligaciones fiscales, asegurando la seguridad y estabilidad interna, a cambio de que los nacionales renuncien a derechos y libertades. La posibilidad

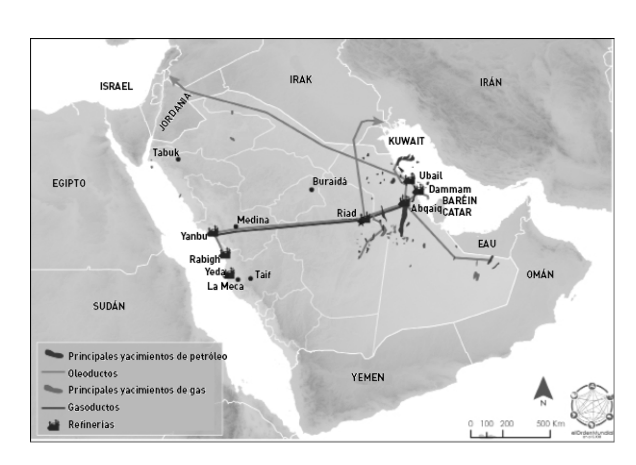
de progresar socialmente está muy condicionada a la anexión y lealtad a la monarquía. La característica clientelar se propaga de forma escalonada por todas las capas de la sociedad saudí, creando complejas e intricadas redes de dependencia.

El liderazgo de los Saúd potenciado por el petróleo también tiene su corolario en el ámbito exterior. Fue el rey Fáisal, tras la crisis económica internacional de 1973, quien fue consciente de la importancia política que podrían tener esos recursos naturales a nivel global, dotando a las medidas energéticas de un cariz totalmente diplomático. Las capacidades en hidrocarburos convierten a Arabia Saudí en un agente destacado de los mercados mundiales. Las decisiones del reino en esta materia lo configuran como un elemento altamente condicionante para el desarrollo de la economía internacional, además, lo sitúan como uno de los polos emergentes más importantes del mundo.

La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) es uno de los espacios donde queda reflejada más nítidamente la relevancia de Arabia Saudí debido al crudo, acostumbrada a ejercer un liderazgo rotundo sobre el resto de miembros y frente a los principales importadores. La Corona de los Saúd estima este recurso como el soporte económico básico de sus estrategias regionales y globales, pero también como un elemento de presión directo hacia las demás potencias políticas. Las rentas derivadas de la actividad petrolífera le permiten financiar sus múltiples campañas diplomáticas, religiosas e incluso militares en otros países, al mismo tiempo que reequilibra las relaciones con las principales economías occidentales o asiáticas, que demandan el petróleo saudí.

FIGURA 2

PRINCIPALES INSTALACIONES PETROLÍFERAS EN ARABIA SAUDÍ



Fuente: El Orden Mundial.

ESTRUCTURA ESTATAL Y ORGANIZACIÓN POLÍTICA

El reino de Arabia Saudí se constituye como una monarquía autoritaria en tanto en cuanto el rey es la máxima autoridad política y religiosa del país y no existe, en principio, ningún contrapeso oficial que pueda condicionar su poder. El jefe de Estado es el responsable último de todas las grandes decisiones del régimen en materia gubernamental, legislativa y judicial. Todos los ámbitos y órganos de funcionamiento del Estado convergen en su figura. El monarca está facultado para formular nuevas leyes a través de decretos reales y hacer nombramientos en cualquier nivel de la Administración pública, las instituciones sociales, las empresas estatales o la esfera religiosa.

Abdulaziz bin Saúd planteó un sistema en el que el liderazgo estatal y familiar estuvieran inexorablemente vinculados. El monarca es también el referente dentro del clan Saúd, encargado de mediar y solventar las diversas tensiones y

problemáticas internas. Una de las cuestiones centrales para la estabilidad del régimen y el equilibrio entre las diferentes ramas de la dinastía es el complejo tema de la sucesión (Taheri, 2012: 139-140). El príncipe heredero es el segundo título más relevante en el país, pues está llamado a continuar la labor como futuro dirigente del Estado y de la casa real.

La sucesión se convierte en uno de los factores más disruptivos para la estabilidad interna del reino. Bajo el emirato de Diriyah, durante el siglo XVIII, la transición entre monarcas se hizo de padre a hijo. Sin embargo, en el emirato de Nechd, en el siglo XIX, el mandato de la Corona se heredó en algunas ocasiones entre hermanos y en otras siguiendo la línea parental. Abdulaziz bin Saúd, ya en el siglo XX, fue incapaz de plantear una fórmula clara y precisa para estas complejas circunstancias, provocando que fueran la costumbre y el consenso mayoritario entre la familia real los factores que impusieran el criterio de acceso al trono entre los descendientes directos del fundador del Estado.

La sucesión entre los hijos de Abdulaziz bin Saúd provocó que la Corona terminara caracterizándose como una elite octogenaria. En la práctica, el príncipe heredero solía ocupar el Ministerio de Interior o el de Defensa, las áreas consideradas más relevantes para el régimen, pero sus cometidos no tenían mayor alcance. Esta tendencia solo ha sido alterada en dos ocasiones. En primer lugar, la incapacitación por salud del rey Fahd provocó que su hermano Abdalá, el posterior monarca, ejerciera de regente desde 1995 hasta la muerte de su antecesor en 2005. En segundo término está el caso de Mohamed bin Salmán, que desde 2015 está asumiendo las principales competencias gubernamentales.

Las decisiones del rey Salmán en torno a la sucesión suponen un condicionante político sin precedentes en la historia reciente del régimen (Kechichián, 2019: 28-30). Inicialmente, en abril de 2015 ascendió a su sobrino Mohamed bin Nayef (MBN), hijo de su fallecido hermano Nayef bin Abdulaziz, como príncipe heredero. Además, el nuevo monarca concedió a Mohamed bin Salmán el cargo de ministro de Defensa. Estas decisiones supusieron una ruptura profunda con la tradición y costumbre de la monarquía, al señalar el relevo en la Corona sin tener en cuenta a las generaciones más mayores. El cambio final se produjo en junio de 2017, cuando Salmán decidió reorganizar todo su gabinete y señalar a su propio hijo como el sucesor directo.

Los problemas de salud del rey han motivado que Mohamed bin Salmán asuma las principales responsabilidades y actúe en realidad como una especie de primer ministro en la sombra. Salmán sigue siendo oficialmente la máxima autoridad del país, pero su papel en la práctica está quedando limitado a cuestiones protocolarias. Es el príncipe heredero quien se hace cargo de la dirección del reino, responsabilizándose de los grandes planes de reforma interna y las estrategias regionales y de acción exterior. La concentración de poder y el liderazgo personalista del joven dirigente están provocando recelos y fricciones entre miembros del clan y en ciertos sectores de la elite nacional.

El autoritarismo de la monarquía no había impedido que la consulta se convirtiera en el vector principal de la política del régimen (Cordesman, 2003: 132-134). Los monarcas, apelando a la práctica del Corán de la *shura* (en árabe, “consultar”), tendían a discutir todas las grandes decisiones con las figuras

relevantes de la Casa de Saúd, las autoridades religiosas y otros clanes y tribus del país, permitiendo una cierta estabilidad y canalización de las discrepancias. Sin embargo, esta carencia está siendo totalmente sobrepasada por Mohamed bin Salmán, quien está tomando las decisiones de una forma más directa, sin tener en cuenta las distintas sensibilidades presentes en el seno de la Corona.

La institucionalización de la consulta en el círculo del clan dinástico tuvo lugar finalmente en el año 2006 (Yamani, 2009: 92-93), cuando el rey Abdalá dictaminó la creación del *Hay'at al Bay'ah* ("Consejo de la Lealtad"). Dicha institución está conformada por 34 príncipes, nombrados directamente por el monarca teniendo en cuenta las distintas ramas del clan. Están presentes los descendientes directos aún vivos de Abdulaziz bin Saúd y nietos y bisnietos. El objetivo del órgano es consensuar entre todas las partes el futuro sucesor al trono, evitando las posibles tensiones internas y dirimiendo los principales problemas de la casa real dentro de este particular foro.

El rey tiene cuatro órganos que le asesoran directamente a él: el Consejo de la Lealtad para cuestiones familiares; el Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas para asuntos religiosos y judiciales; el Gobierno, encargado de la dirección política del país; y el *Majlis Al-Shura* ("Asamblea Consultiva") para asesorar en procesos legislativos. En este sentido, el ejecutivo no funciona como un órgano colegiado, sino que cada ministro responde exclusivamente ante el monarca y las decisiones no se toman conjuntamente, ya que solo es el jefe del Estado el capacitado para tal acción. El estamento gubernamental mantiene el cariz consultivo con el que fue

establecido en 1953 por Abdulaziz bin Saúd, que pretendía convertirlo en un espacio de consulta y debate interno.

El Gobierno de Arabia Saudí suele estar constituido aproximadamente por 30 ministerios, la vicepresidencia y la jefatura. La amplitud del número de miembros responde en gran medida al empeño de utilizarlo como espacio para equilibrar influencias, teniendo en cuenta las distintas sensibilidades dentro de la elite nacional. En 2003, el rey Fahd promulgó un decreto real por el cual quedaba regulado el funcionamiento ordinario del ejecutivo, conformado por dos tipos de ministros: aquellos a cargo de determinadas carteras ministeriales y los ministros de Estado, cuya función es ayudar en las tareas de la presidencia al príncipe heredero y al monarca.

En la configuración del Gobierno se distinguen varias categorías. Los ministros de Estado son personas de máxima confianza del rey, ya que son quienes deben ayudarle en las tareas diarias. Los ministerios referidos a la seguridad y defensa, que son históricamente las carteras con mayor importancia política para el régimen y que han recibido las principales partidas presupuestarias, concentradas en los sectores de defensa, interior y la Guardia Nacional. Los ámbitos referidos a la justicia, la religión y la educación tienden a ser ocupados por personalidades del wahabismo oficial, mientras que áreas como la economía, la industria, la energía o el comercio asumen un perfil más burocrático.

El *Majlis Al-Shura* es el cuarto órgano de asesoramiento directo. En 1992, el rey Fahd decretó la Ley del Consejo de la *shura*, recogiendo la creación de una cámara de 150 miembros que deberían supervisar la labor gubernamental y aconsejar al jefe del Estado en la tarea legislativa (Ulrichsen, 2011: 69-71).

Los asamblearios son elegidos directamente por el monarca, en atención a su relevancia profesional, política o religiosa. La cámara puede ser renovada total o parcialmente cada cuatro años por el rey. En 2013, Abdalá emitió el decreto por el cual se garantizaba que al menos una quinta parte de los escaños tendrían que ser ocupados por mujeres.

El ascenso de Mohamed bin Salmán al poder queda plasmado en cambios institucionales al más alto nivel. En enero de 2015 se aprobó la creación del Consejo de Asuntos Políticos y Seguridad (CPSA) y el Consejo de Asuntos Económicos y Desarrollo (CEDA), que sustituían al extinto Consejo de Seguridad Nacional y al Consejo Supremo Económico. Ambos organismos están presididos por el príncipe heredero. El CPSA reúne a los ministros de Interior, Defensa, Asuntos Exteriores, Información, Asuntos Islámicos y al jefe de la Inteligencia. El CEDA lo conforman las áreas de Economía, Finanzas, Comercio, Trabajo, Vivienda y Comunicaciones. La finalidad es formular las grandes líneas de actuación del reino en los próximos años.

El rey tiene la facultad de nombrar a los gobernadores de las distintas provincias, que suelen ser cargos ocupados por miembros relevantes de la familia real, ya que la preservación de la cohesión territorial es una preocupación siempre presente en el régimen. El rey Jálid en 1980 estableció una nueva organización territorial, que reformulaba la división realizada desde 1932, quedando el país administrado en 13 provincias: al norte, Tabuk, Al Jawf y Frontera norte; al este, la provincia Oriental; al sur, las regiones fronterizas con Yemen de Najrán, Jazán, Asir; al oeste, Al-Baha, La Meca y Medina; y en el interior del reino, Hail, Casim y la provincia de Riad.

Las provincias dependen del Ministerio de Interior y las competencias de los gobernadores se limitan a trasladar los decretos del rey. Los cargos municipales también son elección discrecional del monarca, aunque tanto a nivel regional como local existen asambleas consultivas, encargadas de asesorar a las autoridades en las cuestiones locales. A partir del 2005, el rey Abdalá permitió la celebración de elecciones directas para elegir a los candidatos a esas cámaras (Al-Rasheed, 2009: 592-594). En 2011, tras la repercusión de la Primavera Árabe, el monarca aseguró el derecho de las mujeres al sufragio y a presentar candidaturas para las elecciones de 2015.

En el reino saudí no existen oficialmente partidos políticos ni formaciones electorales, las candidaturas para los comicios a los consejos municipales y provinciales se realizan de manera individual, tras haber conseguido el permiso del régimen. Las competencias de estos órganos son meramente consultivas, aunque ayudan a las autoridades a conocer las principales preocupaciones de las poblaciones de cada zona, sirviendo también de espacios representativos de las sensibilidades de cada sector de la sociedad. Los ciudadanos saudíes siguen teniendo muy restringida la participación política, los espacios para influir de una manera directa en las decisiones gubernamentales aún son reducidos.

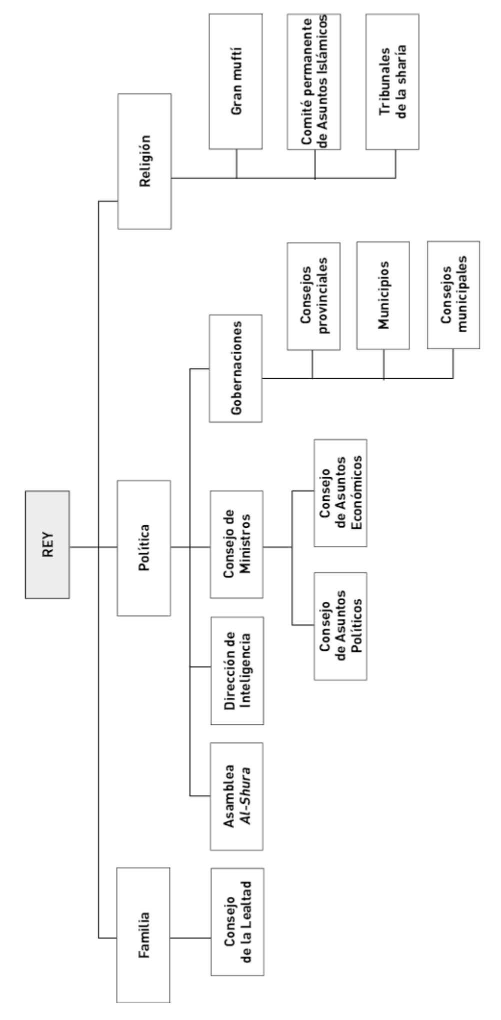
El sistema legal tiene como fundamento central la *sharía*, derivada del Corán y la Sunna, que son las enseñanzas, dichos y hábitos del profeta Mahoma. La interpretación legislativa se hace acorde con la doctrina wahabí, que impone un criterio estricto y literal de la ley islámica, que es reconocida como la única constitución del reino. La influencia jurídica del wahabismo penetra en todos los niveles del Estado (Yamani,

2008: 145-147), empezando por los tribunales de la *sharía*, divididos en tribunales de primera instancia, de apelación y Tribunal Supremo, que tienen que ser acordes con los preceptos religiosos. Incluso las propias decisiones del monarca están delimitadas bajo estos principios.

El desarrollo del régimen ha obligado a ir complejizando el marco jurídico. Tomando la *sharía* como fuente primaria del derecho, existen tres vertientes que lo complementan. Por un lado, los reales decretos que articulan las decisiones del monarca y su Gobierno. Por otro, las leyes básicas, promulgadas por el rey Fahd en 1992 (Lippman, 2012: 17-19), compuestas por tres normas: Ley de Gobierno, Ley de Asamblea Consultiva y Ley de Provincias, que establecían los marcos de funcionamiento del ejecutivo, del *Majlis Al-Shura* y de las administraciones locales. Finalmente, el derecho saudí también tiene la influencia de la costumbre, reflejo de las diferentes prácticas tribales de cada comarca y región del país, en la que influye la tradición marcada por cada clan o dinastía de la zona.

FIGURA 3

DIVISIÓN INSTITUCIONAL DEL PODER



Fuente: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

La constitución del Estado saudí se ha realizado en paralelo a dos procesos, en primer término, la proyección de una identidad nacional homogénea propugnada por la Corona y, en segundo lugar, el mantenimiento de los rasgos tribales heredados de la unión de los distintos clanes. La unificación del país realizada por Abdulaziz bin Saúd durante las tres primeras décadas del siglo XX se llevó a cabo, bien por medio de la conquista contra otras familias, bien con la alianza dinástica entre linajes. El resultado fue que en determinadas partes del reino todavía queda constancia del arraigo tribal, que queda reflejado en la actuación de los tribunales y, también, en los repartos de

influencia y poder que llevan a cabo los príncipes saudíes con los líderes locales más destacados.

En el funcionamiento del régimen saudí tienen una importancia vital las cuestiones de seguridad y defensa. El mantenimiento en el poder de los Saúd encuentra en los recursos de represión y coerción unos de los elementos clave. La progresión de los aparatos policiales, militares y de inteligencia ha sido acorde a las percepciones de amenazas por parte de la dinastía. La atención en determinados periodos se ha focalizado en posibles corrientes revolucionarias y de contestación dentro del país, combinado con otras fases en que los puntos más peligrosos podían proceder del extranjero. Tras la Primavera Árabe de 2011 confluyen fuertemente los dos aspectos.

El rey como jefe del Estado es también el líder supremo de las Fuerzas Armadas, de la Guardia Nacional y de todos los servicios de inteligencia nacionales. La autoridad militar central está encabezada por él mismo, el príncipe heredero y el ministro de Defensa, así como los generales responsables de los distintos comandos operacionales (Cordesman, 2009: 118-124). Las elites de oficiales de los cuerpos de seguridad son copadas por figuras de máxima confianza del monarca. La seguridad y defensa en Arabia Saudí queda organizada sobre tres grandes campos de acción: estructuras nacionales, estamentos militares y los departamentos de los servicios de inteligencia.

El príncipe heredero está a cargo del Ministerio de Defensa, que es responsable a su vez de los diferentes cuerpos militares; destaca la Guardia Real, que está encargada de la seguridad del rey y de la Casa de Saúd. En la misma línea, se encuentran el Ejército de Tierra, la Armada, la Fuerza Aérea, la Fuerza de

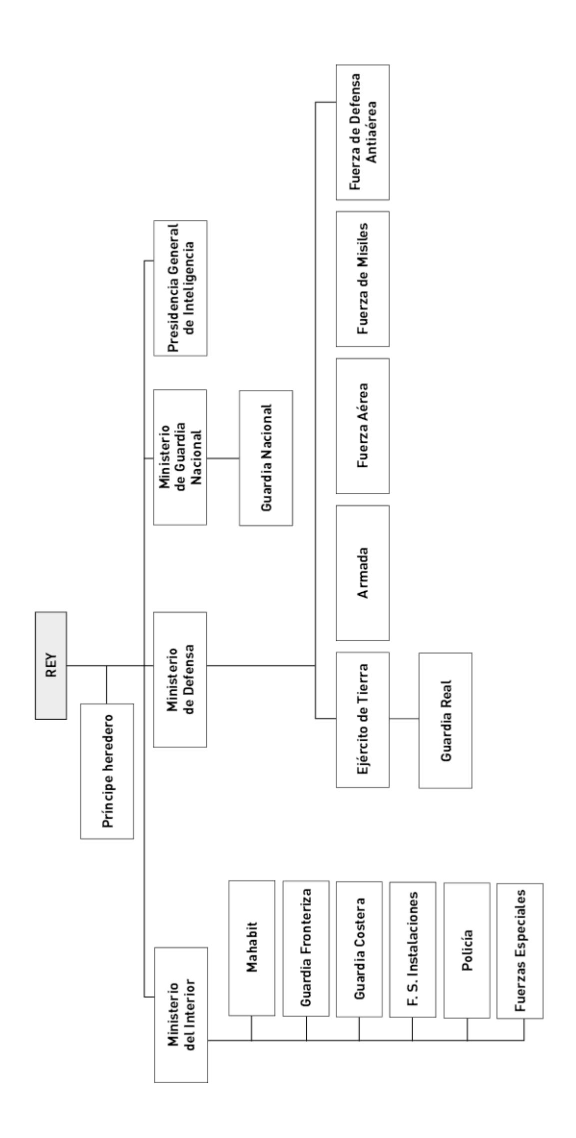
Defensa Antiaérea y las Fuerzas de Misiles Estratégicos. Según el informe del International Institute for Strategic Studies (IISS): *The Military Balance 2018*, el Ejército de Tierra, incluyendo la Guardia Real, está compuesto por 75.000 efectivos; la Armada, por 13.500; la Fuerza Aérea, por 20.000; la Fuerza de Defensa Antiaérea, por 16.000; y la Fuerza de Misiles, por 2.500.

El Ministerio de Interior se encarga de la seguridad interna y para ello existen numerosos cuerpos, entre los que destacan, aparte de la policía, la Guardia Fronteriza; la Guardia Costera; los Servicios Generales de Seguridad o *Mabahit*, que son en realidad servicios de inteligencia doméstica; las Fuerzas de Seguridad para instalaciones estratégicas como los yacimientos de petróleo; y Fuerzas Especiales de Seguridad para operaciones de alto riesgo como la lucha antiterrorista. La Presidencia General de Inteligencia es un órgano independiente de cualquier otro ministerio y que coordina los dispositivos de espionaje y contraespionaje.

El Ministerio de la Guardia Nacional dirige dicho cuerpo, que no está incluido ni en la estructura de las Fuerzas Armadas ni en los elementos del Ministerio de Interior. La Guardia Nacional tiene sus orígenes en la milicia tribal que ayudó a Abdulaziz bin Saúd en su campaña de conquista y, ante la desconfianza en un Ejército que no fuera controlado directamente por él, mantuvo la vigencia de este brazo militar. Su función esencial es mantener la unidad territorial y proteger la autoridad de la casa real frente a posibles focos de inestabilidad internos. El informe *The Military Balance 2018* del IISS calcula que cuenta con unos 100.000 efectivos entre personal en activo y reservistas, una muestra del alto nivel de militarización que existe en el reino.

FIGURA 4

ESTRUCTURA DE DEFENSA Y SEGURIDAD



Fuente: The North African Military Balance: Force Developments in the Maghreb, 2009; The Military Balance, 2018.

CAPÍTULO 2

EL MODELO ECONÓMICO DEL REINO

El desarrollo del Estado y del régimen de los Saúd durante más de ochenta años está intrínsecamente ligado al petróleo. Este recurso se convierte en un factor determinante para justificar la importancia estratégica de Arabia Saudí y el Golfo. La riqueza del país en reservas de crudo, junto con los objetivos políticos de la Corona, provoca que se proyecte un tipo de modelo productivo que ayuda a garantizar la posición de liderazgo de la familia real dentro del reino, al mismo tiempo que sirve de apoyo fundamental para sostener la política exterior que el reino saudí intenta implementar en la región.

El modelo económico del país es caracterizado habitualmente bajo la síntesis de un régimen rentista y clientelar, representando un tipo de rasgos compartidos con otros Estados del entorno, donde también existe un predominio de los hidrocarburos. En este sentido, no se puede infravalorar la relevancia del petróleo y del gas como elementos centrales del autoritarismo del sistema saudí, pero tampoco se deben presentar como la única razón del mismo. Estos componentes son parte del marco explicativo doméstico de Arabia Saudí, donde la disputa por el poder político y la preponderancia de los Saúd sobre el resto de los actores nacionales es configurada de forma dinámica y multicausal.

La singularidad del desarrollo saudí resulta de enorme utilidad para los intereses de la familia real en tanto en cuanto ayudan a preservar su autoridad y garantizar un estatus privilegiado. El crudo también sirve para situar al reino entre una de las principales potencias económicas del mundo en pleno siglo XXI. Sin embargo, la centralidad del petróleo y del gas, y la particular distribución de riqueza realizada de las rentas obtenidas de su producción generan un cuestionamiento permanente de la sostenibilidad del modelo nacional. Las dudas se plantean no solo en términos de datos macroeconómicos, sino también en relación directa con la estabilidad y la cohesión social.

Mohamed bin Salmán presentó el 25 de abril de 2016 el marco estratégico Saudi Vision 2030, que está enfocado en reformar el modelo económico saudí. Este programa se constituye en una de las grandes líneas maestras de la estrategia política del joven líder, presentando un marco de actuación para los próximos años que permita dar solución a los tradicionales problemas del reino. No obstante, no es la primavera vez que desde la Corona se busca introducir cambios en el sistema interno y reducir el papel protagonista del petróleo. El rey Fahd, en la década de los ochenta y, más tarde, el rey Abdalá, ya intentaron acometer transformaciones de tal calado, aunque los resultados no fueron destacados.

EL PETRÓLEO EN LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL RÉGIMEN

Los inicios del nuevo Estado presentaban para Abdulaziz bin Saúd numerosos dilemas económicos. Las capacidades y

recursos del país eran realmente limitados. Las principales actividades se concentraban en la costa este y en la franja del mar Rojo (Niblock y Malik, 2007: 35-36), centradas en la pesca, el comercio y la recolección de perlas, ya que la región del Golfo constituye uno de los principales productores de este mineral. La frágil economía saudí se complementaba con los escasos impuestos que la Casa de Saúd imponía a los tránsitos comerciales y a las caravanas nómadas en el interior, así como a las rentas obtenidas por el peregrinaje de los creyentes a La Meca y a Medina.

La primera fase de constitución del reino coincide con la expansión de las compañías petroleras de Reino Unido, Alemania, Francia, EE UU o Canadá en el Golfo. En mayo de 1933, Standard Oil of California conseguía cerrar con el clan familiar la primera concesión para el estudio y prospección de crudo en territorio saudí. Se crea para ello la empresa subsidiaria California-Arabian Standard Oil (CASOC), antecesora directa de la actual Saudi Aramco. En enero de 1935 se inauguran los primeros pozos en la zona de Dhahran, ya que desde 1931 se conocía de la existencia de petróleo allí. Sin embargo, los primeros trabajos no consiguieron obtener resultados significativos.

En 1936, la compañía estadounidense Texas Oil Company (Texaco) se hace con el 50 por ciento de la concesión real, intentando reactivar los trabajos de prospección realizados previamente, que habían resultado infructuosos. Finalmente, el 4 de marzo de 1938, el pozo número 7, el más profundo de los abiertos en el campo de Dhahran, consigue extraer petróleo de forma ininterrumpida. Comenzaba entonces una intensificación de la actividad en la zona, pero el inicio de la Segunda Guerra

Mundial paralizó los trabajos ya iniciados. El campo fue atacado por la aviación italiana en octubre de 1940, en un ataque dirigido a las principales instalaciones de los británicos y demás aliados en el Golfo.

El 14 de febrero de 1945, el presidente Roosevelt recibe al rey Abdulaziz a bordo del crucero USS Quincy, atracado en el Gran Lago Amargo del canal de Suez, en lo que fue el primer encuentro oficial de un jefe de Estado extranjero con el monarca saudí. En esa reunión se sentaron las bases de la histórica alianza, marcando la preferencia de las empresas estadounidenses en la explotación de crudo. Previamente, el 31 de enero de 1944, la empresa que en aquel periodo monopolizaba toda la producción del país, CASOC, pasó a denominarse oficialmente Arabian American Oil Company (Aramco).

En 1948, Standard Oil of New Jersey, más tarde conocida como Exxon, y Socony Vacuum, renombrada Mobil, se convierten en unos de los principales accionistas de Aramco, lo que dejó a la compañía totalmente bajo propiedad estadounidense. En las mismas fechas, se descubren nuevas reservas en el área de Al-Ghawar (Philowitz, 2013: 92-93), al este del país, comenzando su actividad en 1951 y pasando a ser considerado el campo de extracción más grande del mundo. Las acciones de prospección se extienden por toda la franja de la costa del Golfo. La Corona comienza a entender la importancia económica que pueden llegar a representar los recursos de hidrocarburos.

En 1950 el monarca amenaza a los accionistas estadounidenses con nacionalizar todas las infraestructuras petrolíferas si no aceptan un reparto del 50-50 de los beneficios

generados. La acción del rey Abdulaziz bin Saúd constituye la primera maniobra de la monarquía por valerse de las rentas del petróleo para la preservación de los objetivos del régimen. No obstante, no fue la única medida que dio a Aramco un cariz crecientemente político. El 31 de agosto de 1952, la Corona despliega un destacamento de 40 soldados en la localidad de Hamada, en el oasis de Buraimi, limítrofe con el emirato de Abu Dabi y el sultanato de Mascate (Citino, 2002: 19-22), reclamando la soberanía sobre un espacio en el que, se estimaba, podría haber importantes reservas de crudo.

La tensión fronteriza se mantuvo durante más de dos décadas, pero finalmente se resolvió tras la mediación de Reino Unido y el arbitraje internacional, concluyendo más tarde con un acuerdo fronterizo entre Arabia Saudí y EAU, bajo el Tratado de Yeda de 1974. El reino saudí no logró hacerse con el control de la región de Buraimi, pero sí consiguió ampliar su territorio hacia el este en detrimento del emirato de Abu Dabi. Con ello, sumó una nueva salida al mar por la bahía de Khawr al Udayd, entre Catar y la costa emiratí, así como el control de del yacimiento de Shaybah, a pocos kilómetros de la frontera, que representa una de las áreas de extracción más extensa en suelo saudí.

El 9 de noviembre de 1953, fallecía el rey Abdulaziz bin Saúd y fue sucedido en el cargo por su primogénito Saúd bin Abdulaziz, cuyo reinado estuvo marcado por las constantes disputas internas y las diversas presiones y crisis internacionales y regionales. Entre el año 1953 y 1958 tuvieron lugar dos huelgas protagonizadas por los trabajadores nacionales de Aramco, que recogían en gran parte las aspiraciones revolucionarias y panarabistas que dominaban

Oriente Medio. El régimen reprimió duramente este tipo de movimientos, que también preocuparon a sus socios estadounidenses, ya que suponían una amenaza directa al tipo de convenios que habían logrado establecer con la Corona.

Durante las décadas de los cincuenta y sesenta empieza la patrimonialización de la riqueza generada por parte de la Casa de Saúd. Por un lado, permite llevar a cabo las primeras grandes obras de infraestructuras, como las principales carreteras, vías de tren, aeropuertos y universidades, manifestaciones de la primera etapa desarrollista del reino. Por otro, la monarquía controla exhaustivamente todos los beneficios generados por las actividades extractivistas, dando lugar a una creciente diferenciación del nivel de vida y del bienestar material de la elite nacional con respecto al resto de la población (Nehme, 1994: 930-932). En este sentido, el propio rey Saúd fue acusado de malgastar los recursos del país y favorecer intencionadamente a sus familiares más directos.

Entre el 10 y el 14 de septiembre de 1960 tuvo lugar en Bagdad la primera conferencia de países exportadores de petróleo, que daría lugar a la creación de la OPEP el 6 de noviembre de 1962. Los iniciales impulsores de la organización fueron Irán, Irak, Kuwait, Arabia Saudí y Venezuela, debido a que entendieron la necesidad de cooperación entre los principales Estados exportadores para poder influir en los mercados internacionales. Una figura clave en este proceso fue el político saudí Abdullah Tariki, quien fuera ministro de Industria durante el reinado de Abdulaziz, siendo uno de los primeros no miembros del clan en tener responsabilidades gubernamentales, luego con Saúd asumiría el recién creado Ministerio de Petróleo y Minería en diciembre de 1960.

Tariki fue el gran responsable de las primeras políticas energéticas de Arabia Saudí. Se convirtió en un firme defensor de la nacionalización de Aramco dentro del Gobierno (Vitalis, 2009: 133-135), puesto que consideraba que las concesiones a las empresas estadounidenses estaban desequilibradas en favor de los intereses extranjeros. Junto al ministro de Minería venezolano, Juan Pablo Pérez Alfonso, llevó a cabo la institucionalización de la OPEP, bajo la idea central de que los países tenían derecho a ejercer la soberanía sobre los recursos de su territorio, haciendo prevalecer sus criterios por encima de los de las grandes compañías petrolíferas que monopolizan los mercados.

Las propuestas de Tariki sobre la industria del petróleo tuvieron un gran alcance en la familia real. En primer término, el llamado Movimiento de Príncipes Libres, a principios de los sesenta, liderados por el príncipe Talal bin Abdulaziz, que apostaban por una democratización y liberalización política del país, asumió la idea de nacionalizar recursos naturales. En segundo lugar, la rama real encabezada por Fáisal también abogaba por dotar de mayor influencia política a las decisiones en materia energética. Sin embargo, Saúd no logró avanzar en este sentido durante su reinado.

El 28 de marzo de 1964 se produjo la abdicación del Saúd, tras evidenciar que ya no contaba ni con el apoyo de las principales figuras del clan ni del wahabismo o de las fuerzas de seguridad. Su hermano Fáisal asumía la dirección del país y su mandato constituyó un periodo de enorme transformación política para el reino. El nuevo monarca estableció las grandes líneas macroeconómicas y de acción exterior que seguirán sus hermanos y sucesores en el trono en las décadas posteriores. Su

trascendencia para el petróleo y gas saudí se focalizó en tres aspectos: planes de modernización nacional, nacionalización de Aramco y la respuesta dada a la guerra del Yom Kipur de 1973.

El rey Fáisal había encabezado el golpe de Estado contra Saúd, bajo las acusaciones de incapacidad de gestión, corrupción y derroche económico, para impulsar un acelerado desarrollo del país y convertirlo en una potencia regional. La monarquía saudí empezó desde el año 1970 a actuar bajo planes quinquenales (Al-Rasheed, 2010: 116-118), que marcaban los principales márgenes de funcionamiento en materia económica y energética, coordinados desde 1975 por el Ministerio de Planificación. En esos primeros programas de reforma se situó en un plano central Aramco, convertida en prioridad para el régimen, y la urgencia de centralizar todos los beneficios generados por tal industria.

Durante el reinado de Fáisal comienza la progresiva nacionalización del sector petrolífero. Los intereses de la Corona por interferir en las operaciones de Aramco se plasmaron en el acuerdo alcanzado con las compañías estadounidenses de diciembre de 1972, por las que el 25 por ciento de los títulos pasaban a ser del Estado, recogiendo que anualmente el ratio de propiedad iría creciendo hasta ser del 51 por ciento para el año 1982 (El Mallakh, 2015: 61-63). Sin embargo, la guerra del Yom Kipur de octubre de 1973 aceleró el objetivo del régimen de hacerse con el control mayoritario, presionando para una renegociación de los términos que condujo a sumar el 60 por ciento de la empresa en 1974.

El conflicto del Yom Kipur tuvo implicaciones relevantes para Arabia Saudí, aunque no participara directamente en la contienda. El reino se sumó al grupo de países de la OPEP, Irán,

Irak, EAU, Kuwait y Catar, que apostaron por presionar a los aliados occidentales de Israel a través del petróleo. Entre octubre y noviembre de 1973, los seis exportadores decidieron subir unilateralmente el precio del barril hasta un 17 por ciento y reducir la producción un 30 por ciento. Además, constituyeron un embargo de crudo hacia las economías de EE UU, Reino Unido, Países Bajos, Portugal, Rodesia y Sudáfrica que se mantuvo hasta marzo de 1974. La crisis del petróleo representó no solo un profundo *shock* económico, sino también la primera gran grieta entre Washington y los árabes.

Amed Zaki Yamani fue ministro de Petróleo y Minería de Arabia Saudí desde 1962 hasta 1986, siendo la persona que más tiempo ha estado en el cargo. Influido por las ideas de su antecesor Tariki, llevo a cabo el proceso final de nacionalización de Aramco. El 25 de marzo de 1975, el rey Fáisal fue asesinado por su sobrino Fáisal bin Musaid, por motivos poco esclarecidos. Khalid asumió el poder y continúo con la agenda energética marcada por su hermano. Entre 1977 y 1982 se lleva a cabo uno de los grandes proyectos de infraestructuras de la compañía Aramco, el *Master Gas System*, una red de gaseoductos que atraviesan el país desde los yacimientos en la costa del Golfo, pasando por Riad, hasta llegar a la ciudad portuaria de Yanbu, en el mar Rojo.

El 5 de septiembre de 1980, la monarquía anunció la compra del 100 por ciento de Aramco, pasando la propiedad a ser estatal, aunque el consorcio estadounidense todavía administraba la producción de los campos (Jaffe y Elass, 2007: 39-45). El 13 de junio de 1982 murió el rey Khalid y le sucedió su hermano Fahd, quien continuó con su política energética, aunque nombró ministro de Petróleo y Minería a Hisham

Nazzer, que se mantuvo en el cargo durante todo su reinado. El 14 de noviembre de 1988, el decreto real de Fahd anunciaba que el Estado tomaba el control de toda la gestión de la compañía, que pasaba a denominarse Saudi Arabian Oil Company (Saudi Aramco).

La década de los ochenta tiene una particular importancia económica y política para el régimen. En primer lugar, la Revolución iraní de 1979 provocó que EE UU reforzara sus vínculos con Arabia Saudí y el resto de monarquías árabes del Golfo. En segundo término, la guerra de los muyahidines en Afganistán contra las tropas soviéticas, entre 1978 y 1989, adquirió una trascendencia fundamental para la acción exterior del reino (Commins, 2006: 173-175). El Estado saudí comenzó a utilizar los recursos derivados del petróleo para apoyar a facciones y grupos en el extranjero, valiéndose también del wahabismo para promocionar su discurso entre comunidades musulmanes del mundo.

La monarquía ya no solo utilizaba las rentas del petróleo para sus intereses políticos en el ámbito doméstico, sino también como una herramienta más para sus estrategias internacionales. Sin embargo, entre noviembre de 1985 y marzo de 1986 se produce el colapso de los precios del barril de crudo, que descienden en torno al 70 por ciento. Los balances de las economías exportadoras se resienten por la disminución abrupta de los ingresos. Arabia Saudí tiene que hacer frente a la primera gran crisis de su modelo de desarrollo, que evidencia la alta dependencia del crudo. El régimen paraliza o pospone gran parte de sus proyectos de infraestructuras para atender a las ayudas y programas sociales.

La década de los noventa comienza con la invasión iraquí de

Kuwait en 1990, a pesar de la inmediata asistencia de las tropas de EE UU y otros aliados, la Corona saudí es consciente de la urgencia de fortalecer sus sistemas de defensa, utilizando para estos propósitos las rentas del petróleo. Este tipo de ingresos cubrirán prácticamente todas las necesidades del régimen: las inversiones en grandes infraestructuras, las principales misiones en política internacional y las medidas sociales para preservar la cohesión interna, así como para modernizar las capacidades militares. En noviembre de 1995, los problemas de salud llevan al rey Fahd a nombrar regente a su hermano Abdalá.

Este periodo tiene importantes implicaciones para la industria petrolífera saudí, ya que supone la internacionalización de sus operaciones. Entre 1991 y 1995 comienzan las primeras adquisiciones en refinerías y compañías de petróleo y gas en el sudeste asiático, además de sus primeras inversiones en empresas europeas del sector. Estas operaciones llevan a los saudíes a invertir en los yacimientos de EE UU. El 2 de julio de 1993, el rey Fahd decide disolver la compañía estatal de refinería Saudi Arabian Marketing and Refining Company (Saramec) dentro de Saudi Aramco, que pasa a monopolizar todo el proceso desde su extracción hasta la exportación (Ramady, 2016: 19-22), confirmándose como una de las grandes empresas del mundo de hidrocarburos.

El 2 de agosto de 2005 comienza el reinado de Abdalá, que estará marcado inicialmente por una fase de aperturismo político y reformas económicas que pretende situar al país en una nueva ola de modernización y desarrollismo. Ejemplo de estas iniciativas son la construcción del espacio académico y científico King Abdullah University of Science and Technology

(KAUST) y el distrito financiero The King Abdullah Financial District (KAFD), aunque este proyecto se paralizó por la crisis de 2008. El 11 de diciembre de 2005, Arabia Saudí ingresa en la Organización Mundial del Comercio (OMC), reafirmando las intenciones del régimen de diversificar sus relaciones comerciales.

La Primavera Árabe de 2011 y las crisis regionales posteriores alteraron los planes políticos y económicos estatales. El 23 de enero de 2015 fallece Abdalá y le sucede Salmán, quien concede las principales responsabilidades gubernamentales a su hijo Mohamed bin Salmán. Las nuevas prioridades son recogidas en Saudi Vision 2030, entre las que destaca la progresiva privatización de Saudi Aramco como nueva fuente de ingresos. El 4 de septiembre de 2019, las dos principales instalaciones de la empresa en Abqaiq y Khurais fueron atacadas por drones supuestamente dirigidos por rebeldes hutíes. El 11 de diciembre de 2019 la compañía salió a bolsa por primera vez en su historia.

LOS PROBLEMAS ESTRUCTURALES DE LA ECONOMÍA SAUDÍ

El desarrollo económico y político de Arabia Saudí desde la década de los treinta del siglo XX está condicionado por el crudo. El modelo implementado en torno a los recursos de hidrocarburos ha ayudado a la pervivencia de la Casa de Saúd en el poder, sin embargo, muestra serias deficiencias que hacen cuestionar su perdurabilidad en el medio y largo plazo. El régimen es categorizado de rentista y clientelar por dos razones: por un lado, la principal fuente de ingresos para el Estado

siguen siendo las rentas generadas por la producción de petróleo y gas; por otro, la distribución de la riqueza nacional se hace a través de mecanismos condicionados por la voluntad y prioridades de la Corona.

El rentismo es una conceptualización utilizada desde la década de los setenta para describir a ciertos regímenes de Oriente Medio y del Magreb, que comparten como rasgo común un tejido productivo centrado en la extracción de recursos naturales, que se convierte en el principal elemento de sus exportaciones y, a su vez, la vía por la que obtienen los más importantes ingresos, debido a la ausencia de impuestos a la población (Altunisik, 2014: 76-78). El Estado adquiere un papel protagonista al centralizar la riqueza generada y convertirse en el motor de desarrollo de la economía.

Este tipo de sistema es predominante en países de cariz autoritario, ya que una elite nacional domina todo el conjunto de los recursos internos. Sin embargo, el rentismo no debe ser comprendido como la única vía explicativa de dicho autoritarismo, sino como parte de los elementos sociopolíticos que justifican su pervivencia en el tiempo. En este sentido, el Estado moderno en Arabia Saudí no responde a un prolongado proceso social (Hertog, 2007: 541-543), sino que es resultado de la necesidad de la familia real de implantar un entramado institucional que fuera acorde a sus objetivos políticos, siendo un componente básico el desarrollo rentista.

El peculiar modelo es útil a los intereses de la Casa de Saúd por varios motivos. En primer término, permite administrar directamente a la Corona las rentas derivadas del petróleo. En segundo lugar, asegura los suficientes recursos para proyectar un tipo de organización estatal que queda copada y

patrimonializada por la familia real. De igual forma, refuerza la naturaleza autoritaria de la monarquía, al dar un soporte continuado a las medidas sociales para mantener la estabilidad y cohesión entre la población. Por último, el rentismo ha potenciado el ascenso regional e internacional del Estado saudí, a través de su posición preponderante en determinados mercados.

El desarrollo económico y social en Arabia Saudí no solo está determinado por el carácter netamente rentista del régimen, sino por el tipo de distribución de la riqueza que se hace. El concepto de clientelismo señala un modelo en el que los recursos e ingresos son acumulados por una elite nacional, que los reparte y asigna de forma desigual, bajo preceptos políticos. El resultado directo de un sistema clientelar como el saudí es el fortalecimiento de la jerarquización del conjunto de la sociedad, puesto que un grupo reducido es el que monopoliza todo el capital y patrimonio del país, mientras que el porvenir de la gran mayoría queda sujeto a su grado de afiliación al poder.

El clientelismo delimita la relación entre gobernantes y gobernados en el reino, puesto que se establece un peculiar contrato social por el cual la Corona se compromete a asegurar un cierto bienestar material y garantizar la atención a las necesidades básicas de su población, sin someterlos a ningún tipo de presión fiscal, mientras que los ciudadanos renuncian a gran parte de sus derechos políticos y libertades individuales. En este sentido, los dirigentes logran fortalecer un mínimo de paz y estabilidad interna a través de todo un conjunto de políticas, ayudas y subvenciones, que son sostenidas financieramente gracias a las rentas de los recursos naturales y no por los impuestos.

El factor clientelar permite un funcionamiento de todos los estamentos del Estado altamente informal, ya que se establecen cadenas o redes de dependencia donde cada estamento queda pendiente del favor del siguiente. La Corona saudí suma un grado mayor de apoyo a su poder autoritario, puesto que consigue ligar en ciertos segmentos de la población la obligada lealtad y fidelidad al régimen con una especie de legitimidad material. El poder funciona de manera reactiva para atender a los posibles focos de malestar y reivindicación ciudadana, con políticas de prebendas y beneficios hacia las clases populares (Lacey, 2009: 304-306), impidiendo que surjan nuevas corrientes de crítica y disidencia y exponiendo una imagen protectora y benévola de la monarquía.

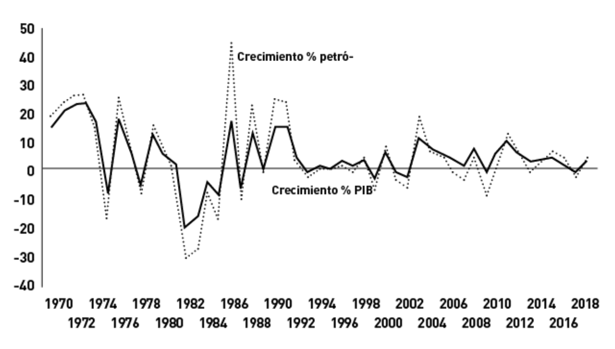
La estratificación de la sociedad queda vinculada directamente a la relación con el poder central. En la cúspide de la pirámide están la familia real y la elite religiosa del país, que tienen un estatus privilegiado. El desarrollo del aparato institucional y el crecimiento económico han permitido la emergencia de nuevas clases, que están próximas a la Corona y tienen espacios crecientes de influencia en los estamentos económicos y políticos del país. No obstante, las clases medias y bajas quedan totalmente subordinadas a las diferentes capacidades del Estado para garantizarles el suficiente porvenir material, a cambio de seguir renunciando a un papel activo en el sistema.

El modelo de desarrollo saudí reporta numerosos beneficios políticos al régimen, pero también arrastra diversos problemas convertidos ya en estructurales. En este sentido, el crecimiento económico está ligado intrínsecamente a la producción de los recursos de hidrocarburos, que representan el impulsor esencial

de gran parte de la actividad productiva. Según estadísticas oficiales de la Saudi Arabian Monetary Authority (SAMA), la tendencia general entre ambos elementos tiene una correlación de más del 95 por ciento.

GRÁFICO 1

CRECIMIENTO ANUAL DEL PIB Y DEL SECTOR DEL PETRÓLEO

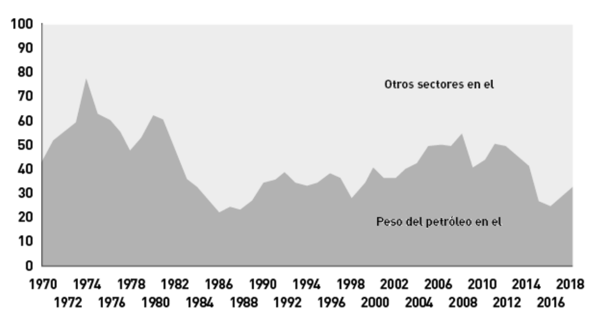


Fuente: SAMA. Precios constantes. Base 100=2010.

La importancia económica del petróleo también queda reflejada en que es el centro de toda la actividad productiva. Los sectores petrolíferos representan actualmente cerca del 33 por ciento del conjunto del PIB nacional. Sin embargo, en la última década, entre 2008-2012, llegaron a suponer más del 50 por ciento del total, aunque su peso parece estar disminuyendo.

GRÁFICO 2

PESO DEL PETRÓLEO SOBRE EL PIB (%)



Fuente: SAMA.

La vulnerabilidad sistémica de la economía saudí ante el crudo también se extrapola a otro factor trascendental para el régimen: los ingresos estatales. Las rentas obtenidas por la producción y exportación de este tipo de recurso suponen la fuente esencial de riqueza para el país y, en concreto, la vía de financiación más importante que tiene la monarquía. Los datos expuestos por SAMA muestran que cerca del 65 por ciento de los ingresos del Estado proceden de los hidrocarburos, aunque en periodos recientes, entre 2010-2012, con elevados precios del barril, llegaron a constituir más del 92 por ciento del conjunto.

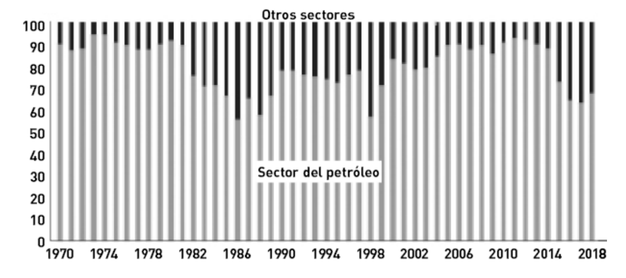
El impacto de las rentas del petróleo evidencia la dependencia y vulnerabilidad de la economía saudí ante los mercados internacionales de crudo. Las fases en la que el peso de los ingresos petrolíferos ha sido mayor coinciden con periodos alcistas de los marcadores de barril europeo y estadounidense. En plena crisis del petróleo, entre 1973 y 1974, los ingresos de este sector llegaron a representar el 94 por ciento. En el año 2011, con un aumento continuado de los precios, también se produjo un incremento de hasta el 93 por ciento.

En el mismo sentido, las fases de menor relevancia de las rentas petrolíferas se explican en gran medida por coyunturas

de bajos precios del barril de crudo (Wilson y Graham, 1994: 181-184). En la crisis de la década de los ochenta, bajo el colapso del valor del crudo, los ingresos de este sector disminuyeron hasta el 56 por ciento. Aunque no existen datos oficiales al respecto, la pandemia del COVID-19 de 2020 es previsible que tenga un impacto negativo. Los precios del barril alcanzaron mínimos históricos el 20 de abril con la referencia estadounidense West Texas Intermediate (WTI) por debajo de los cero dólares.

GRÁFICO 3

INGRESOS ESTATALES POR SECTOR



Fuente: SAMA.

La dependencia que sufre la economía saudí sobre estos recursos también se ve plasmada en el equilibrio entre el tipo de productos que exporta e importa. Según estadísticas del The Observatory of Economic Complesity (OEC), los elementos relacionados con el petróleo y gas representan el 76 por ciento de las exportaciones saudíes para el año 2017. Los destinos preferentes son las economías del sudeste asiático, que en conjunto representan más del 60 por ciento, destacando China (17 por ciento), Japón (15 por ciento), India (11 por ciento) o Corea del Sur (10 por ciento), que superan a su tradicional socio comercial, EE UU (10 por ciento).

Las importaciones están determinadas por productos de mayor valor añadido, lo que se convierte en un signo evidente del carácter netamente primario y extractivista de la economía saudí. En 2017, las máquinas y aparatos electrónicos sumaron el 21,20 por ciento de las importaciones, así como los automóviles, aviones, barcos y demás ramas de vehículos representaron el 15,8 por ciento. El origen principal es China (19 por ciento); por detrás van EE UU (8 por ciento), Alemania (7,5 por ciento), Corea del Sur (5,4 por ciento), Francia (5,3 por ciento) e India (5,2 por ciento). El balance comercial es positivo, en torno a los 74,2 mil millones, aunque de nuevo es otro factor ligado a la evolución del valor del barril de petróleo, en 2011 llegó a ser de más de 500.000 millones, siendo el periodo más reciente en el que los precios del petróleo fueron muy elevados.

La figura preponderante del Estado en la economía presenta numerosos dilemas para el régimen. Las empresas estatales y la Administración pública se han convertido en la red esencial de seguridad y bienestar material para un gran número de hogares saudíes. Esta carencia se reproduce en un triple sentido. En primer término, según los datos gubernamentales, cerca de 1,2 millones de empleados trabajan para instituciones del Gobierno sobre un número total de trabajadores activos de 12 millones. En segundo lugar, el sector público constituye aproximadamente el 16 por ciento del PIB, sin contar el ámbito petrolífero, controlado directamente por el Estado y que representa más del 43 por ciento.

En este sentido, y como último elemento, cabría señalar la relevancia social del Estado por sus mecanismos de subvenciones a productos básicos; las escasas cargas impositivas, gracias a

que son suplidas por las rentas del petróleo; y las diversas líneas de ayuda social, que constituyen herramientas de la monarquía para asegurar el apoyo de su población. El régimen asume cuatro grandes responsabilidades con respecto a esta cuestión (Chaudry, 1989: 126-128), concentrando las tareas en: proveer de productos y servicios básicos a los ciudadanos; la distribución de las tierras, recursos y riqueza atendiendo a lealtades tribales; garantizar el soporte financiero para potenciar el bienestar material de los saudíes; y proteger las industrias y empresas nacionales.

La distribución singular de la riqueza dentro del modelo rentista ha profundizado en la estratificación de la sociedad saudí. La concentración de la riqueza en torno a la familia Saúd genera considerables diferencias con el resto de compatriotas. No existe ningún tipo de mecanismo de control y transparencia que evalúe la forma en que los ingresos estatales son distribuidos. Este hecho genera un permanente malestar en una amplia parte de la población saudí (House, 2012: 24-26), críticos con el estatus privilegiado de la dinastía real y por prácticas tachadas de corruptas y despilfarradoras. El tema central de la desigualdad patente entre la elite nacional y el resto de la comunidad ha llevado a constantes protestas y críticas hacia la patrimonialización de los recursos.

Los datos oficiales de Arabia Saudí estipulan que índices como los del desempleo se encuentran entre los más bajos de Oriente Medio. La tasa de paro estaría en torno al 12 por ciento entre los nacionales saudíes, aunque llegaría a ser del 30 por ciento entre los menores de 30 años y del 32 por ciento entre las mujeres. Ante la ausencia de información directa del reino sobre la pobreza, el Banco Mundial lo estimó, en 2017-2018, en

torno al 13 por ciento, lo que significa que más de 3,5 millones de saudíes estarían bajo el umbral (Albrithen, 2018: 372-373). Tales circunstancias presentan un horizonte doméstico notablemente complejo y desigual, que puede servir de aliciente para futuros focos de malestar y movilización.

Un problema persistente es la inserción de los nacionales en el mercado de trabajo. La población saudí se ha concentrado tradicionalmente en el ámbito público, dejando la participación en el sector privado a expatriados. Desde la década de los ochenta, ha habido distintos intentos gubernamentales por potenciar la llamada "saudización" de la mano de obra (Hertog, 2010: 186-189), sobre todo en aquellos ámbitos con una presencia dominante de agentes extranjeros. Las dificultades radican en el tipo de cualificación de los saudíes y en que su interés se ha concentrado en alcanzar puestos en la administración estatal y las empresas gubernamentales, que ofrecen mejores condiciones y garantías.

Arabia Saudí es reconocida como una de las 20 principales economías del mundo y una potencia emergente. Sin embargo, el alto nivel de dependencia del petróleo y la naturaleza rentista, clientelar y patrimonial de la economía nacional hacen dudar de su competitividad. Las pretensiones generales del régimen por fortalecer sus capacidades, en un contexto internacional cambiante, tienen que hacer frente directamente a los distintos equilibrios surgidos como resultado de su particular modelo de desarrollo. El rey Salmán y su hijo Mohamed bin Salmán pretenden reformular algunos de los rasgos intrínsecos al sistema para asegurar la perdurabilidad del liderazgo saudí.

El 24 de abril de 2016, Mohamed bin Salmán, encargado del

Consejo de Asuntos Económicos y Desarrollo (CEDA), presentaba ante la opinión pública internacional el plan Saudi Vision 2030, que constituye el marco operativo del Estado para la próxima década. El programa marca las prioridades políticas y económicas a alcanzar, presentando distintas líneas de actuación y objetivos concretos. Este tipo de proyectos son ya habituales en la región, los regímenes de Catar, EAU, Kuwait, Omán o Baréin tienen planes parecidos: Qatar Vision 2030, Abu Dhabi Vision 2030, Kuwait Vision 2035, Oman Vision 2040 o Bahréin Vision 2030. Asimismo, el reino saudí ha estado funcionado desde la década de los setenta a través de planificaciones quinquenales.

Saudi Vision 2030 realiza un análisis general de las fortalezas y debilidades, así como los fines a conseguir en el medio plazo para consolidarse como una potencia económica mundial. Los planes de reforma no son un fenómeno novedoso en el reino, pero el proyecto de Mohamed bin Salmán adquiere mayor complejidad por los diversos puntos que desea reformar. En términos generales, la disminución del peso del petróleo, la reducción del papel del Estado y la potenciación del sector privado, y la diversificación de las fuentes de ingreso constituyen las bases centrales de la agenda transformadora. La preocupación por la sostenibilidad y la protección medioambiental también se ve reflejada.

Industrias como las nuevas tecnologías, las energías renovables, el turismo, el sector militar o las finanzas recobran especial interés como nuevas vías para generar riqueza, mientras que progresivamente los hidrocarburos pierden protagonismo. El 24 de octubre de 2017, el príncipe heredero presentó el proyecto de la ciudad de Neom, con un presupuesto

inicial de 500.000 millones de dólares, que pretende constituirse como gran centro de negocios e investigación en una zona delimitada de 26.500 km^2 en el golfo de Aqaba, entre Egipto, Jordania y Arabia Saudí (Farag, 2019: 36-38). El proyecto escenifica el interés gubernamental por centrar esfuerzos en actividades alejadas del crudo.

El reino de los Saúd es, tras Venezuela, el segundo país con las mayores reservas de petróleo del mundo y, después de EE UU, el principal productor. Por lo tanto, inevitablemente cualquier plan de reforma y modernización dependerá también de los recursos derivados de los hidrocarburos. Por otro lado, el equilibrio de las cuentas públicas también se traduce en el interés de delimitar los gastos del Estado y empoderar económicamente a la población saudí, que está llamada a tener un mayor protagonismo. No obstante, todos estos cambios en el modelo económico no están siendo por profundas reformas políticas y los cauces de participación todavía son muy limitados.

CAPÍTULO 3

LA HETEROGENEIDAD EN LA SOCIEDAD SAUDÍ

El poder en Arabia Saudí se encuentra monopolizado por la Casa de Saúd, pero a lo largo del siglo XX y principios del XXI han emergido distintos actores políticos y sociales que cuestionan el autoritarismo y la patrimonialización del Estado por parte de la dinastía real. La Primavera Árabe de 2011 tuvo un impacto poco significativo en el interior del reino, lo que sirvió al régimen para desprender al exterior una imagen monolítica y cohesionada de la población. Sin embargo, pese a los numerosos recursos con los que cuenta la monarquía para imponer un sistema y una identidad nacional acordes a sus intereses, el número de focos que postulan alternativas a la ideología oficial está en aumento.

Existen cuatro elementos que, de una forma u otra, han estado presentes a lo largo de la historia reciente del país, representando oposiciones directas al liderazgo interno de los príncipes saudíes. En primer lugar, la minoría chií, que denuncia la constante exclusión y el hostigamiento institucional que sufren por su condición religiosa. En segundo lugar, las corrientes de islamismo político presentes en toda la región, y también en el reino, que constituyen un espacio permanente de transformación y crítica a la Corona. El tercer punto lo componen todas las aspiraciones de aperturismo,

democratización y emancipación, donde la condición de la mujer cobra protagonismo.

El radicalismo religioso y la presencia del terrorismo yihadista son el cuarto factor que implica una oposición directa hacia el modelo de los Saúd. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11S) y el auge de las células a escala internacional generaron especial atención sobre el reino saudí. Sin embargo, la relación del régimen con este tipo de grupos ha tenido una trayectoria dispar durante décadas, dando lugar tanto a confluencias como a tensiones. El país también se ve afectado por esta amenaza, que tiene sus focos de actuación principales sobre intereses extranjeros y en contra de la propia familia real.

La relación de los monarcas con las corrientes de cambio y oposición ha sido ambivalente y muy determinada por circunstancias tanto domésticas como regionales. Los indicios de reforma política están presionados y limitados por los sectores nacionales más inmovilistas, el temor de la clase dirigente y las circunstancias adversas del entorno. En la primer etapa del reinado de Salmán no parece existir una preocupación considerable por reconfigurar el sistema autoritario. No obstante, la persistencia en las demandas y reivindicaciones de parte de la población obliga a la Corona a replantearse la conjugación de estabilidad interna y pilares cofundacionales.

MOVIMIENTOS DE CONTESTACIÓN SOCIAL

Las crisis en Oriente Medio tras las revueltas de 2011 cobraron un especial cariz sectario, promovido en muchos casos por los propios regímenes para dotar de legitimidad discursiva a sus

intereses políticos. Arabia Saudí emerge como uno de los Estados del entorno que más promueve este tipo de diferenciación religiosa y étnica, apelando a la retórica del wahabismo, que se considera a sí misma la auténtica fe. Los mecanismos de sectarismo desarrollados por la monarquía saudí en el entorno llevan siendo implementados prácticamente desde la unificación del reino en 1932, proyectando un tipo de nacionalismo en el que la región constituye un elemento central.

La división del islam se realiza habitualmente entre chiís y suníes, aunque dentro de cada una de las ramas existen diferentes escuelas interpretativas y jurídicas. El Golfo es una de las áreas donde convergen ambas concepciones religiosas. La coexistencia histórica entre las dos ha estado inevitablemente marcada por periodos de distensión y otros de mayor conflictividad. En este sentido, las transformaciones en el *statu quo* regional y la creciente rivalidad entre Arabia Saudí e Irán están dando lugar a una fase de convulsión que repercute seriamente en la situación de los chiís saudíes.

La visión homogénea de la Casa de Saúd sobre la sociedad nacional quedaba cuestionada por la heterogeneidad religiosa presente en el territorio. La minoría chií representaría cerca del 15 por ciento del total de los nacionales, concentrada en la provincia este (Nasr, 2007: 236-238), llegando a ser incluso mayoría en ciudades circunscritas a la comarca entre el municipio de Al-Hasa y la ciudad costera de Al-Qatif, próxima a la frontera con Baréin y Catar. Esta área del país es donde se concentran los principales yacimientos de petróleo y gas del reino, lo que le concede una importancia estratégica vital para el régimen, condicionando en gran medida la relación de Riad con la población autóctona.

Los vínculos entre la familia real y los núcleos chiís de la península arábiga han sufrido numerosas alteraciones a lo largo del tiempo. El rey Abdulaziz bin Saúd mantuvo un talante permisivo con el chiismo en los inicios de su reinado, que consistió en el desarrollo de instituciones locales propias según los repartos de influencias y costumbres en el este del país, aunque las ligazones de la Casa de Saúd con los clanes chiís de la zona no fueron tan estrechas como en otras regiones (Matthiesen, 2015: 50-53). El wahabismo se convirtió en el principal obstáculo para la total normalización del poder central con la provincia este, ya que pronto se impuso un constreñido modelo político y religioso.

El periodo comprendido entre las décadas de los cincuenta y los setenta está caracterizado por una pérdida sistemática de autonomía de las comarcas del este del país, donde el chiismo es predominante. Esta tendencia se produce por varias razones. En primer término, los monarcas Saúd y Fáisal implementaron paulatinamente una política de centralización y concentración de competencias en torno a la Corona. En segundo lugar, la consolidación de la industria petrolífera motivó que desde el régimen existiera un especial interés en controlar la zona. Por último, los escasos focos de contestación obrera en Arabia Saudí, en el marco del panarabismo y el socialismo árabe de la época, tuvieron su mayor resonancia entre los trabajadores de los centros locales de Aramco.

La Revolución iraní de 1979 tiene una singular trascendencia en las relaciones entre el chiismo saudí y la monarquía de los Saúd. La caída del sah y la instauración de una república islámica liderada por los ayatolás fueron recibidas positivamente en los núcleos chiís de la península

arábiga, que lo consideraron una oportunidad para reformular el sistema político y religioso saudí. Sin embargo, desde Riad se consideró la instauración del nuevo régimen como una auténtica amenaza por dos motivos: Irán se convertía en un competidor directo por la hegemonía regional y Teherán podía valerse de su influencia religiosa para alentar movimientos revolucionarios en el reino.

La Casa de Saúd promociona los principios wahabís, que atacan a la heterogeneidad religiosa interna y, específicamente, consideran a los chiís saudíes como una especie de quinta columna de Irán dentro del país. La década de los ochenta estuvo marcada por una creciente represión institucional y por las constantes revueltas. A finales del siglo XX se produjo la acomodación entre ambas posturas (Teitelbaum, 2015: 76-77), las comunidades chiís renunciaron a la violencia y el régimen apostó por ampliar espacios de reconocimiento y autonomía. La coyuntura de distensión culminó en la Conferencia de Diálogo Nacional de junio de 2003, donde por primera vez intelectuales suníes y chiís se reunieron con el propósito de consensuar posibles reformas en el seno del régimen.

Los chiís pudieron participar en las primeras elecciones municipales de 2005, pero la fase de cordialidad finalizó en 2011, con la Primavera Árabe. La represión en Baréin generó movilizaciones de solidaridad en la provincia este saudí. La monarquía volvió a militarizar la zona y retomar los mecanismos de coerción. El rey Salmán y el príncipe Mohamed bin Salmán siguen desde 2015 en la línea de actuación dura contra el chiismo, que quedó reflejada en la ejecución, el 2 de enero de 2016, del clérigo chií Nimr al Nimr y otras figuras locales destacadas, en el contexto de la polarización con Irán.

El islam político representa la segunda corriente de oposición o alternativa al régimen más estructurada y persistente junto al chiismo dentro del reino. La relación entre la monarquía con grupos islamistas ha evolucionado a lo largo de las décadas, desde fases de estrecha colaboración con otros periodos de profunda tensión. La razón de esta ambivalencia se debe a que la monarquía saudí lo ha considerado en ciertos periodos como un complemento ideológico útil y, en otras fases, como una amenaza real hacia los principios y axiomas oficiales difundidos desde Riad. En este sentido, el wahabismo marca también la congruencia entre ambas posiciones, puesto que para los Saúd no existe espacio para otro tipo de discursos que pongan en cuestión su legitimidad.

La organización egipcia de los Hermanos Musulmanes es la principal institución que ha vehiculizado la presencia del islamismo en Arabia Saudí. Fundada en 1928 por el líder religioso Hassan al-Banna, se ha convertido en un partido con una notable difusión en toda la esfera musulmana, pese a ser perseguido y prohibido en numerosos países. El acercamiento de la monarquía Saúd con el movimiento se produce considerablemente pronto. En 1932 el fundador de la Her mandad visita Arabia Saudí para la peregrinación a La Meca y tienen su primer encuentro con el rey Abdulaziz (Lipp, 2019: 15-16). A partir de entonces, se produce una creciente cooperación y el partido se encarga de asistir a la Corona en la formulación de las nuevas instituciones y estamentos estatales.

Los vínculos saudíes con los Hermanos Musulmanes han estado profundamente condicionados por las vicisitudes del entorno. En julio de 1952 triunfa la revolución egipcia liderada por el Movimiento de Oficiales Libres, constituyendo un breve

periodo de aperturismo político en Egipto. Sin embargo, en enero de 1953, Gamal Abdel Nasser comenzó la ilegalización de todos los partidos políticos en el país. En octubre de 1954, Mohamed Abdel Latif, miembro de la Hermandad, intentó atentar en un acto multitudinario contra el presidente egipcio. El fallido atentado provocó que se recrudeciera la represión del régimen panarabista contra cualquier tipo de corriente islamista.

La Casa de Saúd encontró un perfecto aliado político en los Hermanos Musulmanes durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. La prometida revolución del socialismo árabe liderada por Nasser suponía una seria amenaza para un régimen de las características de la monarquía saudí. El reino se convirtió en uno de los espacios preferidos de los exiliados y perseguidos miembros de la organización. La Corona se encargó de dar soporte y protección a la oposición egipcia, mientras los principales líderes islamistas colaboraron en acreditar la legitimidad política de la familia real.

La primera gran ruptura entre los dos actores se produce a finales de la década de los setenta y, de nuevo, propiciado por acontecimientos en el entorno de Oriente Medio. En 1970, Nasser muere y le sucede Anwar al Sadat, que retoma la aproximación con los Hermanos Musulmanes. La guerra del Yom Kipur supone el deterioro final del proyecto panarabista, lo que es aprovechado por Arabia Saudí para postularse como nuevo referente de la zona, mientras el islamismo político vuelve a recuperar preponderancia en el escenario egipcio. En septiembre de 1978, Al-Sadat y el primer ministro israelí Menájem Beguín firman los llamados Acuerdos de paz de Camp David, que suponen el reconocimiento por parte de Egipto del

Estado de Israel y su acercamiento al eje Occidental.

Los Hermanos Musulmanes lideraron la oposición interna y regional sobre el cambio de posicionamiento del régimen egipcio, propiciando un nuevo periodo de enfrentamiento con El Cairo, pero esta vez no encontraron la asistencia de Arabia Saudí. En febrero de 1979, el ayatolá Jomeini regresaba a Irán, tras las protestas y movilizaciones que habían durado más de un año y que abocaron al fin de la monarquía iraní. La instauración de la República Islámica y la revitalización del islamismo político, con fuerte carácter revolucionario, generaron inquietud en los dirigentes de Arabia Saudí (Dekmejian, 1994: 629-630), que decidieron romper los vínculos con las principales fuerzas islamistas. El territorio saudí dejó de ser punto de apoyo para este tipo de movimientos.

La década de los ochenta pasa a ser una etapa de enfrentamiento directo con el régimen de los Saúd. Los islamistas comienzan a ejercer una oposición directa contra la monarquía, mientras que la Corona ya no los considera una complementariedad política. La guerra del Golfo en 1991 y la presencia de tropas estadounidenses en el país implican un nuevo punto de fricción (Lacroix, 2011: 158-160). El islam político estructurado en torno al movimiento de *Al-Sahwa Al-Islamiyya* ("Despertar Islámico") encabeza las protestas y críticas contra la presencia de ejércitos extranjeros en el reino.

La facción saudí de *Al-Shawa* contó con cierta popularidad en el país durante la década de los noventa, pese la represión del régimen hacia sus miembros. A principios del nuevo siglo, el rey Abdalá protagonizó una nueva fase de distensión, pero esta coyuntura solo duró hasta la Primavera Árabe de 2011. El ascenso al poder de los Hermanos Musulmanes en Egipto con el

Gobierno de Morsi y la revitalización del eje iraní generaron que la Casa de Saúd volviera a tomar una postura renuente hacia el islam político. El rey Salmán y el príncipe Mohamed bin Salmán, a partir de 2015, siguieron con la estrategia de cercenar y reducir el protagonismo de esta corriente dentro del país.

La última esfera de oposición relevante dentro de Arabia Saudí se encuentra en las diferentes vertientes de liberalización, democratización y aperturismo del país, que han cobrado especial relevancia en los últimos años tras las revueltas regionales. Sin embargo, dentro del reino no han tenido la estructura y organización que sí lograron adquirir los movimientos chiís o el islamismo político. En las corrientes llamadas "liberales" y "democráticas" se recoge una amalgama de aspiraciones entre diversas capas de la sociedad saudí, que se extienden desde programas puramente reformadores, pasando por la emancipación de la mujer, hasta la ruptura con el autoritarismo y rigorismo religioso del sistema, lo que las enfrenta constantemente con la actitud inmovilista del régimen.

La presencia de los primeros movimientos políticos de oposición a la Corona se sitúa en las décadas de los cincuenta y sesenta, protagonizadas por los focos iniciales de activismo obrero dentro del país, influidos por los ejemplos panarabistas y de los partidos de corte baazista en la región (Matthiesen, 2014: 483-485). La mayoría de sus reivindicaciones se centraron en las condiciones laborales de los saudíes, la creciente desigualdad y en el poder patrimonial de la familia real. Gran parte de estas ideas encontraron acogida en el seno de la Casa de Saúd, en el Movimiento de Príncipes Libres, que pretendía transformar en profundidad el régimen e iniciar la transición

hacia una monarquía constitucional.

Las décadas de los setenta y ochenta supusieron el debilitamiento de este tipo de corrientes políticas y sociales, que perdieron protagonismo debido a la represión del Estado y por el ascenso del islamismo político y las primeras ramas del fundamentalismo. A finales del siglo XX y principios del XXI, el aperturismo inducido por el rey Abdalá comienza a motivar que surjan propuestas para democratizar las instituciones, delimitar la religión en la esfera política y privada, y acabar con ciertos privilegios de la familia real. Esta renovación ideológica procedió principalmente de intelectuales liberales que la planteaban desde una perspectiva reformadora y no tanto rupturista.

El programa de aperturismo se plasmó en la celebración de elecciones locales en 2005 y en un papel paulatinamente creciente de las mujeres en la vida pública, quienes pudieron participar y ser elegidas en los comicios de 2015. La Primavera Árabe tuvo un alcance muy reducido en el reino, propiciado por los medios de coerción estatales y por la falta de institucionalización de la crítica liberal. No obstante, alentó una reactivación del activismo en internet y las redes sociales, dificultando el control gubernamental sobre las nuevas vías de comunicación ciudadana y rompiendo directamente el mo nopolio discursivo que hasta entonces copaban la Corona y el wahabismo oficial.

No existe en Arabia Saudí una entidad política fácilmente identificable con el conjunto de propuestas liberales y democratizadoras. En este sentido, cobran especial relevancia en el espacio del aperturismo las cuestiones de género. A finales de la década de los noventa aparece toda una rama de

intelectuales, académicas, autoras y activistas feministas saudíes (Al-Rasheed, 2013: 176-177), que ponen en cuestión la visión predominante masculina en Arabia Saudí. Representan una de las líneas más persistentes dentro de los focos de crítica al actual sistema, teniendo especial rivalidad con los axiomas wahabís, que siguen intentando imponer un rol subsidiario a la mujer.

Las corrientes liberales no solo tienen que hacer frente al inmovilismo del régimen, sino también a los sectores más conservadores y rigoristas del país. Las llamadas "innovaciones" y "cambios" que introdujo el rey Abdalá a partir de 2005 y que, en menor medida, ha continuado Salmán y su hijo Mohamed bin Salmán desde 2015, se han encontrado recurrentemente con las críticas de diversos núcleos del wahabismo. En este sentido, la Corona se encuentra sometida a una permanente tensión, buscando equilibrar los apoyos entre sus tradicionales aliados en la esfera religiosa junto con el respaldo de los segmentos de población más aperturistas. El resultado está produciendo una creciente polarización de la sociedad, con posturas enfrentadas sobre principios e ideas básicas.

Los presupuestos sobre democracia, participación, transparencia, respeto a derechos y libertades individuales y empoderamiento de la mujer suponen contrariedades a los pilares autoritarios, rigoristas e inflexibles en los que se apoya el poder de la monarquía. La Casa de Saúd ha conseguido ir superando estas fricciones internas combinando la inserción progresiva de medidas reformadoras con la protección de los valores wahabís considerados parte intrínseca de la identidad nacional. Un ejemplo evidente de esta forma de proceder son las

últimas políticas acometidas durante el reinado de Salmán, que mientras elimina ciertas restricciones, continúa persiguiendo y encarcelando a las principales voces disidentes.

La monarquía se encuentra ante la tesitura de una difícil elección política. Las fases en las que se promovió cierto aperturismo propiciaron mayor apoyo y legitimidad entre las bases liberales, en detrimento del respaldo de los grupos conservadores. Cada vez más está presente entre los príncipes saudíes el citado "dilema del rey" (Aarts y Roelants, 2015: 143-144), que señala que la transformación progresiva en la naturaleza autoritaria de un régimen puede conducir al surgimiento de nuevos problemas, la fragmentación de la sociedad y la erosión del poder de la misma autoridad. La perdurabilidad de la Corona de los Saúd se halla en la capacidad de poder equilibrar fuerzas centrífugas tan diversas.

EL RADICALISMO RELIGIOSO EN EL REINO

La religión tiene un papel central en Arabia Saudí y el wahabismo una importancia vital para la pervivencia política de la Casa de Saúd. En este sentido, la interpretación dominante en el reino conduce a una aplicación estricta y rigorista del islam, lo que le conecta más con las vertientes salafistas que apelan a la ortodoxia del Corán y la Sunna que a las ramas innovadoras y adaptativas dentro de la esfera musulmana. Los preceptos wahabís han tenido una dimensión territorial muy limitada, pero gracias a que la monarquía saudí los incorpora como parte de su política exterior, estos principios ideológicos han continuado creciendo en las últimas décadas en distintas partes del mundo.

El carácter excepcionalista del wahabismo, al considerarse la única enseñanza correcta del islam, provoca que Arabia Saudí haya sido históricamente un reducto de intelectuales, religiosos y grupos de distinta naturaleza que, más allá de sus diferencias de discurso y método, comparten la idea central de que la redención de la comunidad musulmana pasa por una interpretación literal de la palabra del profeta (Ungureanu, 2011: 141-143). Este tipo de teorías también inducen a criticar las llamadas "innovaciones" de otras escuelas, así como la supuesta injerencia de ideas extranjeras y la incorporación de estilos de vida no tradicionales, que suponen una seria trasgresión hacia la auténtica fe.

Los estertores wahabís han derivado en numerosas ocasiones en problemas políticos para la Casa de Saúd. La alianza de Diriyah entre Abd Al-Wahab y Mohamed bin Saúd en 1744 recogía, entre sus puntos fundacionales, que todos los territorios conquistados por la dinastía real pasarían por la obligada conversión al wahabismo. Los primeros emires aceptaron la responsabilidad de proteger las singulares enseñanzas religiosas y de imponer su difusión. Las diferencias con otros clanes de la península arábiga, que imposibilitaron el establecimiento de los primeros Estados saudíes, se debieron en gran medida a que no todas las poblaciones de la zona aceptaban tales enseñanzas.

El rey Abdulaziz bin Saúd también tuvo que encarar diferencias notables con las demás tribus del territorio y la propia elite wahabí durante su campaña de unificación y en los primeros estadios del nuevo reino. El monarca prefirió preservar ciertos equilibrios locales para lograr el apoyo de cada comarca. La toma de las provincias chiís en el este del país conllevó un importante dilema para la Corona, ya que mientras el

wahabismo oficial presionó para la imposición de una única interpretación religiosa, el gobernante optó por respetar inicialmente las instituciones y organización social de la zona.

Las interferencias de los sectores más conservadores wahabís en la gestión gubernamental también se vieron extrapoladas a otras esferas. La ortodoxia religiosa no apreció positivamente en un primer periodo la presencia de compañías extranjeras en territorio saudí, aunque fuera para la emergente industria petrolífera. Tampoco compartió los escasos intentos del rey Saúd por propiciar cierto aperturismo político o el impulso de democratización del Movimiento de Príncipes Libres. El islamismo político que surgió en Arabia Saudí comenzó a rivalizar con el propio wahabismo por la hegemonía ideológica, lo que propició la radicalización de ciertos grupos religiosos.

El rigorismo wahabí encontró en el reinado de Fáisal un periodo de importante desarrollo y connivencia con el poder político. En primer término, la centralización de la administración estatal conduce a que las premisas del wahabismo se conviertan en vector de la cohesión territorial, debilitando el protagonismo de otras sensibilidades religiosas en distintas provincias. En segundo lugar, Arabia Saudí comienza a utilizar la religión como recurso de política exterior. El decaimiento de Egipto y del panarabismo en el escenario de Oriente Medio y Magreb es rápidamente sustituido por el ideal de islamismo árabe propugnado desde Riad, que se traduce en el impulso saudí hacia la creación de la Organización para la Cooperación Islámica (OIC) en 1969.

El espacio concedido por el régimen a la proliferación de corrientes religiosas cada vez más difícilmente controlables por la propia monarquía provocó que, a finales de la década de los

setenta, se diesen los primeros estallidos de violencia (Bronson, 2006: 146-148). El 20 de noviembre de 1979, un grupo armado de aproximadamente 400 personas tomó durante dos semanas la Gran Mezquita, Másyid al Haram, donde se encuentra la Kaaba, el espacio más importante para los musulmanes. El asalto estuvo liderado por Juhayman al Otaybi, un exmiembro de la Guardia Nacional saudí que buscaba la movilización social contra la familia real Saúd, a quienes acusaba de ser gobernantes ilegítimos y de implementar un sistema político alejado del Corán y la *shura*.

El asedio terminó el 4 de diciembre de 1979, con la recuperación del control de la mezquita por la Guardia Nacional. El enfrentamiento concluyó con más de doscientos muertos y, en los meses posteriores, fueron ejecutados cerca de setenta asaltantes, entre ellos Juhayman al Otaybi. El ataque no se debió a una crisis circunstancial, sino a diversos condicionantes domésticos y externos. Muchos de los miembros eran estudiantes de la Universidad Islámica de Medina, que habían creado la facción *Al-Jamaa Al-Salafiya Al-Muhtasiba* ("Grupo salafí de la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio").

Los autores del ataque se habían formado en círculos próximos al wahabismo oficial, pero habían tomado una deriva más radical al tener en una visión más crítica de la monarquía. Juhayman al Otaybi y su grupo salafí eran reflejo de corrientes internas crecientes que responsabilizaban a la Casa de Saúd por la desigualdad y la creciente pobreza, la corrupción del sistema estatal, las medidas sociales más liberales o la alianza con EE UU, aliado a su vez de Israel. La respuesta del rey Fahd a partir de 1982 fue la de aproximarse más a las tesis del

conservadurismo interno, paralizando gran parte de las iniciativas aperturistas y oficializando el título de Custodio de los Santos Lugares de la Meca y Medina, lo que le otorgaba finalmente a la Corona una idiosincrasia religiosa.

La década de los ochenta dio inicio a la estrategia saudí de internacionalizar el wahabismo y los preceptos salafistas más afines. La primera exposición de esta política fue la guerra de Afganistán contra la presencia soviética (Gause, 2003: 91-93). Arabia Saudí, junto con los servicios de inteligencia estadounidenses y pakistaníes, dio soporte a los muyahidines que participaban en el conflicto afgano desde 1978. En las congregaciones religiosas del reino se alentó a la participación de los creyentes, exponiéndolo en términos de una yihad contra el imperialismo extranjero y en defensa de la comunidad musulmana. El resultado directo fue la creación de las primeras redes trasnacionales de voluntarios y militantes que terminarían desembocando en Al Qaeda.

Una figura clave a durante el reinado de Fahd a finales del siglo XX fue la del religioso wahabí Abdul al Aziz ibn Baz. Toda su carrera profesional estuvo ligada a enseñanzas religiosas; fue profesor en la Universidad Rey Saúd de Riad; más tarde, en la Universidad Islámica de Medina, formó parte del Consejo Supremo de Ulemas; y en 1978 asumió la presidencia del Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas hasta su muerte en 1999. También fue miembro del Gobierno con la cartera ministerial de asuntos religiosos y en 1992 fue nombrado gran muftí de Arabia Saudí por el rey Fahd. Sus comentarios, reflexiones y dictámenes se convirtieron en un pilar ideológico.

Abdul al Aziz ibn Baz representó el hito de la influencia del

wahabismo en la política y monarquía saudí, mientras consolidó sus enseñanzas en círculos del ámbito salafista, que fueron seguidas incluso por Osama bin Laden y demás líderes terroristas que surgían en aquella época (Abukhalil, 2004: 66-68). Consiguió equilibrar las estrechas relaciones de la elite wahabí con la familia Saúd, al mismo tiempo que amparaba las nuevas corrientes rigoristas que surgían en el espacio doméstico y regional. Sus posturas siempre fueron renuentes y críticas con medidas de cambio propuestas de la Corona.

El auge del radicalismo religioso en el reino se debe en gran medida a la ruptura entre los gobernantes con amplios segmentos de la sociedad saudí, que dejan de considerarlos como referentes y legítimos dirigentes. En un principio, las críticas salafistas a la Casa de Saúd versaron sobre asuntos puramente domésticos, como el aparente alejamiento de los príncipes saudíes de la auténtica fe. No obstante, en las décadas de los ochenta y noventa la desafección con los estertores de la ortodoxia y el rigorismo se produce también por la alianza de Arabia Saudí con EE UU (Unger, 2004: 143-145), sus vínculos con potencias occidentales y el posicionamiento hacia la cuestión palestina, que es tomada por estos grupos como símbolo de la lucha anticolonial e islamista.

La guerra del Golfo de 1991 representa otro episodio disruptivo en la coexistencia entre la monarquía y determinados sectores radicalizados. Pese a los esfuerzos del oficialismo wahabí por legitimar la decisión del régimen de apoyar la intervención internacional, las facciones más ortodoxas criticaron la operación liderada por EE UU. La indignación religiosa se produjo por la presencia de tropas extranjeras en territorio saudí, el reino en que se encontraban los santos

lugares del profeta. Las presiones del wahabismo y el temor a que sucediera una crisis parecida a la de la Gran Mezquita de 1979, motivaron al rey Fahd a asegurar que nunca más Arabia Saudí acogería ejércitos no musulmanes.

La doctrina del gran muftí, Abdul al Aziz ibn Baz, sirvió de fuente de inspiración para una nueva generación de ideólogos salafistas, que serían los impulsores definitivos de la sistémica violencia terrorista. En este sentido, otra figura significante fue el ulema palestino Abdallah Yusuf Azzam, que llegó a ser uno de los fundadores de la organización Al Qaeda. Su labor intelectual se desarrolló en plenitud durante la guerra de Afganistán, sentando las bases teóricas de lo que definió como "yihad internacional" y la lucha contra la opresión hacia los musulmanes (Gómez, 2018: 146-148). La acción violenta pasa a ser el recurso imprescindible para restaurar el orden en la umma.

Los ataques de carácter yihadista comienzan a sucederse en Arabia Saudí en la década de los noventa; sus objetivos principales son intereses extranjeros. El 1 de noviembre de 1995, un coche bomba asesinaba a 6 personas, 5 de ellas estadounidenses y dejaba 60 heridos en la sede de la Guardia Nacional en Riad. El 25 de junio de 1996, un camión explotaba frente a unos apartamentos residenciales en la ciudad de Khobar, cerca de las instalaciones de Aramco en Dhahran, dejando 19 estadounidenses fallecidos y más de 300 heridos. A partir del 11 de septiembre de 2001, se intensificarían este tipo de acciones, sobre todo protagonizadas por las células de Al Qaeda presentes en el reino.

Los atentados del 11S tuvieron graves consecuencias directas para Arabia Saudí a escala internacional, regional e interna. La

amenaza yihadista en todo el mundo pone de relieve los estrechos vínculos que el régimen saudí, directa e indirectamente, tenía con diferentes facciones salafistas, que derivaron en la constitución de grupos terroristas. La imagen exterior de la Casa de Saúd queda seriamente perjudica y su alianza con EE UU erosionada (Russell, 2005: 66-67). El contexto doméstico tampoco es propicio para los intereses de estabilidad y seguridad de la Corona. Las fases anteriores de distensión con el rigorismo religioso nacional no impiden que el país sufra los ataques de Al Qaeda.

Entre junio de 2002 y agosto de 2009, en el país se suceden más de setenta acciones terroristas. Los años en los que hubo una mayor incidencia yihadista fueron 2004 y 2005. Destacan el ataque a los barrios residenciales de occidentales en Riad, el 12 de mayo de 2003, que causaron 39 muertos y 160 heridos; el tiroteo en las instalaciones petrolíferas de Yanbu, el 1 de mayo de 2004; y el atentando del 29 de mayo de ese mismo año en un barrio para trabajadores extranjeros en Khobar, dejando ambos cerca de 70 víctimas. La familia real también ha estado en el objetivo del terrorismo, el 27 de agosto de 2009, el príncipe Mohamed bin Nayef, por entonces responsable de los servicios de contrainteligencia, salió herido tras la explosión de un coche bomba.

La política de seguridad se reforzó, tomando una especial preocupación por la lucha antiterrorista. El temor a réplicas revolucionarias de la Primavera Árabe de 2011 provocó que el régimen reforzara los mecanismos de control y prevención en todas las esferas de la sociedad, incluido el ámbito religioso. La efectividad de las medidas obligó a Al Qaeda a trasladar su campo de actuación a Yemen, lo que supuso un periodo de

declinación del yihadismo. No obstante, el Dáesh irrumpe en Arabia Saudí entre mayo y agosto de 2015, realizando varias acciones contra mezquitas e instituciones chiís en las provincias del este del país, provocando centenares de víctimas y heridos.

El Dáesh inició sus operaciones en el reino saudí contra la población chií, pero a lo largo del 2016 y 2017 repitió ataques sobre otros objetivos gubernamentales y religiosos, que dejaron cerca de 70 muertos y otros tantos heridos. La Casa de Saúd está cambiando radicalmente su posición frente a grupos salafistas y las facciones radicales en el ámbito doméstico, pero continúa perseverando en sus conexiones a nivel regional e internacional. Los conflictos en Siria y Libia y la inestabilidad de Irak han motivado que desde Riad se promocione a ciertos agentes políticos y religiosos que poseen un carácter semejante a los grupos que fueron amparados por el wahabismo oficial décadas antes.

SEGUNDA PARTE

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ARABIA SAUDÍ

CAPÍTULO 4

LA CONSECUCIÓN DEL LIDERAZGO ÁRABE Y MUSULMÁN

La hegemonía en Oriente Medio y en el conjunto del mundo árabe y musulmán constituye un principio irrenunciable de la política exterior de Arabia Saudí. El liderazgo político y religioso forma parte de la particular visión internacional de la Casa de Saúd, pero también es considerado un elemento central para garantizar la seguridad y estabilidad del régimen. La monarquía pronto asimiló que cualquier incidencia en el entorno puede tener consecuencias negativas para su posición predominante en el interior. Por ello, interferir en las principales cuestiones de la agenda local se convierte en una prioridad, puesto que es la mejor forma de hacer prevalecer sus objetivos.

La patrimonialización del Estado por parte del clan familiar provoca que no exista una distinción clara entre los intereses nacionales y los propósitos o intenciones de la propia Casa de Saúd. Toda la acción exterior pivota sobre las directrices marcadas por el rey, que a su vez consensúa las medidas a escala regional e internacional con las más importantes figuras de la dinastía. La diplomacia funciona como una parte más del entramado estatal y, al mismo tiempo, como medio para la promoción y preservación de los objetivos personales de los

príncipes saudíes. Existe un conjunto de principios que han delimitado y guiado las relaciones del reino con otros actores y su rol a escala global.

La trayectoria de Arabia Saudí en Oriente Medio y las esferas árabe y musulmana desde 1932 componen la historia de un continuado ascenso hacia la hegemonía. En este sentido, se consiguen distinguir diferentes etapas o fases en la política exterior de la Corona, que representan sucesivos avances hacia una posición de liderazgo. La necesidad por controlar las vicisitudes generales del entorno provoca que la potencia wahabí haya tenido recurrentes enfrentamientos y rivalidades con otros Estados próximos, así como diversos intentos por formular de ejes y alianzas trasversales, donde asume un rol referencial mientras actúa como interlocutor ante la comunidad internacional.

El liderazgo saudí y su carácter hegemónico en el ámbito regional se encuentran fuertemente cuestionados, sobre todo a partir de la Primavera Árabe de 2011 y las crisis posteriores, que suponen una fracturación del *statu quo* en la zona, motivando el aumento de los niveles de inseguridad, incertidumbre y convulsión. Las resistencias a la figura preponderante de la Casa de Saúd son crecientes y obligan a la monarquía a tener que replantear y adaptar ciertos principios de su política exterior. La pérdida de espacios de influencia supone un riesgo creciente para la propia perdurabilidad del régimen.

PRINCIPIOS DE LA ACCIÓN EXTERIOR DE LA CASA DE SAÚD

Las relaciones internacionales del reino están configuradas a

través de dos axiomas: proximidad e intereses. En primer término, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Arabia Saudí reconoce la configuración de la política exterior del reino a través de esferas de acción, que están delimitadas por la cercanía territorial y la confluencia de una serie de principios u objetivos políticos, económicos, estratégicos e, incluso, religiosos. En torno a este mapa operacional se fundamentan y enmarcan todas las acciones del Estado saudí en distintos niveles y a través de mecanismos de actuación diversos, que funcionan según los parámetros marcados por la Corona y la Casa de Saúd.

La acción exterior se ordena, en términos generales, en cuatro esferas de influencia. La primera de ellas es el círculo del Golfo, en el que se incluye a todos los socios del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) junto con Irán, Irak, Yemen y EE UU, debido a su relevancia en el área. En el segundo nivel, la esfera árabe, se comprenden aquellos Estados de Oriente Medio, incluyendo a Israel y la cuestión de Palestina, y de la franja del Magreb. En la tercera categoría, esfera islámica, se recogen amplios espacios regionales donde la tradición islámica es mayoritaria o tiene un peso especial, como el cuerno de África, el Sahel, áreas del África subsahariana, el Cáucaso, Asia Central o Sudeste Asiático. Finalmente, en el último nivel, la esfera internacional, están presentes otras áreas del mundo y potencias extranjeras como Rusia, China, la UE o América Latina.

La esfera del Golfo es el punto primordial de la política internacional saudí. Este especial interés se explica porque el primer escenario donde Arabia Saudí pretende hacer prevalecer su hegemonía es en las proximidades. El CCG es una

organización sobre la cual Riad siempre ha pretendido institucionalizar su liderazgo y delimitarlo como zona de influencia primordial. Sin embargo, tiene que hacer frente a las discrepancias internas entre socios y a la competencia histórica con otros polos importantes del entorno como son el iraquí y, sobre todo, el iraní. Yemen es incluido en el círculo por su relevancia directa en la seguridad del reino y EE UU por ser su principal valedor internacional y tener un protagonismo excepcional en la zona.

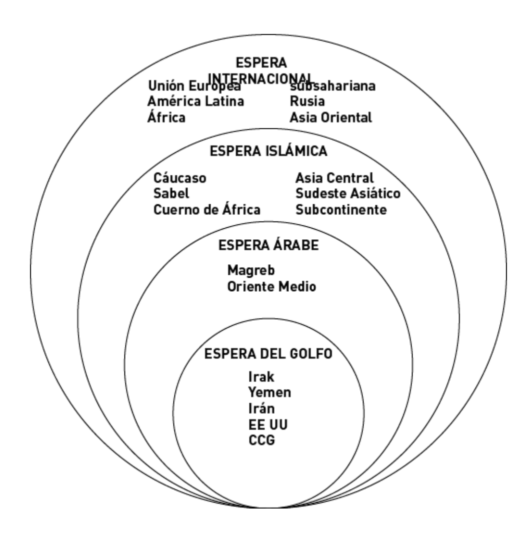
La cuestión identitaria y la perspectiva religiosa tienen una importancia excepcional en la formulación de la agenda exterior de Arabia Saudí y, específicamente, en el rol que debería desempeñar el régimen en el ámbito internacional. En relación con ello, la esfera árabe y el cinturón islámico son los siguientes niveles de mayor interés para la Casa de Saúd, donde también pretende interferir de manera hegemónica. En el Magreb y Oriente Medio, la monarquía busca extender el grado de alianzas que ya existe en el CCG con otros regímenes afines, como pueden ser Egipto, Jordania o Marruecos. Sin embargo, también encuentra focos de competencia u oposición, como el Gobierno sirio de Bachar al Asad o la figura del presidente turco Recep Tayyip Erdogan.

La expansión de la política exterior saudí conduce a que otras áreas del mundo cobren especial interés, sobre todo aquellas en las que la monarquía puede desempeñar un rol protagonista gracias a la religión. La figura saudí crece progresivamente en comunidades musulmanas de África, Europa del este y distintas partes de Asia. En último lugar, los Saúd han buscado en las últimas décadas diversificar sus relaciones, reduciendo la dependencia política y comercial de

EE UU. Esta circunstancia explica los vínculos cada vez más estrechos con las economías de Asia Oriental, el acercamiento a Rusia y las diferentes interdependencias con polos de América y los principales Estados miembros de la Unión Europa, como Francia, Alemania o España, así como el Reino Unido.

FIGURA 5

ESFERAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ARABIA SAUDÍ



Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores de Arabia Saudí.

Los objetivos de la política exterior de Arabia Saudí y su estrategia regional parten de ciertos intereses nacionales, marcados por la Casa de Saúd como los elementos esenciales del régimen, que permanecen inmutables a lo largo del tiempo (Hernández, 2019a: 62-67). La formulación del Estado en correspondencia con el triángulo de poder basado en la Corona, wahabismo y petróleo, junto con las vicisitudes bajo las que se produjo la unificación del reino y la permanente convulsión en el entorno dan como resultado un cómputo de premisas a partir de las cuales se formulan las acciones en Oriente Medio y el

Golfo, que son las áreas donde la injerencia de la monarquía es notablemente mayor.

La pervivencia del reino pasa por cinco principios o intereses nacionales básicos: preservar la soberanía y unidad territorial, la protección de los valores del wahabismo, la consolidación del régimen monárquico, la estabilidad y el orden interno, y el reconocimiento internacional a la autoridad del régimen. Desde la constitución del nuevo Estado en 1932 por Abdulaziz bin Saúd, cada monarca ha procurado que todas las políticas implementadas tengan presente cada uno de los axiomas, que suponen fundamentos irrenunciables para la Corona. El debilitamiento o fragilidad en alguno de ellos es considerado por la Casa de Saúd como una amenaza directa a su estatus de poder.

Los cinco intereses responden a circunstancias domésticas y externas que han ido dando forma a la singular hegemonía saudí. En un principio, las dificultades por lograr la unidad nacional bajo una misma autoridad se ven reflejadas en la desmedida preocupación que los Saúd dedican a la cohesión territorial y a la defensa de su independencia política. En segundo término, el wahabismo resulta un elemento esencial para legitimar su dominio; por ello, la defensa de la doctrina dentro y fuera del reino es un factor inamovible. En tercer lugar, los príncipes saudíes empeñan grandes esfuerzos en salvaguardar la naturaleza monárquica del régimen frente a cualquier foco de cambio o reforma. En este sentido, la estabilidad y orden interno emergen como componentes esenciales para la pervivencia política de la monarquía. Finalmente está el reconocimiento internacional a la autoridad de familia real por parte de terceros actores, que sirve como

respaldo a su posición privilegiada dentro del reino y en el entorno.

Los intereses nacionales del Estado saudí determinan la estrategia regional para Oriente Medio. La soberanía y unidad territorial se plasman en los objetivos de defender las fronteras y frenar y evitar cualquier tipo de injerencia externa. La protección del wahabismo se traduce en su promoción entre otras poblaciones musulmanas y la réplica a discursos críticos. La salvaguardia al régimen monárquico es extrapolada a la zona en la defensa de la institución de la Casa de Saúd y la figura del rey como legítimos gobernantes de Arabia Saudí y referentes en la esfera árabe e islámica. La estabilidad y el orden interno están intrínsecamente ligados a las vicisitudes exteriores, de ahí la necesidad del régimen de construir espacios de influencia y formular un *statu quo* propicio. El reconocimiento internacional se fundamenta en lograr que la monarquía saudí sea percibida por el resto de agentes como el polo hegemónico de la región y, además, el interlocutor del eje árabe y musulmán ante el resto del mundo.

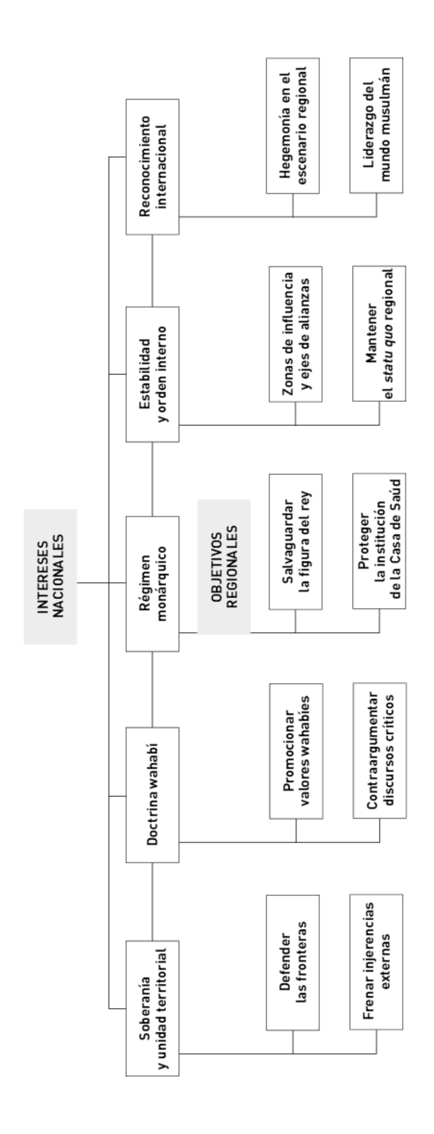
La inestabilidad permanente en Oriente Medio y los conflictos y revoluciones próximas al territorio saudí propician que existan dos objetivos regionales centrales para la Casa de Saúd: la defensa de fronteras y el freno de las injerencias externas. Existen dos puntos tradicionalmente complicados para la seguridad del régimen: la frontera iraquí y la yemení. La respuesta del Estado saudí ha sido la alta militarización de ambos espacios. A partir de 2006, Arabia Saudí comenzó a construir una gran zona vallada de más de 900 kilómetros a lo largo de la frontera con Irak, para facilitar el control de los pasos y evitar que la violencia se trasladara al interior del reino.

Desde entonces, fortificar otros puntos fronterizos ha sido el objetivo de Riad, siendo Yemen una de las mayores preocupaciones desde que comenzara la intervención militar en 2015, sobre todo por los repetidos enfrentamientos con las milicias hutís en las comarcas limítrofes.

La monarquía siempre ha sido tendente a intentar encapsular y aislar a la población saudí de las corrientes de cambio y revolución que pudieran llegar del exterior. No ha permitido ningún tipo de injerencia foránea, bien que presionara directamente al régimen para introducir cambios políticos, bien que sirviera para propulsar movimientos de contestación ciudadana en el interior del reino. La Primavera Árabe es el ejemplo más reciente de las actuaciones de la Corona para evitar posibles réplicas (Jahner, 2012: 45-46), reforzando los mecanismos de control y coerción para evitar la erosión de la autoridad y legitimidad del rey y los príncipes saudíes entre sus compatriotas.

FIGURA 6

PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA REGIONAL SAUDÍ



Fuente: Hernández, 2019; Al-Rasheed, 2018; Gause, 2014; Ulrichsen, 2011; Cordesman, 2009.

El wahabismo tiene un papel protagonista en la política exterior y, especialmente, para las estrategias regionales. Los principios religiosos sirven a la monarquía en el fin de ampliar espacios de influencia en comunidades musulmanas, reforzando la imagen no solo de liderazgo político, sino también de referente religioso. La doctrina wahabí forma parte de los recursos de *soft power* de Arabia Saudí (Gallarotti y Al-Filali, 2013: 7-9), que le permiten consolidar su rol de elemento indispensable en las dinámicas árabes y musulmanas. Sin embargo, el compromiso con los preceptos wahabís también

requiere por parte del Estado saudí la responsabilidad de protegerlo ante cualquier ataque discursivo de otras ramas del islam o frente a las acusaciones sobre su carácter rigorista.

La protección de la figura del rey y de la institución que representa la Casa de Saúd no solo es una tarea que implica el dominio del ámbito doméstico, además conlleva el papel creciente del Estado saudí en las coyunturas regionales e incluso internacionales. La familia real y el monarca son erigidos como partes intrínsecas de la identidad del país, a través de un discurso nacionalista que intenta reforzar constantemente la legitimidad de su poder (Al-Rasheed, 2004: 193-198). La monarquía no permite ningún tipo de crítica u oposición a la política patrimonial que sustenta el régimen, puesto que representa el ataque a uno de los pilares cofundacionales y vector central del reino.

Los márgenes de la oposición a los Saúd logran surgir tanto en el interior del territorio como en todo Oriente Medio y otras esferas colindantes. El ascenso hegemónico de Arabia Saudí y de la Casa de Saúd está acompañado por corrientes críticas de distinta naturaleza, que contradicen que la familia real deba adquirir un estatus privilegiado sobre el resto de la población y demás actores políticos del escenario regional. Las reprobaciones al talante autoritario del régimen o, por ejemplo, a las acciones del príncipe Mohamed bin Salmán en los últimos años, son expuestas desde Riad como ofensas hacia el conjunto del país y no solo hacia la institución o figuras políticas concretas.

La experiencia histórica ha mostrado a los príncipes saudíes que la estabilidad y el orden interno están inexorablemente ligados a los acontecimientos del entorno. El desempeño de un

papel poco protagonista o indiferente hacia las crisis y problemas regionales solo hace que la monarquía sea incapaz de responder a los desafíos más graves y alienta la percepción de fragilidad (Gause, 2014: 189-191). La tendencia general entre los monarcas es la de asumir el protagonismo en aquellos temas considerados relevantes para los intereses saudíes, intentando imponer su propia agenda y objetivos, ya que desde Riad se estima como la única forma pragmática de asegurar la seguridad del régimen.

La traslación de dicho principio se formula en el interés de Arabia Saudí por construir espacios de influencia y vertebrar alianzas que la sitúen en una posición preferente y de liderazgo. La fortaleza y resiliencia de las áreas de predominio saudí permiten condicionar un tipo de *statu quo* regional que sea propicio a los objetivos de la Casa de Saúd, en tanto en cuanto represente un marco de relaciones seguras y predecibles entre actores, donde el reino wahabí ocupa el espacio central. La Primavera Árabe fracturó el sistema jerárquico de la zona, afectando seriamente a la elaborada estrategia saudí, puesto que comenzó a encontrar mayores problemas para seguir manteniendo un mapa local que fuera congruente con la visión política de la Corona y su ambición hegemónica.

El reconocimiento internacional es el último de los intereses nacionales, que deriva concretamente en los objetivos de hegemonía tanto en Oriente Medio como en la esfera árabe y musulmana. La Casa de Saúd interpreta que, solamente a través de ejercer la autoridad política y religiosa sobre el resto de actores sociales y políticos, puede asegurar un contexto favorable que no interfiera en la estabilidad interna. El liderazgo emerge como un principio irrenunciable de la política

exterior (Karim, 2017: 72-73), que es a su vez medio para garantizar la seguridad del régimen, pero también un fin en que lo se refiere a la legitimidad que los propios príncipes saudíes se conceden a sí mismos.

El reconocimiento de su posición hegemónica se construye a través de tres ámbitos fundamentales. Por un lado, la aceptación por parte de los demás actores estatales y no estatales de su preponderancia política en Oriente Medio. Por otro, el consenso entre las poblaciones árabes y musulmanas del alcance referencial de Arabia Saudí como líder religioso y propulsor de una supuesta identidad común. En último término, la aprobación de las principales potencias extranjeras del resto del mundo de que Arabia Saudí es el representante e interlocutor dominante en la región, lo que les induce a asumir que cualquier cuestión debe contar siempre con la participación activa de los Saúd.

EL ASCENSO DE ARABIA SAUDÍ COMO POTENCIA REGIONAL

En la trayectoria de la política exterior saudí se pueden llegar a distinguir cinco etapas. Primera, la fase de consolidación (1932-1964), en la que la Corona centró esfuerzos en fortalecer el orden interno, sin prestar gran atención a las vicisitudes de fuera. Segunda, la etapa de ascenso en el ámbito internacional (1964-1975), bajo la visión política y estratégica de Fáisal. Tercera, la consecución del liderazgo regional (1975-2001), durante los reinados de Khalid y Fahd, que supone su transcendencia en toda la esfera árabe y musulmana. Cuarta, el debilitamiento de la hegemonía (2001-2015), marcado por la

erosión paulatina de los intereses de la monarquía. Y, finalmente, la revitalización de su rol como potencia, planteada desde 2015 bajo la llamada doctrina Salmán.

Los antecedentes conocidos de relaciones internacionales de la Casa de Saúd fueron muy limitados durante los emiratos de Diriyah y Nechd en los siglos XVIII y XIX. La zona del Golfo estaba entonces controlada o interferida por varias potencias locales y extranjeras. Al este el polo iraní y al sur, el sultanato de Mascate; al que se sumaban la débil presencia en la península arábiga del Imperio otomano y la creciente influencia británica. El interés por las regiones del interior controladas por los saudíes era realmente escaso, puesto que no tenían ningún valor estratégico en aquella época. Sin embargo, dos cuestiones precipitarían la intervención exterior contra el poder de la familia real.

El avance del emirato de Diriyah hacia el este y la conquista de La Meca y Medina entre 1803 y 1804 provocaron la preocupación de los otomanos (McLoughlin, 1993: 6-8). La Casa de Saúd no reconocía ninguna autoridad superior y, además, intentaba imponer en los territorios conquistados la doctrina wahabí. El temor de que los santos lugares fueran dominados por las rigoristas enseñanzas del wahabismo motivó que desde Estambul se comandara a Egipto, que era provincia otomana por aquel entonces, acabar con el naciente Estado. La guerra entre 1811 y 1818 puso fin al primer mandato saudí, provocando que gran parte de los líderes religiosos y de la dinastía fueran ejecutados.

El emirato de Nechd, entre 1824 y 1891, se encontró con las mismas dificultades exteriores. Por un lado, el Imperio otomano se coaligó con el clan Al-Rasheed para debilitar su dominio

territorial. Por otro, no logró encontrar el respaldo de la metrópoli británica, con la que también rivalizaba por el control de la costa del Golfo. Al final del siglo XIX, gran parte de los Saúd encontraron refugió en Kuwait, gracias a los estrechos vínculos familiares que habían conseguido desarrollar con otros clanes de la zona.

La ofensiva de Abdulaziz bin Saúd en 1902 para la unificación final del territorio de la península arábiga no contaba con el respaldo de ningún aliado extranjero. Sin embargo, existieron ciertos condicionantes regionales que favorecieron su rápida expansión. En primer término, desde Reino Unido se aseguró a los Saúd la no interferencia en las luchas en el interior y la protección ante ataques externos, reafirmando la soberanía de la familia real (Reinhold, 2001: 42-44). En segundo lugar, el Imperio otomano se encontraba en un proceso de descomposición, que finalmente concluiría tras la Primera Guerra Mundial, lo que facilitó que no interviniera para hacer frente a la ofensiva de los Saúd.

El Estado moderno de Arabia Saudí, instaurado oficialmente en 1932, encontró rápidamente el reconocimiento de los demás países del alrededor y de las principales potencias occidentales. El rey Abdulaziz encargó la tarea de los vínculos con otros regímenes a su hijo Fáisal, quien en 1919, con tan solo 13 años, ya realizó las primeras visitas oficiales al extranjero al ser invitado por los Gobiernos de Reino Unido y Francia. No obstante, es precipitado considerar que en ese periodo se diese una política definida según premisas o acciones elaboradas y planificadas. Las relaciones hacia el ámbito exterior se centraron sucintamente en los primeros acuerdos comerciales con las distintas compañías petrolíferas occidentales y en los

esporádicos encuentros diplomáticos.

La institucionalización de la acción internacional se produce realmente a partir de 1945, ya que en ese año tienen lugar dos acontecimientos fundamentales para la relación del reino con el entorno. En primer término, el encuentro del presidente Roosevelt y el rey Abdulaziz en febrero de 1945, que formaliza la primera alianza del reino con otro Estado. En segundo lugar, la creación de la Liga Árabe en marzo de 1945, de la que Arabia Saudí formó parte, como uno de los siete países fundadores (Pinfari, 2009: 2-3). Estos dos hechos definen la praxis inicial del régimen, apoyada en la asociación con EE UU y en un regionalismo que garantizara el equilibrio entre los emergentes países.

La primera etapa de consolidación (1945-1964) supone un periodo en el que Arabia Saudí tiene un perfil internacional y regional bajo. El interés del rey Abdulaziz fue fortalecer el régimen internamente, evitando debilitar su poder en contiendas del entorno. Por esa razón, la monarquía decidió no involucrarse en la primera guerra árabe-israelí de 1948, tras la declaración de independencia del Estado de Israel. La defensa y la acción exterior quedaron en la práctica bajo el amparo estadounidense, que comenzó a fortalecer los vínculos con diversos regímenes de la zona, debido a la rápida proyección de la Guerra Fría, que tendría su réplica en el conjunto de Oriente Medio.

El 9 de noviembre de 1953 fallece Abdulaziz y le sucede en el trono su hijo Saúd, quien mantendrá en el cargo para asuntos exteriores a su hermano Fáisal. Sin embargo, las tensiones entre los dos dirigentes pronto marcarán la política saudí durante esos años. Las diferencias comienzan sobre el posicionamiento a

mantener con Egipto. En julio de 1952, el monarca Faruq fue derrocado por la revolución liderada por el Movimiento de Oficiales Libres. En 1954, Nasser asumía el control del país y comenzaba la proyección regional del panarabismo, que tendría difusión en distintas áreas de Oriente Medio. La monarquía saudí quedaría profundamente fraccionada por la figura del líder egipcio.

Fáisal lideró la rama familiar que consideraba necesario dar un paso cualitativo mayor en la estrategia regional, haciendo frente al eje nasserista, que representaba una alternativa ideológica al absolutismo religioso de Arabia Saudí. EE UU también mostró su preocupación ante el avance de las corrientes revolucionarias y socialistas en Oriente Medio, incentivando que Washington estrechara sus lazos con la Casa de Saúd y con el sah de Irán. Sin embargo, el rey Saúd prefirió mantener una línea comedida en los asuntos regionales, considerando los peligros que supondría para la estabilidad del reino la participación en las crisis del entorno y la rivalidad directa contra el régimen egipcio.

La guerra civil de Yemen del Norte a partir de 1962 fue uno de los detonantes de la fractura final entre Fáisal y el monarca. Egipto participó activamente en el conflicto, enviando cerca de 60.000 soldados para apoyar al bando republicano yemení contra el monárquico (Bowen, 2007: 110-112). La inquietud creció en el seno de la familia real ante la posibilidad de que una república se estableciera en la frontera sur del reino. Sin embargo, Saúd decidió no tomar parte del conflicto y, además, apartó a su hermano de cualquier responsabilidad en materia internacional, aunque su poder quedó debilitado.

Fáisal consiguió sumar el apoyo de gran parte de la familia

real, las estructuras militares y la elite religiosa wahabí, provocando que las presiones internas hicieran finalmente renunciar al trono a Saúd en favor de su hermano, nombrado rey el 2 de noviembre de 1964. Comienza entonces el periodo de ascenso internacional (1964-1975), que viene acompañado de un intenso desarrollismo en el ámbito doméstico. El Estado saudí alcanza su plenitud institucional, modernizando las principales capacidades y recursos económicos y políticos del régimen. La estrategia exterior es transformada radicalmente, intentando implementar unos objetivos más ambiciosos, partiendo del principio de que la monarquía y la Casa de Saúd deben ocupar un papel central en Oriente Medio, así como en la esfera árabe y musulmana y en los mercados de petróleo y gas.

Fáisal decide no delegar las responsabilidades de asuntos exteriores y tutorizar la estrategia regional e internacional personalmente. El rey encontrará un estrecho aliado en la potencia estadounidense (Matthiesen, 2018: 222-225), que considerará prioritaria para la seguridad de sus intereses en Oriente Medio la alianza con Arabia Saudí e Irán. Además, en 1971 se produce la descolonización británica del Golfo, con las independencias de Omán, Catar, EAU y Baréin. La Corona saudí pretende desde ese momento ejercer un particular liderazgo sobre el resto de familias reales, con el objetivo de crear un bloque homogéneo de monarquías frente a otros modelos políticos y sociales.

El año 1973 es un punto crucial en la historia reciente de Arabia Saudí. La derrota árabe en la guerra del Yom Kipur supone el declive de las ideas panarabistas y del liderazgo regional de Egipto. Estas circunstancias son aprovechadas por la Casa de Saúd para ascender como nuevo referente del mundo

árabe (Mann, 2012: 760-761), dotando de mayor protagonismo a la identidad religiosa por encima de las ideas revolucionarias. La crisis del petróleo confirma a Riad como una potencia mundial emergente. El rey Fáisal convierte el crudo en una herramienta más de la acción exterior de su Gobierno, que le sirve tanto para reequilibrar las relaciones con EE UU y demás países de Occidente como para alcanzar el reconocimiento internacional del papel predominante del reino.

El 25 de marzo de 1975 fue asesinado Fáisal por un sobrino suyo, Fáisal bin Musaid, en una de las tradicionales consultas del rey con miembros de la familia. El hecho nunca fue totalmente esclarecido, aunque una de las razones más aludidas fue que el agresor mostraba signos de radicalización religiosa y se oponía a ciertas medidas aperturistas. Khalid estuvo a cargo de la jefatura del Estado desde 1975 hasta su muerte en 1982, representando una línea continuista con las premisas establecidas por su antecesor. La tarea principal fue responder a los diferentes desafíos regionales con suficiencia política para consolidar el liderazgo de Arabia Saudí en el entorno árabe y musulmán.

La época que comprende entre 1975 y 2001 constituye la plenitud de la hegemonía saudí en la región. En primer lugar, Khalid y, posteriormente, Fahd (cuyo reinado se extiende de 1982 a 2005) fueron capaces de profundizar en la estrategia inicial planteada por Fáisal y establecer a Arabia Saudí como el referente central en Oriente Medio. Ocurrieron a lo largo de esas décadas tres episodios que condicionaron el tipo de liderazgo implementado desde Riad: la guerra de los muyahidines en Afganistán contra la URSS, entre 1978 y 1989; la Revolución iraní y la instauración de la República Islámica

de Irán en 1979; y la invasión de Kuwait en 1990, con la intervención de la coalición internacional en 1991.

El conflicto afgano sirve a los intereses saudíes para un triple propósito. En primer término, la estrecha colaboración con EE UU ayudó a fortalecer la alianza y a mejorar los márgenes de confianza, que habían quedado debilitados tras la crisis de 1973. En segundo lugar, permitió al régimen ampliar su marco de actuación, tejiendo redes de influencia en la franja de Asia Central. Por último, tras la toma de la Gran Mezquita de La Meca en noviembre de 1979, y las críticas de los estertores del wahabismo y salafismo interior, comenzaba la política de financiación a comunidades de creyentes en distintas partes del mundo (Taheri, 2004: 459-461). La Corona volvía a reafirmarse como líder en el ámbito religioso, facilitando la expansión de su visión política.

El derrocamiento del régimen del sah en febrero de 1979 constituye un episodio trascendental para las dinámicas regionales. La crisis de los rehenes en la embajada estadounidense entre noviembre de 1979 y enero de 1981 supone la ruptura total entre Irán y EE UU. La doctrina Carter marca el objetivo de la Casa Blanca de que su país defienda sus intereses en la zona a través de cualquier recurso posible, generando una aproximación mayor con Arabia Saudí y el resto de monarquías árabes del Golfo. El régimen de los Saúd pasa a convertirse en el principal aliado de Washington. El 25 de mayo de 1981 se crea el CCG (Al-Qassab, 2017: 73-74), que sirve para institucionalizar un bloque de países liderados inicialmente por los príncipes saudíes.

La invasión de Kuwait en agosto de 1990 y la guerra del Golfo iniciada en enero de 1991, bajo la Operación Tormenta

del Desierto liderada por EE UU, marcan un punto de inflexión en la estabilidad regional. La coyuntura en Oriente Medio coincide con el desmoronamiento del bloque soviético, convirtiendo a la potencia estadounidense en el gran polo de poder del mundo. La rápida derrota del ejército de Sadam Huseín deja a uno de los Estados centrales de la zona profundamente debilitado, favoreciendo que el protagonismo político quede prácticamente sumido en exclusividad por Arabia Saudí.

Los problemas de salud del rey Fahd provocan que en diciembre de 1995 nombre regente a su hermano Abdalá, que desde 2005 le sucederá en el trono. La década de los noventa representará una fase intensiva en las relaciones internacionales del régimen saudí. Da comienzo una diversificación de su presencia diplomática, que pivota cada vez más hacia Asia-Pacífico. Las economías asiáticas de Japón, Taiwán o Corea del Sur ya habían establecido los primeros vínculos con la potencia saudí a finales de los setenta y principios de los ochenta, pero será en este periodo, con el auge de China, cuando comience un crecimiento constante de los intercambios comerciales con el reino saudí.

El periodo entre 2001 y 2015 es de declive y debilitamiento de la hegemonía saudí, los diversos acontecimientos que ocurren a escala internacional y regional remarcan este hecho. Primero, los atentados del 11S y el auge del yihadismo a nivel mundial provocan la erosión de la imagen exterior del régimen de los Saúd y una fractura en la relación de confianza con la Casa Blanca. Segundo, la guerra de Irak y el vacío de poder tras el derrocamiento de Sadam Huseín generan mayor inestabilidad e inseguridad (Dazi-Héni, 2013: 23-25), facilitando el ascenso

del llamado “eje chií”, liderado por Irán, lo que aumenta las diferencias entre los dos aliados: EE UU y Arabia Saudí.

En agosto de 2005 Mahmud Ahmadineyad asume la presidencia en Irán, e introduce una revisión profunda de la política exterior del régimen de los ayatolás. Los dos elementos disruptivos para la estabilidad y seguridad regional son el interés de Teherán por revitalizar su rol hegemónico en distintas partes de Oriente Medio, generando una creciente inquietud en la monarquía saudí; así como las intenciones de reanudar el programa nuclear, lo que llega a representar una seria amenaza para Arabia Saudí y otros regímenes del entorno. Las negociaciones posteriores con EE UU, Rusia, China y potencias europeas, que culminan en el Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA, por sus siglas en inglés) de 2015, reafirman al Estado iraní como protagonista destacado de la zona.

A finales de la década de los noventa y principios de los 2000 también se produce el paulatino ascenso en el escenario internacional de Catar. La dinastía de los Al Thani comienza inicialmente asumiendo un rol de mediación e interlocución para posteriormente adquirir mayor relevancia en los principales conflictos locales. El progreso catarí supone otra brecha en la hegemonía de Arabia Saudí, que siempre había pretendido tutorizar al resto de miembros del CCG. Los problemas de liderazgo saudíes aumentarán exponencialmente con la Primavera Árabe de 2011 y las crisis posteriores, que se muestran como el mayor desafío al que tiene que hacer frente la Corona de los Saúd.

El príncipe Saúd bin Fáisal, hijo del rey Fáisal, fue una figura clave durante todo este periodo. Desempeñó la tarea de ministro de Asuntos Exteriores desde 1975 hasta 2015. Fue el

gran artífice de las principales estrategias internacionales del reino, que lo consolidaron como una potencia mundial. A partir del 2012, sufrió varios percances de salud y el planteamiento proyectado para responder a las revueltas árabes pronto se mostraría insuficiente. En abril de 2015 es destituido del cargo por el nuevo monarca Salmán y, precisamente, el príncipe heredero Mohamed bin Salmán decide iniciar un cambio drástico en la política regional del reino, dando comienzo a una nueva fase.

CAPÍTULO 5
LA DOCTRINA SALMÁN Y LA CRISIS DE HEGEMONÍA

La Primavera Árabe y las crisis y conflictos sucesivos provocaron la fractura del *statu quo* en Oriente Medio y el debilitamiento de la posición hegemónica de Arabia Saudí. Se inicia un proceso de elevada tensión e inestabilidad que condiciona las estrategias y medidas planteadas por todos los actores involucrados en la región. Los esfuerzos de la Corona saudí se encaminarán a preservar sus intereses y objetivos más elementales, intentando garantizar su cuota de liderazgo y márgenes de influencia. Sin embargo, el régimen de los Saúd tiene que hacer frente a numerosos obstáculos y corrientes de oposición en el escenario local, que dificultan el mantenimiento de un rol predominante.

La Casa de Saúd considera el periodo iniciado tras las revueltas árabes, en términos generales, como un fenómeno negativo para los propósitos de su política exterior. Asimismo, la convulsión en las proximidades del reino constituye un serio desafío al orden interno, ya que cualquier elemento disruptivo exterior puede repercutir imprevisiblemente en la política y en la sociedad nacionales. La reacción de la monarquía consistía en contener y delimitar el alcance de los cambios y promover nuevos ejes de alianzas y espacios normativos donde siguiese ejerciendo de polo hegemónico, frente a los diversos actores

estatales y no estatales que se oponían a su referencia ideológica.

La respuesta saudí en la primera fase de la transición regional a partir de 2011 coincidió con los últimos años del reinado de Abdalá. El monarca se había granjeado la imagen de reformador tanto durante su regencia (1995-2005), por los problemas de salud de su hermano Fahd, como siendo rey (2005-2015), introduciendo medidas aperturistas dentro del reino y manteniendo un perfil dialogante y consensual en el ámbito internacional. No obstante, las respuestas dadas ante las transformaciones surgidas en el contexto de Oriente Medio resultaron, para ciertos sectores de la elite nacional, muy insuficientes.

En la evolución reciente de la política exterior de Arabia Saudí se logra distinguir un cambio profundo a partir del año 2015. El rey Abdalá fallece el 23 de marzo de 2015 y es sucedido en el trono por su hermano Salmán, quien rápidamente concede grandes responsabilidades a su hijo Mohamed bin Salmán. El joven príncipe introduce una revisión profunda de la agenda regional de la Corona, aludiendo a una perspectiva totalmente distinta a los planteamientos realizados por el anterior monarca que, considera, fueron deficientes. La doctrina Salmán intenta dar una respuesta diferente para garantizar que el reino siga siendo el líder en el nuevo orden regional que emerge.

LA PRIMAVERA ÁRABE Y EL NUEVO ORDEN REGIONAL

Las revueltas árabes de 2011, que se extendieron por gran parte

de los países de Oriente Medio y Magreb, son un fenómeno sociopolítico destacado y excepcional en la historia reciente de la región. Su impacto no debe ser juzgado exclusivamente en términos de democratización, puesto que solo en Túnez realmente parece haberse consolidado en un régimen totalmente diferente. La Primavera Árabe debe ser valorada por las consecuencias derivadas en las dinámicas y en el *statu quo* regionales (Elakawi, 2014: 223- 224), iniciando un periodo de transición marcado por la inestabilidad y la convulsión. Los intereses de Arabia Saudí se están viendo afectados por los cambios en el entorno.

Las protestas ocurridas en los primeros meses de 2011 en países como Siria, Egipto, Yemen, Omán o Baréin poseen rasgos semejantes a las multitudinarias movilizaciones ocurridas prácticamente una década después. La presión ciudadana a principios de 2019 en Sudán, que llevó a la dimisión en abril del presidente Omar al Bashir y a la convocatoria de un proceso de transición política; las movilizaciones en septiembre contra el régimen del general Al-Sisi en Egipto; las manifestaciones en Irak en octubre del mismo año, que desencadenaron la dimisión del primer ministro Adil Abdul-Mahdi; así como la revuelta social en Líbano, que también desencadenó una crisis de Gobierno.

Existe un vínculo que conecta las aspiraciones y reivindicaciones sociales de 2011 con el creciente malestar y desafección en importantes segmentos de las poblaciones árabes en 2019. Las particularidades de cada país y la naturaleza distinta de los regímenes generan evoluciones dispares de las protestas, pero se pueden distinguir ciertos rasgos comunes que ponen el foco en problemas no resueltos: la desigualdad social y

la pobreza, la falta de oportunidades, la corrupción del sistema estatal, el impulso hacia modelos más democráticos y aperturistas, la protección de ciertos derechos individuales y colectivos, el fin de la patrimonialización del poder por parte de las elites nacionales.

La razón última de las revueltas y protestas que tienen réplicas en distintos puntos de la región es la fractura total del contrato social entre gobernantes y gobernados. La gran mayoría de los regímenes de Oriente Medio apoyaron su carácter autoritario y clientelar en garantizar el bienestar material de sus ciudadanos, combinado con mecanismos de adoctrinamiento ideológico, como la religión, así como los recursos propios de la coerción y la represión (Kamrava, 2014: 35-37). Los ciudadanos debían renunciar a un papel activo en política en favor de la seguridad y estabilidad que aparentemente ofrecía el Estado.

Los motivos que conducen a esta ruptura producen un mapa sociopolítico más complejo que la visión estereotipada que se presenta habitualmente de Oriente Medio. En el periodo entre 2011 y 2020 se observa una carencia por parte de la gran mayoría de regímenes, que intentan hacer prevalecer principios sectarios y la identidad nacional promovida desde el Estado por encima de las reivindicaciones y preocupaciones reales de la sociedad. Sin embargo, ciertas corrientes ciudadanas en cada país vuelven a poner en valor una agenda social y una política totalmente distintas a las gubernamentales (Lynch, 2016: 47-49), intentando erosionar y superar los constreñidos marcos domésticos en los que los países han permanecido durante las últimas décadas.

La naturaleza disruptiva de la cadena de protestas y movilizaciones desde 2011 hasta 2020 también se debe a los

cauces utilizados para la manifestación de los intereses políticos. Las generaciones más jóvenes se convierten en importantes protagonistas de las reivindicaciones de cambio, llevando a cabo acciones que sobrepasan los tradicionales medios de actuación. Son movimientos generalmente transversales, con un programa amplio y poco concreto, que entremezcla distintas inquietudes de minorías y segmentos sociales. Los actores o agentes tradicionales pasan a ocupar un papel secundario ante unas dinámicas que no interactúan en los mismos parámetros.

Los regímenes encuentran crecientes problemas para sofocar o canalizar las tensiones en la sociedad, debido a que los movimientos contestatarios están en constante evolución. No obstante, la falta de precisión ideológica e institucional provoca que este tipo de corrientes tengan una presencia intermitente a lo largo del periodo, limitando en numerosas ocasiones su capacidad para inducir el cambio interno y favoreciendo que los Gobiernos puedan resistir mejor en el poder.

La pandemia de la COVID-19 en 2020 marca un punto de inflexión social en gran parte de los países de Oriente Medio (Hernández, 2020a: 3-5). Las prioridades sanitarias abocan a una fase de coexistencia pacífica entre la oposición y la disidencia y los regímenes. La región aparentemente se está viendo menos afectada que otras áreas del mundo, pero el riesgo de contagio ha generado un clima de parálisis generalizada. No obstante, las consecuencias económicas del coronavirus pueden provocar una agudización de los problemas estructurales, representando un desafío mayor para los actuales dirigentes y su capacidad de garantizar la paz social. Las respuestas al impacto de la crisis serán determinantes para el grado de estabilidad

regional en el medio plazo.

La evolución de los acontecimientos en Oriente Medio desde la Primavera Árabe es particular en cada país, pero el resultado general es la proyección de un escenario local distinto al de inicios del siglo XXI. Las revueltas tuvieron un impacto directo en Egipto, Siria, Yemen y Baréin, mientras que en el resto fueron menos trascendentes. El emirato de Baréin fue el Estado, dentro del círculo de monarquías árabes del Golfo, donde las protestas supusieron un desafío real para la estabilidad del régimen interno. Las multitudinarias protestas de los meses de febrero y marzo de 2011 fueron duramente sofocadas por la monarquía, con asistencia de sus socios del CCG. Sin embargo, el descontento de una importante parte de la sociedad se ha seguido significando a lo largo de este periodo como muestra de una aguda crisis nacional.

Egipto representa un escenario particularmente ejemplar de las numerosas contradicciones y tensiones que convergen en la región. Las protestas de enero y febrero de 2011 desencadenaron la renuncia del presidente Hosni Mubarak, que llevaba treinta años en el poder (González del Miño, 2017: 66-71). Se inició un proceso de transición que desembocó en el Gobierno de Mohamed Morsi, lo que representó el ascenso al poder del islamismo político. No obstante, en julio de 2013 se produjo un golpe de Estado dirigido por el Ejército, por el que el general Abdelfatah Al-Sisi tomó el control, propiciando una nueva fase de autoritarismo que se vio cuestionada por las sucesivas protestas de 2019.

Los conflictos en Yemen y Siria surgieron en paralelo a partir de las revueltas ciudadanas contra los regímenes establecidos, dieron lugar a sendas guerras civiles, que terminaron

consumándose en contiendas con fuerte presencia de potencias extranjeras. El contexto sirio se ha erigido como uno de los elementos centrales en las dinámicas de Oriente Medio. La confluencia de numerosos actores estatales y no estatales, agentes regionales y principales polos internacionales genera un marco político especial. La evolución de la crisis siria ha adquirido la condición de factor estratégico para la seguridad y estabilidad del entorno, así como para la cuestión de la disputa por la hegemonía local.

La guerra en Yemen es otro punto álgido de violencia e inseguridad en el área, aunque su alcance político es más limitado que la coyuntura en Siria. El estancamiento de la lucha en el territorio yemení tiene repercusión directa sobre los intereses y objetivos más prioritarios para el régimen de los Saúd. En este sentido, el Estado saudí se encuentra desde marzo de 2015 inmerso en una intervención militar que no está dando los resultados esperados, debilitando sus recursos y capacidades, así como la imagen de líder regional y la fracturación de uno de sus círculos de influencia más prioritarios.

Arabia Saudí ha logrado preservar la estabilidad interna pese a las convulsiones en el entorno. Las principales disyuntivas políticas surgen en el seno de la familia real, motivada por el ascenso al poder de Mohamed bin Salmán. Los focos de mayor presión se encontraban en esta época en dos escenarios dentro del reino. Por un lado, la población chií, que protagonizó protestas en los primeros meses de 2011, que se repetirían en enero de 2016, tras la ejecución del clérigo Nimr al Nimr. Por otro, están cobrando especial protagonismo las corrientes aperturistas, siendo notablemente activos los movimientos

feministas, a pesar de las limitaciones aún presentes en el régimen.

El reino saudí está consiguiendo superar en el ámbito doméstico esta fase de cambios y revoluciones sociales. Sin embargo, los verdaderos problemas para la Casa de Saúd derivan del entorno regional. Las consecuencias derivadas de la Primavera Árabe representan la amenaza más fuerte a la que ha tenido que hacer frente el liderazgo saudí. Nunca antes el estatus hegemónico de Arabia Saudí fue cuestionado desde el exterior por tantos frentes y facciones. La fractura del orden político regional ha provocado el debilitamiento directo de la posición preponderante de Riad. Los esfuerzos de la Corona durante este periodo se centran en intentar preservar sus intereses más esenciales.

Las resistencias a la hegemonía saudí se circunscriben a cuatro dinámicas presentes en Oriente Medio. En primer término, la agenda social y el programa reivindicativo de las movilizaciones ciudadanas suponen una contrarréplica al discurso identitario árabe-suní en el que se fundamenta el liderazgo de los Saúd. En segundo lugar, el avance de los márgenes de la influencia iraní, que conduce a la consolidación de Teherán como actor clave frente al predominio de la Corona saudí. En tercer término, la amalgama de actores estatales y no estales que no reconocen ya a Arabia Saudí como polo referencial de la zona. Por último, los cambios de estrategias de las potencias internacionales presentes en el entorno, que generan nuevas configuraciones de alianzas y bloques.

Los márgenes políticos sobre los que se habían enmarcado las dinámicas regionales durante décadas están totalmente fracturados. Los conflictos en Siria y Yemen, la inestabilidad

permanente en Líbano o Irak, bajo la constante variación en las asociaciones y relaciones entre los actores involucrados, evidencian la fase de alianzas líquidas en la que se encuentra Oriente Medio (Soler i Lecha, 2017: 150-152). Los ejes de coaliciones mutan constantemente y responden únicamente a los intereses cortoplacistas de los agentes para cada crisis o problema. No hay una línea continuada y coherente de actuación o una identificación clara entre posiciones contrapuestas.

Las preocupaciones más destacadas de Arabia Saudí desde que estallara la Primavera Árabe se centran principalmente en cuatro ámbitos. Primero, las dificultades que está encontrando la Casa de Saúd para lograr imponer su criterio político en la agenda regional y restablecer un espacio de predominio sobre el resto de actores. Segundo, la creciente rivalidad hegemónica con Irán, que surge como el principal elemento capaz de debilitar la posición preponderante saudí. Tercero, los problemas y permanentes diferencias que existen en el seno de la histórica alianza entre EE UU y el reino saudí. Finalmente, la crisis entre los miembros del CCG y la disputa con Catar, que pone de relieve la debilidad de la monarquía wahabí en los círculos más próximos de influencia.

El mapa regional anterior a las revueltas árabes de 2011 era totalmente distinto al que comienza ahora a ser proyectado. Arabia Saudí ocupaba un rol hegemónico que se extendía a través de la monopolización de las organizaciones regionales, los estrechos vínculos con la mayor parte de los regímenes de la zona y el reconocimiento internacional de su autoridad en la esfera árabe y musulmana. Los polos de crítica o resistencia al liderazgo saudí se encontraban por aquel entonces muy

reducidos. Tras la caída de Sadam Huseín en 2003, solamente el Estado iraní y algunos actores locales apoyados desde Teherán parecían cuestionar el papel excepcional de la dinastía Saúd.

La irrupción de la Primavera Árabe coincidió con una fase de reforma y aperturismo social y político en Arabia Saudí, pero las prioridades del rey Abdalá pronto cambiaron debido a la elevada inestabilidad regional. La monarquía es considerada el principal inductor de las diversas corrientes contrarrevolucionarias en Oriente Medio y Magreb (Kamrava, 2012: 98-100), pretendiendo reducir el impacto y alcance de las protestas ciudadanas y protegiendo a aquellos Gobiernos afines. No obstante, en algunos espacios como Siria o Libia, el régimen saudí se convierte en apoyo fundamental para ciertos grupos opositores, debido al interés de aumentar su influencia en aquellos puntos.

Los últimos años del reinado de Abdalá estuvieron totalmente determinados por las consecuencias generales de la crisis sociopolítica en la región. La respuesta del Estado saudí fue en términos generales defensiva y conservadora, debido a que cualquier cambio en el *statu quo* de Oriente Medio iba a tener efectos negativos sobre su posición de liderazgo. Gran parte de los objetivos regionales en los que se apoya la estrategia de Arabia Saudí se ven atacados de una forma u otra por las circunstancias propiciadas a partir del 2011. La Casa de Saúd asimila este periodo como un hito crucial para la pervivencia de la dinastía en el poder, así como para la seguridad y cohesión del reino.

Un elemento fundamental en la política saudí para hacer frente las tensiones de la región es la cuestión sectaria. El

discurso religioso es revitalizado por la monarquía con un doble propósito. Por una parte, sirve para reforzar la legitimación del poder de la Corona, tanto en el interior del reino como en el exterior (Al-Rasheed, 2017: 150-152), replicando a los programas revolucionarios y las corrientes demandantes de cambio. Por otro, es utilizado como herramienta política para contrarrestar el ascenso iraní y reducir el alcance de sus nuevas alianzas en terceros países, presentando la disputa de intereses entre las dos potencias como una cuestión de diferencias entre distintas ramas del islam.

El sectarismo en la estrategia regional de Arabia Saudí se traduce en los constantes ataques discursivos contra Irán y sus aliados más próximos, el descrédito a la mayor parte de las protestas y movilizaciones sociales del entorno y la consideración de los conflictos surgidos en el escenario local como una lucha entre diferentes grupos de creyentes. La promoción wahabí oficial también refuerza la identificación de la Casa de Saúd como el único actor político y religioso capaz de garantizar la seguridad y estabilidad en el reino y en la esfera árabe y musulmana. El régimen ha favorecido la creciente polarización en Oriente Medio, que ya no solo se vertebra en torno a la desafección e indignación de la población, sino en la contraposición de identidades.

Los medios de actuación en la política saudí frente a las consecuencias de la Primavera Árabe son parecidos tanto en el ámbito doméstico como en el regional. En el interior del reino, el régimen combina promesas de cambio político y reformas graduales con la represión y coerción sistemática de los focos de oposición (Davidson, 2012: 213-214). La Corona sigue intentando equilibrar la presión de los sectores más

conservadores y rigoristas del sector religioso, con la legitimidad añadida que le conceden las medidas de transformación entre los grupos de nacionales más aperturistas y de tendencia liberal.

La respuesta regional de Arabia Saudí se vehiculiza a través de recursos diplomáticos, financieros, culturales y militares. La monarquía intensifica las vinculaciones políticas con quienes han sido sus principales aliados en la zona, lo que se extrapola también en concesiones y ayudas económicas tanto a los Gobiernos más próximos a la Casa de Saúd como a distintos actores no estatales presentes en puntos clave de Oriente Medio. Las ligazones con ciertos grupos o facciones también se vertebran gracias a la congruencia ideológica y religiosa, amparando el Estado saudí a distintas comunidades, escuelas y mezquitas en la esfera árabe y musulmana. Finalmente se encuentra el uso de la fuerza como medio recurrente de acción exterior, que adquiere mayor peso en la doctrina del rey Salmán.

EL PLAN DE MBS PARA UN NUEVO LIDERAZGO

El príncipe heredero Mohamed bin Salmán es conocido popularmente por sus iniciales, MBS, que se han convertido ya en una seña de identidad más del Estado saudí en el ámbito internacional. La figura del dirigente representa un factor de ruptura con las carencias políticas tradicionales en el reino por diversas razones: para empezar, con apenas 35 años ha asumido las más importantes responsabilidades en una institución habituada al carácter octogenario de sus gobernantes. Por otro lado, la concentración del poder en torno a su figura rompe con los equilibrios de consenso dentro de la familia real. Por último

se encuentran los cambios que está introduciendo en el sistema político y económico interno, así como en las relaciones internacionales del reino.

Mohamed bin Salmán se ha convertido en uno de los líderes clave de Oriente Medio. Es uno de los hijos más jóvenes del actual rey y su tercera esposa, la princesa Fahda bint Falah bin Sultán, perteneciente al clan de los Al-Ajman, presente en las comarcas del medio este de la península arábiga. Se le considera uno de los descendientes predilectos del monarca. Su formación académica la realizó enteramente en el reino saudí, graduándose en Administración en la Universidad Rey Abdulaziz, en la ciudad de Yeda (Al-Labbad, 2015). A la edad de 24 años comenzó su carrera política, pasando a ser asesor de su padre cuando este era aún gobernador de la provincia de Riad, cargo que ejerció desde 1963 hasta 2011, cuando el rey Abdalá le nombró ministro de Defensa.

Mohamed bin Salmán acompañó a su padre en las responsabilidades ministeriales y se convirtió en una de sus personas de mayor confianza cuando su padre Salmán fue nombrado príncipe heredero y primer ministro en junio de 2012. En 2014 pasa a formar parte del gabinete de Gobierno, como ministro de Estado, para asistir en la cartera de Defensa. Los dos dirigentes son partidarios de planteamientos más agresivos en materia de política regional tras la Primavera Árabe. Sin embargo, se encontrarán con las reticencias del rey Abdalá y del ministro de Asuntos Exteriores Saúd bin Fáisal, quienes consideran necesario mantener una compostura comedida ante las crisis en la zona.

El 23 de enero de 2015 Salmán se convierte en el nuevo rey de Arabia Saudí a la edad de 80 años. Las primeras decisiones

del nuevo jefe del Estado rompen totalmente con las dinámicas habituales en el seno de la Corona, introduciendo importantes cambios en los más altos puestos de responsabilidad del régimen. El rey inicia un proceso sin precedentes de renovación de la monarquía, concediendo un poder creciente a las nuevas generaciones de los Saúd. Su sobrino Mohamed bin Nayef, de 46 años, es nombrado príncipe heredero y ministro del Interior, mientras que su hijo Mohamed bin Salmán, que por entonces tenía 30 años, fue nombrado vice primer ministro y responsable de Defensa.

El rey rápidamente concede amplios márgenes de actuación a su hijo, quien se erige como el verdadero líder político del país, comenzando una intensa fase de cambios y reformas en el reino. En los primeros meses de 2015, Mohamed bin Salmán impulsa la creación del Consejo de Asuntos Económicos y Desarrollo (CEDA) y el Consejo de Asuntos Políticos y Seguridad (CPSA), que son los órganos encargados de diseñar las nuevas políticas económicas, internacionales y de defensa de la Corona. Las iniciativas del príncipe contarán con el respaldo del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Adel Al-Jair, un diplomático de amplia carrera, que fue embajador en EE UU entre 2007 y 2015.

El 21 de junio de 2017 el rey Salmán decide apartar a su sobrino Mohamed bin Nayef de la línea sucesora y postula a su hijo como príncipe heredero, haciendo oficial el rol político preponderante que ya estaba desempeñando y el interés del monarca hacer de él su sucesor en el trono. En este sentido, comienza un periodo complejo y problemático en el seno de la familia real y la elite nacional, con el aumento de la tensión entre los partidarios y los críticos de las decisiones del joven

dirigente. El 4 de noviembre de 2017 se anuncia la creación del Comité Anticorrupción, liderado por el propio Mohamed bin Salmán, para acabar con las prácticas corruptas en la Administración.

La Corona comienza una campaña de detenciones y acusaciones contra importantes dirigentes del Estado y figuras relevantes de la familia real. En noviembre de 2017 se arresta a más de 200 altos cargos, entre ellos, 11 miembros de la dinastía y 4 ministros, a los que se les imputan prácticas relacionadas con la malversación de recursos púbicos, cohecho y prevaricación. Estas detenciones fueron acompañadas por cambios en las estructuras de los ministerios y de las Fuerzas Armadas, un intento de Mohamed bin Salmán de acabar con los posibles focos de crítica entre la elite nacional.

El 7 de marzo de 2020, el Gobierno llevó a cabo de nuevo una gran acción en el seno de la familia real, deteniendo a una veintena de príncipes, que fueron acusados directamente de conspiración contra el rey. Entre los detenidos se encuentra Mohamed bin Nayef, quien supuestamente lideró la corriente de oposición a su primo Mohamed bin Salmán y el intento de golpe de Estado (Hernández, 2020a). De esta forma, el príncipe heredero está consiguiendo cercenar las resistencias internas y consolidarse en el poder.

En el ámbito doméstico, la política de Salmán está circunscrita a dos cuestiones. Por un lado, ciertas reformas sociales, como un papel mayor de las mujeres en la vida pública y la atención al emprendimiento de las generaciones más jóvenes. Por otro, el plan Saudi Vision 2030, que constituye el gran marco sobre el que se implementan todas las grandes políticas económicas proyectadas en los últimos años. El

resultado real de este conjunto de medidas todavía es difícil de calcular, aunque el príncipe heredero realmente no ha emprendido cambios en profundidad sobre el sistema monárquico, que sigue teniendo un carácter netamente autoritario bajo el dominio patrimonial de los Saúd.

Mohamed bin Salmán ha encontrado un importante referente político en su homólogo Mohamed bin Zayed, de 59 años, príncipe heredero de Abu Dabi. Se le considera el principal responsable de la estrategia internacional del régimen emiratí y la aproximación a los intereses saudíes (Worth, 2020). Las iniciativas regionales del dirigente, enfocadas en reestructurar el *statu quo* de Oriente Medio y consolidar el protagonismo de su país, encuentran en la Corona saudí un estrecho aliado. Asimismo, las reformas sociales y políticas que ha promovido dentro de EAU en los últimos son tomadas como ejemplo por Riad, basándose en el principio de combinar medidas aperturistas y liberales dentro de los márgenes del autoritarismo monárquico.

El ascenso al poder de Mohamed bin Salmán ha generado un clima de fricción entre la elite nacional y, especialmente, la familia real. Las críticas sobre la figura del príncipe heredero derivan de la forma de desarrollar su liderazgo. El carácter personalista que adquiere su mandato, junto con la concentración del proceso de decisión en un círculo muy estrecho de su máxima confianza, rompe con los frágiles equilibrios y los espacios de influencia que coexisten en torno a la Corona. El unilateralismo y resolución con los que está actuando el hijo del rey Salmán están provocando que no se tenga en consideración a las diversas ramas de la dinastía o incluso a los estamentos religiosos.

El régimen está promoviendo un renovado discurso nacionalista en el cual Mohamed bin Salmán ocupa un espacio central. Es invocado como el gran impulsor de los grandes cambios anunciados en el último periodo en Arabia Saudí. Representaría el progreso de las nuevas generaciones saudíes en el interior del país y la modernización de las tradicionales estructuras sociales y políticas (Hubbard, 2020: 199-201) junto a la reactivación de la hegemonía en Oriente Medio y la esfera árabe y musulmana. Se está produciendo una transformación en el tipo de legitimidad oficial, que ya no solo se centra en reforzar la autoridad de la Casa de Saúd, sino en promover la lealtad al príncipe.

La política exterior de Arabia Saudí desde 2015 está fuertemente dirigida por Mohamed bin Salmán, quien ha emprendido una serie de actuaciones que intentan enmendar la estrategia del rey Abdalá (Priego, 2017: 13-14). La gran acción realizada en el exterior es la intervención militar en Yemen desde marzo de 2015, que busca restaurar en el poder central al presidente Abd Rabbuh Mansur al Hadi, contrarrestando el avance de las milicias hutís de las provincias del norte. La monarquía saudí lidera una coalición internacional en la que participan los miembros del CCG, menos Catar, y otros regímenes de la zona como Jordania, Egipto, Sudán o Senegal. Sin embargo, los progresos en el territorio yemení están lejos de cumplir con los planteamientos iniciales.

La guerra en Yemen es utilizada por el régimen saudí como recurso para revitalizar el nacionalismo interno y la lealtad de la ciudadanía con la monarquía. Asimismo, también es presentada por el oficialismo como una campaña contra la expansión del eje iraní. En este sentido, el bloqueo diplomático y económico a

Catar desde junio de 2017 constituye otra de las grandes operaciones regionales de Arabia Saudí, que cuenta con el respaldo de sus aliados de Baréin, EAU y Egipto. Riad justifica la crisis catarí por los supuestos vínculos de los Al Thani con grupos radicales de la zona y su conexión con el régimen iraní, que supone contradecir la estrategia de los Saúd.

El interés de Mohamed bin Salmán por revitalizar el rol hegemónico del reino y contrarrestar la influencia creciente de Irán no solo se limita al Golfo. El 4 de noviembre de 2017, coincidiendo con la campaña interna de anticorrupción iniciada por la Corona saudí, el primer ministro libanés, Saad Hariri, que se encontraba de visita oficial en el reino, anunció su dimisión, afirmando que se quedaría en Arabia Saudí por miedo a ser asesinado por facciones chiís. Las presiones desde su propio Gobierno y gran parte de la comunidad internacional provocaron que el político volviera su país, bajo las acusaciones generalizadas de que Riad había intentado interferir en el ejecutivo libanés.

La presencia de Arabia Saudí también se está intensificando en otros puntos de Oriente Medio, como se ve en el refortalecimiento de los vínculos con el régimen de Al-Sisi en Egipto y la monarquía Hachemí en Jordania, convirtiéndose el Estado saudí en uno de los principales apoyos de estos dirigentes y en valedor internacional de estos. En el mismo sentido, la monarquía de los Saúd intenta aumentar su peso político y religioso en aquellas zonas donde Irán está asumiendo un papel predominante. En la guerra de Siria, la Corona saudí sigue representando un soporte esencial para grupos de la oposición, mientras que en Irak continúa respaldando a aquellos grupos suníes para contrarrestar la relevancia chií.

La política regional de Mohamed bin Salmán también introduce un punto novedoso en cuanto a la relación con Israel. Arabia Saudí ha dejado tener especial interés por la causa palestina (Akif Koç, 2019: 171-172), quedando reflejada en el apoyo tácito al llamado Acuerdo del Siglo, presentado por Trump y Netanyahu el 28 de enero de 2020, que recogía las históricas demandas israelís, como el reconocimiento de Jerusalén como capital o los asentamientos en territorios palestinos. La Casa de Saúd está encontrando en el Gobierno israelí un cercano aliado en el entorno, ya que ambos comparten el temor al ascenso regional del régimen iraní y la necesidad de reconstruir un *statu quo* propicio.

La otra gran línea de actuación de la estrategia planteada por el príncipe heredero ha sido la reconducción de las relaciones con EE UU. En la cumbre de Camp David del 14 de mayo de 2015 entre la potencia americana y sus socios del Golfo, el rey Salmán decidió ausentarse como muestra de su desacuerdo hacia las negociaciones que Washington estaba llevando a cabo con Irán. El 20 de mayo de 2017, Donald Trump realizaba una de sus primeras visitas oficiales al extranjero a Arabia Saudí. El viaje del presidente estadounidense evidencia un cambio en la alianza histórica entre ambos países. La crisis de confianza abierta durante el mandato de Barack Obama parece haber sido superada, ya que existe una importante congruencia de intereses entre los dos actores.

Las acciones realizadas por Mohamed bin Salmán también provocan el deterioro de la imagen internacional de la Casa de Saúd. El asesinato del periodista Jamal Khashoggi en el consulado saudí de Estambul el 2 de octubre de 2018, representa una seria erosión de la apariencia de modernidad y

aperturismo que se pretende proyectar de Arabia Saudí (House, 2019:17-20). En enero de 2020, las investigaciones de relatores de la ONU sobre la desaparición del columnista condujeron a descubrir que detrás del *hackeo* al teléfono del director ejecutivo de Amazon y propietario del *The Washington Post*, Jeff Bezos, se encontraba el Gobierno saudí, que pretendía aparentemente extorsionar al empresario para que el medio dejara de publicar noticias negativas sobre el reino.

El reinado de Salmán supone una nueva fase en la política exterior, ya que intenta superar algunas de las premisas en las que la estrategia y visión de la Corona se había implementado desde hace décadas. El príncipe heredero quiere dar un cariz cuantitativo y cualitativo distinto a las acciones de Arabia Saudí en el contexto de Oriente Medio y el ámbito internacional. Pese a los problemas surgidos en algunas de sus iniciativas, Riad todavía cuenta con el respaldo de EE UU y de sus principales socios regionales, lo que le proporciona seguridad para seguir intentando implementar su propia agenda.

La doctrina Salmán se justifica por la interpretación particular que realiza el nuevo monarca de las amenazas, riesgos y oportunidades que se presentan en el entorno tras la Primavera Árabe de 2011. En este sentido, supone una enmienda a la política desarrollada por el rey Abdalá, ya que se considera insuficiente para preservar los intereses y objetivos más elementales de la Corona. Las transformaciones que están ocurriendo en Oriente Medio repercuten directamente en la posición hegemónica de Arabia Saudí (Nuruzzaman, 2019: 43-44). El debilitamiento del liderazgo de la Casa de Saúd en el exterior puede servir para debilitar la estabilidad y seguridad en el interior del reino, por lo que Salmán y su hijo deciden

reformular completamente la estrategia.

La doctrina Salmán se basa en el principio de que el contexto de Oriente Medio está cambiando completamente y que la política saudí debe abandonar el enfoque comedido y cauteloso para asumir un rol más asertivo y proactivo. La hegemonía del reino solo se podría preservar, según este principio, a través de ampliación de los campos de actuación de Arabia Saudí en el entorno. El propósito es que el reino pase de tener una carencia reactiva ante los problemas que surgen a su alrededor a mostrar un carácter más resolutivo que le permita interferir en los asuntos centrales de las dinámicas locales. La pervivencia de los Saúd pasa por volver a asumir un papel protagonista en la zona.

Los principios de la nueva política saudí en la región conllevan la modificación de dos importantes factores. En primer término, la naturaleza multidimensional del plan, que conduce al reino a aumentar su presencia en distintos puntos a la vez, valiéndose del uso de todos los recursos que tiene a su disposición. En segundo lugar, la militarización de la acción exterior del Estado, que se ve plasmada en el uso de la fuerza para asegurar los intereses en cualquier escenario (González del Miño y Hernández, 2019a: 115-117). Arabia Saudí había priorizado tradicionalmente otros componentes, como la diplomacia religiosa o económica, pero el papel del ejército se convierte ahora en un eje central.

El objetivo a corto plazo de la doctrina Salmán es frenar el debilitamiento de la hegemonía saudí y contener las corrientes de cambio y oposición, principalmente los movimientos de expansión de Irán. En el largo plazo, Arabia Saudí pretende ir construyendo los márgenes del nuevo *statu quo*, en el que la

monarquía seguiría desempeñando un rol referencial. Con tal fin, el régimen de los Saúd alienta la elevada polarización política y religiosa en Oriente Medio, promoviendo la división entre dos grandes bloques antagónicos en torno al polo saudí-suní y la esfera irano-chií. El resultado es la escalada continuada de la tensión y de los niveles de conflictividad.

TERCERA PARTE

LA HEGEMONÍA SAUDÍ EN ORIENTE MEDIO

CAPÍTULO 6

EL TRIPLE DESAFÍO DE SEGURIDAD EN EL GOLFO

La política regional de Arabia Saudí tiene su foco de acción principal en el área del Golfo, que es considerada por la Corona el espacio de influencia prioritario. La Casa de Saúd intenta dominar las principales dinámicas de esta parte de Oriente Medio, tratando de exponer un liderazgo totalmente resolutivo. Sin embargo, existen numerosos problemas y dificultades que delimitan y contradicen las ambiciones hegemónicas saudíes. Tras la Primavera Árabe, la zona ha estado condicionada por tres grandes crisis políticas, que representan importantes desafíos para los intereses saudíes. La estabilidad del régimen está fuertemente vinculada a las vicisitudes de su entorno más próximo.

El triple desafío de seguridad en el Golfo hace referencia a la complicada coyuntura en la que se encuentra la monarquía Saúd en la subregión, donde se producen tres crisis simultáneas y en la que la resolución óptima de las mismas, según la visión saudí, se postula muy complicada. En primer término, la rivalidad hegemónica con Irán, que se traduce en la escalada de tensión que existe en puntos tan estratégicos como el estrecho de Ormuz. En segundo lugar, las fricciones permanentes con Catar, que constituyen una ruptura total de la asociación entre las monarquías árabes. Por último, la falta de unidad y consenso

en la CCG, que evidencia las debilidades de la hegemonía saudí.

La evolución positiva de cada una de estas esferas implicaría para Arabia Saudí renunciar a parte de sus actuales cuotas de liderazgo. La distensión de la rivalidad con Irán representaría un reconocimiento implícito de la también posición hegemónica del régimen de los ayatolás. El acercamiento a las tesis cataríes llevaría a que el reino de los Saúd renunciase a pretender tutelar la política exterior de sus socios más cercanos. La reformulación del CCG, no como una organización de carácter político, sino más bien de naturaleza económica, que converge solamente por intereses comerciales, supondría que la organización regional no ha logrado homogeneizar la acción exterior de sus miembros.

Las circunstancias abiertas en el Golfo representan un triple desafío de seguridad para Arabia Saudí, ya que repercuten sobre la formulación del liderazgo regional que durante décadas la Corona ha intentado proyectar. El debilitamiento en alguna de estas posiciones puede tener serias consecuencias para la propia cohesión y el orden interno. La respuesta de Riad está siendo la de aumentar el grado de polarización en el área, generando un elevado clima de conflictividad. La estrategia inicial de Mohamed bin Salmán pretende valerse de la persistente convulsión para reforzar el rol hegemónico.

LA DISPUTA HEGEMÓNICA CON IRÁN

Las principales dinámicas en Oriente Medio están condicionadas por la creciente rivalidad política entre Irán y Arabia Saudí. Los dos Estados emergen como las grandes

potencias de la zona y de la esfera musulmana, compartiendo el objetivo de alcanzar una posición única y preponderante. El alto grado de conflictividad entre ambos países se justifica por la falta de complementariedad de los intereses de sus agendas regionales y las diferencias ideológicas de sus programas hegemónicos. Las profundas divergencias entre la monarquía saudí y el régimen de los ayatolás imposibilitan que se alcance un cierto grado de estabilidad en el escenario regional, por lo que persisten los problemas sin resolver.

Las diferencias de intereses en las agendas de Arabia Saudí e Irán se centran en tres aspectos: la percepción de las oportunidades y las amenazas de cada uno de los regímenes sobre las circunstancias surgidas en el entorno tras la Primavera Árabe (Zeino-Mahmalat, 2013: 9-10); la reconfiguración de alianzas, espacios de influencia y formulación de un nuevo *statu quo*; y el tipo de rol que se asigna cada Estado en el futuro escenario político y la clase de jerarquización que establecen de las relaciones locales, así como el papel que conceden a los demás actores involucrados.

Irán aprecia, en términos generales, el periodo iniciado tras las revueltas árabes como una gran oportunidad para mejorar su posición en la región y ampliar sus intereses. La república islámica partía antes del 2011 de una complicada situación por la exclusión de la mayoría de los regímenes árabes y de la comunidad internacional debido a su programa nuclear. Arabia Saudí tiene una visión negativa de los acontecimientos de los últimos años, ya que las transformaciones que están teniendo lugar han afectado a su posición de liderazgo. La monarquía de los Saúd ha visto cómo el orden regional, congruente con sus intereses quedaba totalmente fracturado y debilitaba su

hegemonía.

El régimen iraní está intentando redefinir el mapa político y de seguridad de Oriente Medio a través de la revitalización de ejes y espacios de influencia que le permitan superar las constricciones impuestas en fases anteriores y desempeñar un papel protagonista. La monarquía saudí está buscando también reconstruir bloques políticos en la esfera árabe y musulmana que sirvan como medios de oposición al ascenso iraní y, al mismo tiempo, le autoafirmen como punto referencial. El interés primordial por ampliar las áreas de dominio provoca una particular competición estratégica en el entorno, que se traduce en la permanente injerencia sobre las dinámicas internas en terceros países.

Irán lidera la corriente regional que propugna un nuevo *statu quo* totalmente diferente al de décadas pasadas. Teherán se convertiría, en ese marco local, en la principal fuerza política y religiosa, pretendiendo para ello reducir el peso de los saudíes, promoviendo los movimientos revolucionarios, presionando al Estado de Israel y respaldando el reconocimiento de la causa palestina, y limitando la presencia de potencias occidentales y de EE UU. En contraposición, Arabia Saudí busca reconstruir un orden semejante al de antes del 2011, siendo el protagonista incuestionable, excluyendo al polo iraní de las principales dinámicas, preservando la alianza con Washington y otras potencias, y favoreciendo el acercamiento al Gobierno israelí.

La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí encuentra una de sus principales justificaciones en las persistentes diferencias ideológicas (Mabon, 2016: 42-43). Desde la Revolución de 1979 y la instauración de la República Islámica de Irán, los dirigentes iranís aluden constantemente a la emancipación de

los pueblos musulmanes y a la injerencia del colonialismo occidental, que impide el progreso de los países del cinturón del islam. No obstante, la monarquía saudí no presenta un discurso con carácter crítico y antiimperialista, ya que les resulta primordial para su seguridad el amparo de las potencias extranjeras.

Las contraposiciones en los principios ideológicos entre ambos polos están presentes también en sus definiciones sobre la composición de los sistemas políticos internos y regionales. Irán apela constantemente al espíritu revolucionario de 1979 para respaldar las corrientes y movilizaciones que se suceden en el entorno, atacando al autoritarismo patrimonial que prevalece en numerosos países. Arabia Saudí continúa erigiéndose como el baluarte de los sistemas monárquicos y la estabilidad regional ante las transformaciones rupturistas (Yom y Gause, 2012: 75-78). La Casa de Saúd sigue apelando a los principios seguridad y certidumbre frente a aspiraciones de trasformación radical.

Las diferencias programáticas entre Irán y Arabia Saudí desembocan en visiones alternativas de las relaciones y el estatus de poder en Oriente Medio y la esfera musulmana. El régimen de los ayatolás legitima sus objetivos hegemónicos apelando al modelo iraní como ejemplo de insubordinación a la injerencia extranjera y a sistemas políticos no acordes con la síntesis del islam. La monarquía de los Saúd se considera el líder natural debido a que es la tierra de los santos lugares del profeta y porque el wahabismo se postula como la única interpretación correcta. Los dos justifican su rol preponderante en el escenario regional como una responsabilidad que tienen hacia los demás países y por la obligación de defender los

supuestos intereses generales de la zona.

El conflicto hegemónico entre Irán y Arabia Saudí se caracteriza habitualmente como una profunda disputa religiosa, que vendría motivada por las diferencias históricas entre las ramas chiís y suníes. Sin embargo, los dos regímenes apelan a las cuestiones islámicas para dotar de mayor legitimidad a sus discursos políticos (González del Miño, 2018: 738-739). El sectarismo es promocionado para lograr la aceptación de los nacionales y garantizar la paz social en sus países, mientras se recurre a ello en el ámbito internacional para justificar políticas exteriores. Los dos Estados aluden al liderazgo musulmán como principio irrenunciable de sus estrategias, pero realmente sirve para intentar componer marcos de influencia donde ocupen un espacio central.

Las tensiones antagónicas de Irán y Arabia Saudí comparten otros dos elementos destacados. No se produce el enfrentamiento directo entre los dos Estados, sino que se interfiere en terceros países para debilitar las posiciones del contrario o aumentar los intereses propios en cada espacio. Para lograrlo, tanto el régimen iraní como la monarquía saudí tienden a utilizar y valerse de otros agentes subsidiarios, o *proxy actors*, que son los que participan directamente en los conflictos o en las rivalidades políticas internas (Kausch, 2017: 3-5). Las grandes potencias apoyan financiera y militarmente a las facciones sobre el terreno, pero evitan tener un papel más activo.

El otro factor a tener en cuenta en la extensión del conflicto irano-saudí es que no se limita exclusivamente a Oriente Medio. Los dos países rivalizan en instituciones internacionales como la OPEP, donde intentan hacer prevalecer sus intereses políticos

sobre los del contrario. Asimismo, están desarrollando una diplomacia política, religiosa y económica cada vez más prolífera y multidimensional. Irán y Arabia Saudí se valen de sus numerosos recursos y para ir aumentando su presencia en áreas tan dispares como Asia Central, el Cáucaso, el Magreb o el África subsahariana. Su intención es ampliar la red de potenciales aliados y socios, así como mejorar su posición a nivel mundial.

La hegemonía es un principio fundamental para Irán y Arabia Saudí, puesto que la consideran determinante para la seguridad y pervivencia de sus respectivos regímenes. Las máximas autoridades iranís asimilan que el liderazgo regional es el único medio que les garantiza convertirse en actores indispensables para la estabilidad de Oriente Medio, sobre todo ante la presencia de potencias extranjeras. Los príncipes saudíes estiman que el protagonismo en el escenario local facilita que puedan delimitar las áreas de inseguridad o incertidumbre en sus proximidades, evitando posibles réplicas en el interior del reino y asegurando la inviolabilidad del poder patrimonial de la Casa de Saúd.

Las relaciones entre Irán y Arabia Saudí han pasado por diversas etapas de evolución a lo largo del siglo XX y principios del XXI. La primera fase, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la Revolución de 1979, es de una elevada cordialidad entre las dos monarquías, auspiciada por el liderazgo y amparo de EE UU. El segundo periodo, durante la década de los ochenta, representa la ruptura total, originada por la desconfianza mutua surgida tras la instauración de la República Islámica de Irán. El tercer ciclo acontece en el decenio de los noventa y los primeros años de los 2000, y es

protagonizado por la distensión y la revitalización de los vínculos diplomáticos. El cuarto estadio es el de la creciente tensión, que viene dado tras la guerra de Irak en 2003 y la problemática cuestión nuclear iraní. Finalmente, desde el 2011 se da una época de profunda rivalidad.

El final de la Segunda Guerra Mundial y el desarrollo de la Guerra Fría conducen a EE UU a situar la región del Golfo como de interés vital, sobre todo, para asegurar el suministro de recursos a su industria nacional. La Casa de Saúd y el sah de Irán se convierten en aliados fundamentales para Washington, lo que el presidente Nixon denominó como los dos "pilares gemelos" sobre los que apoyar la estrategia estadounidense (Ulrichsen, 2011: 82-83). La congruencia de intereses entre los tres países se centraba no solo en las cuestiones comerciales, sino también en hacer frente a las corrientes revolucionarias o la influencia del comunismo en la zona, así como en garantizar la estabilidad de los regímenes patrimoniales ante los conflictos y tensiones del entorno.

El derrocamiento del sah y la llegada al poder de los ayatolás en 1979 representa un hecho contradictorio tanto para EE UU como para Arabia Saudí. Washington no solo pierde a uno de sus más estrechos socios en la zona, sino que la agenda exterior iraní se convierte en una seria amenaza para la potencia americana. En este sentido, la monarquía de los Saúd se encontraba en pleno proceso de ascenso al liderazgo de Oriente Medio, pero pronto se encuentra a un sólido competidor en el Golfo y en la esfera musulmana. La década de los ochenta está protagonizada por el temor creciente de las dinastías árabes a las acciones emprendidas desde Teherán. La constitución del CCG es la respuesta conjunta, liderada por los príncipes

saudíes y respaldada por sus aliados estadounidenses, para hacer frente a los peligros que emergen en el entorno.

La guerra fronteriza entre Irak e Irán entre septiembre de 1980 y agosto de 1988 supuso un enorme desgaste material y humano para el régimen iraní. La invasión de Kuwait de 1990 y la derrota iraquí de 1991 ante la coalición internacional convencen a Teherán de reformular su política exterior. La presidencia de Akbar Hashemí Rafsanyaní entre 1989 y 1997 estuvo marcada por unos posicionamientos más pragmáticos (Ahmadi, 2008: 33-35) que abandonaron coyunturalmente los objetivos de liderazgo y revolución. El cambio de planteamiento facilitó la aproximación con la mayor parte de países de Oriente Medio, propiciando un periodo de distensión con la Corona de Arabia Saudí.

La guerra de Irak en 2003 y la desaparición de Sadam Huseín tienen un alcance destacado para la estabilidad de Oriente Medio y para los intereses de saudíes e iranís. El régimen iraquí había desempeñado la labor de Estado "tapón", que equilibraba y delimitaba la influencia entre las potencias del entorno. Irán aprovechó el vacío de poder para mejorar su posición en el país y revitalizar la extensión de su eje de alianzas por toda la región. La cuestión iraquí resulta doblemente perjudicial para los objetivos de Arabia Saudí. En primer término, constituye una brecha en la alianza con EE UU, ya que la monarquía se opuso a una intervención que pudiera perjudicar a los niveles de seguridad en el entorno. En segundo lugar, la situación interna iraquí ayudó a que Teherán pudiera ampliar su actuación hacia espacios cada vez más cercanos al reino.

La fase de creciente hostilidad entre la monarquía saudí y la

república islámica iraní se complementa con la reactivación del programa nuclear de la nación persa. La presidencia de Mahmud Ahmadineyad, entre 2005 y 2013, representa la vigorización de las premisas más hegemónicas e ideológicas de la acción exterior de Irán, que se ven plasmadas en su interés por recobrar un elevado protagonismo en la región y a escala internacional, presentando una fuerte oposición a EE UU e Israel y proyectando la cuestión energética como un principio básico de soberanía e independencia política. Arabia Saudí percibe los propósitos de Teherán como una amenaza directa a su seguridad, no solo en términos de liderazgo regional, sino en lo referente a la defensa territorial.

La Primavera Árabe y las crisis posteriores rompieron con las dinámicas prevalentes, dejando un entorno sin aparente orden, que propicia el auge de la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí. Las estrategias de ambos países se tornan antagónicas, ya que persiguen imponer sus particulares agendas sobre los demás actores presentes. El polo iraní destaca entre las principales corrientes regionales que persiguen el fin del antiguo *statu quo* y la hegemonía saudí. El bloque que se configura en torno a Riad pretende preservar ciertos marcos sociopolíticos en el entorno, reforzando a la Corona saudí como el único referente. La resolución de gran parte de los conflictos y crisis presentes tiene como factor condicionante la disputa hegemónica. La desescalada en los niveles de violencia y tensión pasa por reconducir las bilateralidades irano-saudíes.

LA PROBLEMÁTICA RELACIÓN CON CATAR

Los problemas en el Golfo para la política exterior saudí no se

circunscriben únicamente a la cuestión iraní. Catar está emergiendo como un polo distinguido y alternativo al liderazgo de Arabia Saudí. El emirato catarí se encuentra en pleno proceso de transformación de su estrategia regional, cuyos objetivos resultan incongruentes con los intereses de Riad. El propósito de Mohamed bin Salmán de revitalizar la posición hegemónica del reino en el entorno está encontrando un gran contrapeso en las acciones regionales emprendidas desde Doha. Las crecientes tensiones entre ambos países han desembocado en una ruptura de las relaciones diplomáticas y económicas, así como en la amenaza persistente de la escalada militar y el inicio de otro conflicto en la región.

Los vínculos entre Arabia Saudí y Catar trascienden lo meramente político y se trasladan a conexiones familiares y circunstancias históricas compartidas entre las dos dinastías, así como a la influencia religiosa del wahabismo. La familia Al Thani procede del interior de la península arábiga, de la provincia de Nechd, y tienen vínculos personales directos con la Casa de Saúd. A principios del siglo XIX, se trasladan al territorio catarí, que por aquel entonces estaba dominado por los Al Jalifa de Baréin. Sin embargo, el jeque Mohamed bin Thani consigue hacerse con el control de la ciudad de Doha para 1850 (Fromherz, 2012: 65-68), contando con el respaldo de la población autóctona y bajo la protección del Imperio británico, que reconoce la independencia catarí en 1868.

El interés de Arabia Saudí se remonta a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, durante los primeros protoestados de los emiratos de Diriyah y Nechd, donde el objetivo de la Casa de Saúd por extender su poder hacia la costa del Golfo le llevó a rivalizar con los Al Jalifa de Baréin por el

control de la península catarí. En esta época, los príncipes saudíes establecieron alianzas estratégicas con los Al Thani para hacer frente conjuntamente a las presiones bareinís y al Imperio otomano, lo que favoreció un estrecho entendimiento entre las dos dinastías y una intensa colaboración política.

No obstante, el apoyo a los Al Thani fue siempre realizado desde una perspectiva condicionada por el interés en reducir la injerencia de terceras potencias. La Corona saudí siempre pretendió anexionarse el territorio catarí, al considerarlo parte intrínseca de su reino. Las cotas de soberanía y reconocimiento alcanzadas por los gobernantes de Doha en ese periodo supusieron una contrariedad para los intereses hegemónicos de la Casa de Saúd, ya que Catar emergía como un punto clave para lograr el control de las rutas comerciales.

Las reclamaciones sobre el espacio catarí han estado muy presentes en el discurso nacionalista saudí, considerándolo en ocasiones como parte de la unificación inacabada. Arabia Saudí siempre ha mantenido unas relaciones con Catar más complicadas que con el resto de monarquías árabes. La cuestión fronteriza será un punto intrincado de la agenda bilateral. Desde la constitución del reino en 1932, Riad no aceptó los límites impuestos por el Imperio británico y anexionó la zona fronteriza de Salwa, que también era reclamada desde Doha. En 1965, ambas dinastías llegaron aparentemente a un acuerdo, pero el área siguió quedando en disputa. En 1992, se produjo un enfrentamiento entre guardias nacionales en el puesto fronterizo de Khafus, que dejó tres muertos y varios heridos y motivó el acercamiento a un nuevo acuerdo en 1996.

El otro vector comunicante entre Arabia Saudí y Catar es la religión, ya que son los dos únicos países del mundo en los que

la doctrina wahabí es la práctica religiosa mayoritaria y la oficial del Estado. Las enseñanzas rigoristas llegaron a la península catarí a mediados del siglo XIX, cuando la Casa de Saúd era aliada de la emergente familia Al Thani. Sin embargo, el grado de institucionalización y el peso político del wahabismo son menores en el emirato catarí (Baskan y Wright, 2011: 97-100), donde no existe una elite religiosa tan influyente como la de los ulemas saudíes. En este sentido, la dinastía Al Thani pretende proyectar una imagen social menos conservadora y más aperturista.

El wahabismo no tiene tanta fuerza ideológica y no es un elemento condicionante para la política exterior de Catar. El creciente rol a escala regional e internacional que está desempeñando el Estado catarí es el elemento principal de la tensión con Arabia Saudí. El 27 de junio de 1995, Hamad bin Jalifa al Thani protagoniza un golpe palaciego y aparta del poder a su padre, Jalifa bin Hamad al Thani. El nuevo jeque lidera un intensivo proceso de modernización y desarrollo nacional, además de aumentar la presencia exterior del pequeño emirato.

La conversión de Catar a una emergente potencia regional se debe en gran medida a los recursos derivados del gas (Wright, 2012: 307-308), que todavía suponen la principal fuente de riqueza del país. En 1971 se descubre la mayor bolsa de gas del mundo, South Pars-North Dome, situada entre las aguas territoriales iranís y cataríes. La explotación de este yacimiento se realiza conjuntamente entre los dos países, favoreciendo que desde Doha se tenga una relación más cercana con Teherán que otras monarquías árabes, y especialmente rechazando los posicionamientos de Arabia Saudí, Baréin o EAU, quienes se

oponen con más contundencia a la creciente influencia iraní en el Golfo.

Catar comienza a adquirir un protagonismo regional creciente a principios del siglo XXI, a través de tres medios o esferas de acción. En primer término, el régimen catarí comienza a potenciar núcleos industriales, financieros, científicos, académicos y deportivos en el país, que le convierten progresivamente en un importante centro de encuentro en la región. En segundo lugar, la diplomacia de Doha se diversifica y amplia en distintos puntos del escenario local e internacional, favoreciendo la imagen del emirato como mediador en conflictos y crisis en Oriente Medio. Finalmente se encuentra la expansión mediática de la televisión estatal Al Jazeera, que se convierte el mejor recurso con el que cuenta la familia Al Thani para ganar influencia en la esfera árabe.

Los objetivos de la política exterior de Catar suponen un desafío para el liderazgo de Arabia Saudí, en tanto en cuanto buscan preservar su independencia y soberanía frente a cualquier tipo de tutelaje externo (Ulrichsen, 2014: 76-78). La monarquía catarí ha prestado especial atención a la diversificación de sus relaciones y contactos en el entorno y en las relaciones internacionales, con un doble propósito. Por un lado, conseguir el reconocimiento de terceros actores y reafirmar su rol como potencia emergente. Por otro, siendo consciente de la compleja situación en el Golfo, asegurarse la asistencia y protección de otros regímenes para hacer frente a cualquier amenaza sobre su soberanía.

La Primavera Árabe fue percibida por la familia Al Thani como la oportunidad idónea para dar un salto cualitativo mayor en su política regional. Catar pasó de ser un agente con un

carácter meramente intermediario a formar parte de las principales crisis surgidas en Oriente Medio y el Magreb (Roberts, 2016: 8-10), extendiendo su presencia en Libia, Egipto o Siria. La finalidad de la nueva estrategia era respaldar a los grupos o facciones políticas emergentes que podrían alcanzar el poder en sus países, aumentando así el grado de potenciales socios en el entorno y mejorando su estatus.

Las acciones cataríes tras las revueltas árabes constituyeron el último elemento de fricción con Arabia Saudí. Riad percibe como uno de los principales focos de debilitamiento de su liderazgo la autonomía con la que se está desenvolviendo Catar en la región. La falta de congruencia entre ambos países se reflejó en el apoyo catarí a los Hermanos Musulmanes frente el respaldo saudí a Mubarak y, posteriormente, a Al-Sisi en Egipto; así como en las estrechas relaciones de Doha con Irán y Turquía, que son los principales rivales del reino saudí en la disputa hegemónica. El resultado de las crecientes disparidades fue el bloqueo político y diplomático del emirato a partir de junio de 2017, bajo la amenaza persistente de una posible intervención militar saudí.

EL LIDERAZGO DE ARABIA SAUDÍ EN EL CCG

Las relaciones de la Corona saudí con el resto de monarquías árabes del Golfo no son totalmente semejantes, aunque con ninguno de estos regímenes llega a tener una fricción tan fuerte como con Catar. Los acontecimientos posteriores a la Primavera Árabe han provocado una fuerte fractura en el seno del CCG y en las vinculaciones de Arabia Saudí con sus tradicionales aliados regionales. Baréin y EAU destacan por mostrarse como

los países más cercanos a las tesis de la Casa de Saúd frente a los desafíos regionales, mientras que Kuwait y Omán prefieren mantener un perfil exterior más moderado, actuando como mediadores ante las principales crisis surgidas en la zona.

La relación de Arabia Saudí con el resto de socios está definida por la hegemonía que desde Riad consideran que tienen que desempeñar, considerando a los demás países como su área natural de influencia. En los procesos de independencia del protectorado británico que concluyeron en 1971, la Casa de Saúd buscó tutelar la política exterior de los emergentes Estados, sobre todo para evitar que cualquier otra potencia regional pudiera interferir en las dinámicas internas. El objetivo de reforzar su estatus preponderante ha quedado reflejado desde 1981 en el círculo del CCG.

Baréin y la familia real Al Jalifa se están constituyendo en uno de los aliados más estrechos con los que cuenta la monarquía saudí en Oriente Medio. El estallido de las protestas en el archipiélago bareiní en los primeros meses de 2011 fue clave para el acercamiento total entre los dos regímenes. El emir Hamad bin Isa Al Jalifa pidió la asistencia del CCG ante la virulencia de las protestas (Matthiesen, 2013: 50-52). El 14 de marzo de ese año se activaba la Fuerza del Escudo de la Península, un cuerpo militar con 10.000 efectivos de los seis países, que solamente se había desplegado en Kuwait en 1991 y en la frontera saudí con Irak en 2003. Un destacamento de 1.000 soldados de Arabia Saudí y 500 policías de EAU ayudaron a reprimir y sofocar los focos de protesta.

Baréin quedó totalmente subordinado a la protección del reino saudí, quien se convierte en el principal valedor de la dinastía Al Jalifa. Los dos regímenes comparten intereses

regionales, que se centran en limitar el alcance de las corrientes revolucionarias, reducir el peso del polo iraní y preservar la alianza con EE UU. El emirato participa en las principales campañas locales desarrolladas por Arabia Saudí, como la guerra en Yemen desde 2015 o el bloque a Catar a partir de 2017, ya que la finalidad es conservar el grado de confianza política alcanzada con la Casa de Saúd.

EAU es otro factor clave en la restructuración de alianzas y ejes que está intentando formular el príncipe Mohamed bin Salmán para la región. No obstante, la relación de Abu Dabi con la Corona saudí no se produce en unos marcos de dependencia o subordinación como ocurre con Baréin, sino que se debe a la elevada congruencia entre los objetivos de la agenda regional de cada uno de los países. Aunque parten desde interpretaciones distintas sobre las consecuencias reales de las transformaciones en el entorno —para la federación emiratí el nuevo escenario local es una gran oportunidad para ampliar su influencia—, tienen una identificación similar de las principales amenazas a las que tienen que hacer frente sus regímenes, como el islamismo político o Irán.

El príncipe heredero de Abu Dabi Mohamed bin Zayed es el principal responsable de las innovaciones en la política exterior del país. La aproximación a Arabia Saudí se produce por el interés de contrarrestar el ascenso de Irán, con quien tienen disputas territoriales sin resolver por las islas próximas al estrecho de Ormuz de Abu Musa, Tumb Mayor y Tumb Menor (Sadeghinia, 2011: 88-89). En este sentido, las dinastías emiratíes son considerablemente reacias al auge del islamismo político y de grupos asociados a los Hermanos Musulmanes, porque suponen un desafío ideológico directo a sus regímenes y,

por esta razón, desde EAU son muy críticos con las alianzas de Catar.

En un marco operativo distinto se encuentran Omán y Kuwait, que intentan no verse afectados directamente por las tensiones presentes en el Golfo y la conflictividad hegemónica entre Arabia Saudí e Irán. El 10 de enero de 2020 fallecía el sultán Qabus bin Said al Said, que había dirigido el Estado omaní desde 1970. Desde finales del siglo XX y principios del XXI, se convirtió en una figura clave de las dinámicas regionales, al presentarse como punto de equilibrio de los diversos intereses y manteniendo un perfil bajo en las fases de conflicto para no repercutir sobre la estabilidad interna.

La Primavera Árabe también tuvo réplica en Omán aunque en menor grado que en Baréin. Las protestas fueron mayoritariamente pacíficas y reclamaban el avance de una monarquía constitucional (Zaccara y Saldaña, 2015: 186-187), y fueron atendidas por el sultán con promesas de cambio político y la creación de una Asamblea Consultiva. La diplomacia del sultanato ha demostrado ser considerablemente efectiva, ya que era capaz de mantener sus estrechas relaciones con los socios del CCG y con la potencia estadounidense, al mismo tiempo que preservaba los estrechos vínculos con Irán y lideraba el acercamiento de las monarquías árabes hacia Israel. El régimen omaní consiguió preservar su independencia en materia exterior ante la disputa hegemónica.

La dinastía de los Al Sabah en Kuwait es uno de los clanes con quien los Saúd mantienen vínculos más prolongados en el tiempo. Los príncipes saudíes encontraron refugio tras la derrota del emirato de Nechd en 1891 en tierras kuwaitís y fue desde donde Abdaluziz bin Saúd retomaría la misión de unificar la

península arábiga. La posición estratégica del emirato hace que siempre haya sido del interés de potencias regionales y extranjeras. Fue protectorado británico hasta 1961, logrando su independencia una década antes que Baréin, Catar, Omán y EAU, y estableciéndose como una monarquía constitucional (Casey, 2007: 67-69) en la que la Asamblea Nacional tiene amplias facultades legislativas y existe una heterogeneidad de partidos políticos.

La política regional de Kuwait se mantiene en un complicado equilibrio de prioridades e inferencias. La guerra de 1991 mostró a los Al Sabah la necesidad de preservar unas buenas relaciones con los de Estados del entorno y buscar aliados a escala internacional. El emirato cuenta con el respaldo directo de EE UU; tiene estrechos vínculos políticos con Arabia Saudí, pero también mantiene unas cordiales bilateralidades con Irán. Los dirigentes kuwaitís intentan alejarse de cualquier foco de conflicto regional, sobre todo en la rivalidad entre Teherán y Riad, conscientes de que cualquier crisis en el Golfo puede tener un impacto directo sobre la estabilidad interna y la seguridad de la Corona.

Las relaciones de Arabia Saudí con las monarquías árabes han estado vehiculizadas desde la década de los ochenta a través del CCG. La organización fue creada el 25 de mayo de 1981 en Abu Dabi para servir como plataforma de colaboración política entre los seis regímenes. El factor desencadenante de la integración fue el convulso contexto regional (Al Saúd, 1997: 15-18), con la asunción al poder de Sadam Huseín, la revolución de los ayatolás y la guerra entre Irak e Irán. Las seis dinastías reforzaron sus alianzas económicas y de seguridad con EE UU, pero comprendieron la necesidad de mejorar los niveles

de cooperación institucional para hacer frente a amenazas conjuntas.

El CCG pronto se convirtió en la organización más importante de la región por el grado de integración alcanzado. Las grandes líneas son marcadas desde el Consejo Supremo, que reúne anualmente a los jefes de Estado de los países miembros. Las tareas periódicas son coordinadas por la Secretaría General, que tiene su sede en Riad y es dirigida desde el 1 de abril de 2011 por el militar bareiní Abdullatif bin Rashid Al Zayani. Coaligado a ello, se celebran cada tres meses los Consejos de Ministros, donde se citan los responsables de área. Además, la Comisión de Solución de Controversias se encargada de homogeneizar las respectivas normativas nacionales.

El desarrollo institucional y político del CCG se ha centrado en tres áreas principales: seguridad y defensa, economía y política exterior. Las cuestiones de seguridad dieron como resultado la creación de la Fuerza del Escudo de la Península en 1984, así como de un cuerpo de policía conjunto para la lucha contra el terrorismo en 2014, tras la expansión del Dáesh en Irak y Siria. Sin embargo, el área que más desarrollo ha tenido es la económica y comercial, ya que el 1 de junio de 2008 se constituyó el mercado común entre las seis monarquías, que vino acompañado de la uniformidad de los sistemas de impuestos y los estudios para el establecimiento de una unión monetaria.

La política exterior es el área que menos alcance está teniendo dentro del CCG, debido a que es el aspecto en el que los regímenes se muestran más reacios a ceder cotas de soberanía, también porque la congruencia de las distintas agendas regionales e internacionales es muy reducida. Las

respuestas implementadas por cada Estado ante el periodo de transformación abierto tras la Primavera Árabe evidencian los profundos puntos de división interna en el seno de la organización. El bloqueo a Catar desde junio de 2017 ha provocado la parálisis institucional del Consejo, frenando todos los procesos de integración económica y de seguridad planteados hasta el estallido de la crisis.

La presencia de Arabia Saudí en el CCG representa uno de los elementos más intrincados en la evolución de la organización. La monarquía saudí ha pretendido valerse del espacio de integración para reforzar su posición de líder regional y marcar su área primordial de influencia. La Casa de Saúd busca constituir ejes de alianzas en los que ocupe el espacio central como *primus inter pares* (Ehteshami, 2012: 264-265), lo que provoca los continuos recelos de la mayoría de los socios. En este sentido, las sucesivas tensiones entre los miembros han motivado que desde Riad se formulen otro tipo ejes, en los que se propone extender los mecanismos de integración más allá del Golfo, con especial interés en incluir al Gobierno yemení, Egipto, Jordania o Marruecos.

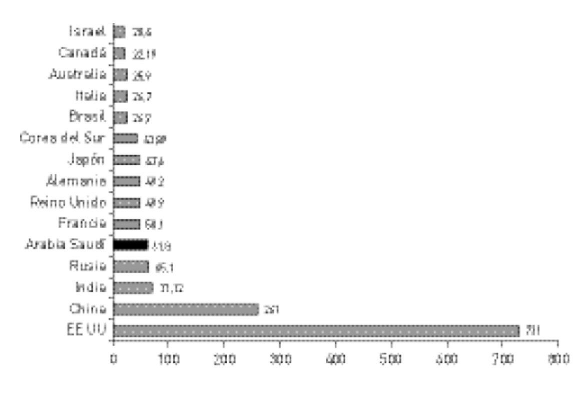
Las crisis surgidas en el entorno regional desde principios del siglo XXI explican en gran medida otro rasgo destacado del área circunscrita al estrecho de Ormuz: el alto grado de militarización. Hay distintos factores internos y externos que motivan el elevado interés de la mayoría de los regímenes de la zona en fortalecer sus estructuras de defensa (Askari, Mohseni y Daneshvar, 2009: 103-106). El carácter autoritario de los sistemas impulsa el mecanismo de control de la violencia y represión por parte de los Estados, pero, sobre todo, cuestiones como la guerra de Irak en 2003, el programa nuclear iraní o las

revueltas árabes de 2011 acrecientan el interés por el sector militar.

El reino wahabí se encuentra entre los países del mundo que más gasto militar realizan anualmente, según datos del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), más de 61 mil millones de dólares, solamente superado por EE UU, China India y Rusia, y por encima de potencias europeas, asiáticas u otros Estados de la esfera árabe y musulmana. En el análisis de la inversión realizada según el PIB se valora que Omán (8,8 por ciento) y el reino saudí (8 por ciento) son los dos principales Estados a nivel internacional, pero además Kuwait (5,6 por ciento) y Baréin (3,7 por ciento) también se encuentran entre los diez primeros.

GRÁFICO 4

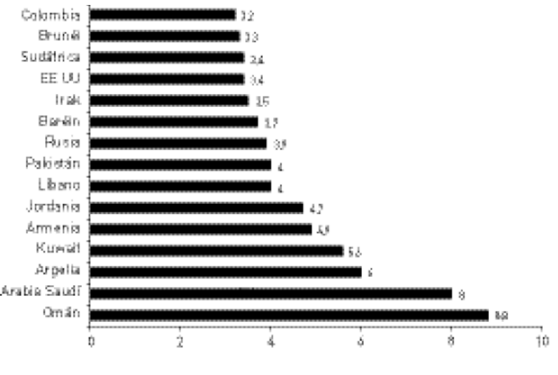
PRINCIPALES PAÍSES DEL MUNDO EN GASTO MILITAR 2019 (EN MIL MILLONES DE $)



Fuente: Sipri, 2019.

GRÁFICO 5

PRINCIPALES PAÍSES DEL MUNDO EN GASTO MILITAR EN 2019 (% DEL PIB)



Fuente: Sipri, 2019.

Arabia Saudí es el líder destacado en gasto militar del Golfo y es, junto con Irán, el país que cuenta con mayor número de personal, aproximadamente 800.000 miembros, entre cuerpos en activo y reservistas, frente a los más de 870.000 de las fuerzas de defensa iranís. Los esfuerzos del reino realizados en las últimas décadas también se traducen en que sus Fuerzas Armadas cuentan con mayor número de medios terrestres y aéreos que el resto de países de la zona. Sin embargo, el régimen de los ayatolás sigue siendo el gran dominador regional en cuestión de recursos y flota marítima, teniendo en cuenta que para Teherán siempre ha sido primordial controlar el acceso al estrecho de Ormuz.

El plan Saudi Vision 2030 recoge el interés del reino en potenciar su industria nacional y reducir la dependencia de las importaciones de armamento. Las crisis surgidas en el entorno desde 2011 y la política de EE UU hacia Oriente Medio, que consideran en Riad como errática y ambivalente, han reafirmado a los príncipes saudíes de la necesidad de fortalecer sus sistemas de seguridad internos y las estructuras de defensa. La finalidad no es solo garantizar la pervivencia del régimen y la estabilidad interna del reino, sino reafirmarlo como una

potencia en los ámbitos político, religioso, económico y militar.

TABLA 1

COMPARATIVA MILITAR PAÍSES DEL GOLFO

	ARABIA SAUDÍ	IRÁN	IRAK	EAU	KUWAIT	CATAR	OMÁN	BARÉIN
PRESUPUESTO ANUAL 2019	67,6 mil millones	19,6 mil millones	1,7 mil millones	22,7 mil millones	6,8 mil millones	6 mil millones	8,6 mil millones	1,4 mil millones
PIB (%)	8%	2,3%	3,5%	Sin datos	5,6%	Sin datos	8,8%	3,7%
Presupuesto del Gobierno (%)	20,3%	13,3%	4,2%	Sin datos	10,5%	Sin datos	20,3%	12,1%
Población	33.091.113	83.024.745	40.194.216	9.701.315	2.916.467	2.363.569	3.494.116	1.422.659
Personal militar	803.000	873.000	165.000	64.000	39.500	12.000	42.500	8.200
Personal militar activo	478.000	523.000	165.000	64.000	15.500	12.000	42.500	8.200
Reservistas	325.000	350.000	Sin datos	Sin datos	24.000	Sin datos	Sin datos	Sin datos
Medios aéreos	879	509	348	538	85	123	131	109
Tanques y vehículos terrestres armados	13.887	6.356	5.048	9.125	1.112	342	878	1023
Artillería y misiles	2.645	4.593	194	331	125	15	195	76
Medios marítimos	55	398	60	75	38	86	16	39

Fuente: Global Firepower Index, 2020.

CAPÍTULO 7

LA CORONA SAÚD FRENTE A LAS CRISIS REGIONALES

El liderazgo saudí no solo está sufriendo un proceso de debilitamiento en el área del Golfo, sino que existen otros puntos conflictivos en Oriente Medio que suponen importantes retos para su posición hegemónica. La doctrina Salmán conduce a tener una presencia creciente en aquellos espacios que considera primordiales para los intereses nacionales y los objetivos regionales. Arabia Saudí está intentando desempeñar un papel activo en distintos países que le permita preservar o ampliar su influencia. No obstante, el carácter multidimensional y expansionista de la nueva política presenta serias dudas en torno a la capacidad del régimen para poder sostenerla en el largo plazo.

La pretensión saudí de injerencia en los principales focos de tensión o crisis del entorno se realiza a través de tres esferas o ámbitos de actuación. En primer término, el apoyo directo y sostenido a regímenes afines, como es el caso en Egipto o Jordania. En segundo lugar, se utilizan las congruencias ideológicas o religiosas para apoyar a determinados agentes y facciones en dinámicas domésticas, ya sea en Líbano, Irak o en la guerra siria. Por último, se interviene militarmente para condicionar de forma resolutiva la evolución política interna, algo que tiene su máxima expresión en Yemen, donde la

monarquía saudí ha decidido centrar gran parte de su estrategia hacia la región.

La cuestión palestina sigue siendo un elemento central de la agenda local de Oriente Medio, aunque su relevancia estratégica disminuye para los intereses de Arabia Saudí, debido a que existen otras cuestiones que, considera la Corona, son de mayor prioridad. El resultado de las grandes operaciones emprendidas por Riad en el exterior es todavía poco preciso y claro. La evolución de los acontecimientos en territorio sirio, libanés o iraquí no parece estar siendo propiciada para los fines últimos saudíes. Incluso la guerra en Yemen comienza a emerger como un problema cada vez más intrincado.

Las críticas internas en los círculos de la familia real a la figura de Mohamed bin Salmán se deben también a las iniciativas emprendidas en la región. La concentración de las responsabilidades en torno a la figura del príncipe heredero provoca que sea considerado el máximo responsable del posible fracaso o éxito de las acciones en la zona. Las coyunturas en el Golfo y en las demás áreas de alrededor van a tener un cariz determinante, no solo para la pervivencia futura de la hegemonía saudí, sino también para las disputas y reequilibrios internos en el seno de la Corona. Los numerosos desafíos presentes constituyen ya un periodo trascendental para la dinastía Saúd.

LA IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE YEMEN

La preocupación existencialista de la monarquía saudí por las áreas limítrofes a su territorio provoca una constante atención hacia las circunstancias internas de Yemen, que representa,

junto a los socios del CCG, una de las grandes prioridades en materia exterior. La relevancia del Estado yemení en la agenda regional de Arabia Saudí se explica por una razón central, básica y elemental: la proximidad. Cualquier crisis en el país vecino tiene irremediablemente un impacto en la propia seguridad y estabilidad del reino. En este sentido, las relaciones entre los dos países están marcadas por la pretensión de los príncipes saudíes de ejercer alguna forma de tutelaje o injerencia.

La Corona wahabí se ha encontrado históricamente con numerosas resistencias en el espacio yemení hacia su liderazgo, ya fuera por la emergencia de corrientes domésticas que quieren delimitar la influencia saudí o porque otras potencias extranjeras también buscaran ganar peso en esa parte de la península arábiga. La preocupación de los dirigentes de Riad no está solo en que cualquier foco de violencia pueda trasladarse desde Yemen al espacio nacional, sino en que llegue a establecerse un régimen no afín o directamente antagónico a la Casa de Saúd en las proximidades, así como que cualquier otro agente regional lo utilice como plataforma para debilitar el poder de la dinastía.

La historia reciente entre los dos países está marcada por fases de distensión y cordialidad junto con otras etapas de desencuentro y rivalidad. A principios del siglo XX, La campaña de unificación de Abdulaziz bin Saúd tuvo su alcance en territorios yemenís y provocó un enfrentamiento directo con la monarquía Mutawakkilita, que por aquel entonces controlaba la zona norte y oeste de Yemen (Blumi, 2018: 44-46). El Imperio británico intercedió en el conflicto, ante el temor de que su posición colonial en Adén se viera afectada, acordando con

los príncipes saudíes el reconocimiento del reino yemení, pero logrando a cambio la anexión de la estratégica provincia fronteriza de Asir.

El periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial estuvo marcado por la proximidad y coexistencia pacífica entre los dos regímenes. Sin embargo, a finales de la década de los cincuenta comienza a surgir un fuerte movimiento panarabista en Yemen del Norte, bajo la influencia de los Gobiernos egipcio y sirio. El 28 de septiembre de 1962, pocos días después de la muerte del rey Ahmad ibn Yahya, se produce un golpe de Estado por parte de oficiales militares, entre los que se encontraba Alí Abdalá Salé, con la pretensión de derrocar la monarquía e instaurar una nueva república.

El movimiento revolucionario, que intentaba replicar lo ocurrido en Egipto en 1952, se encontró con la fuerte resistencia de los sectores monárquicos, iniciándose una guerra civil que duraría hasta febrero de 1970. El conflicto yemení pasó a ser un elemento central de la agenda regional del régimen nasserista, que consideró estratégico lograr establecer un gobierno afín en la parte oriental del mar Rojo. El Ejército egipcio llegó a desplegar más de 60.000 soldados hasta el año 1967, pero la coincidencia con la guerra de los Seis Días contra Israel supuso un tremendo desgaste (Orkaby, 2017: 174-176). A partir de 1968, comenzaron las conversaciones de paz y, finalmente, se lograría el cese total de la violencia cuando Arabia Saudí reconoció al Gobierno republicano de Saná.

La guerra en Yemen del Norte representó un desafió considerable para la seguridad de Arabia Saudí. La Corona de los Saúd, junto a Jordania, se convirtió durante la década de los sesenta en el principal apoyo regional de las facciones

monárquicas yemenís. Tras suceder a su hermano Saúd en el trono en 1964, el rey Fáisal se marcó como prioridad central delimitar la influencia egipcia en territorio yemení. En 1970 decidió cambiar de estrategia y reconocer a la nueva república, motivado por el desgaste que supusieron el respaldo al bando realista, la retirada de Egipto de la contienda y las corrientes revolucionarias que estaban surgiendo en el sur del antiguo protectorado británico.

En 1967 finaliza el protectorado británico de Adén y se constituye la República Popular de Yemen del Sur, dominada por fuerzas de carácter nacionalista y socialista. En junio de 1969, el control definitivo lo toma la facción más radical del Frente Nacional y se instaura la República Democrática Popular de Yemen. Estas circunstancias supusieron un nuevo problema para la Casa de Saúd, que tenía que hacer frente a un país fronterizo con una ideología totalmente contraria a sus principios. La República de Yemen del Norte pasó a convertirse en un estrecho aliado de la Corona, mientras que el Estado yemení del sur se erigió como la nueva gran amenaza para Riad.

En la década de los setenta, la República Democrática Popular de Yemen se encargó de dar apoyo a milicias revolucionarias en Yemen del Norte y en Omán, con el respaldo directo del bloque soviético. Sin embargo, Arabia Saudí comenzó a erigirse como el principal respaldo de los regímenes del entorno (Clark: 2010: 103-105). En el periodo comprendido entre 1980 y 1988, las disputas internas y la pérdida de ayuda de Moscú debilitaron a las fuerzas de Yemen del Sur. Comenzó un intenso proceso de negociación con el Gobierno del norte para la unificación de todo el territorio, que culminaría el 22 de mayo de 1990 con la constitución de la República de Yemen.

Ali Abdalá Salé se convierte en el primer presidente del nuevo Estado con capital en Saná, aunque las tensiones internas resurgen rápidamente bajo las acusaciones de fuerte centralización del poder. A finales de abril de 1994, comenzó un breve enfrentamiento civil que duraría hasta junio de ese mismo año, cuando la superioridad bélica del norte acabó con los focos de resistencia sureña. En este breve lapso de tiempo, Arabia Saudí intercedió en apoyo de las milicias del sur, sirviendo posteriormente de refugio para numerosos exiliados. El cambio de estrategia de Riad con respecto a Yemen se debe a que Salé había sido en 1990 uno de los pocos dirigentes internacionales en apoyar a Sadam Huseín, asumiendo un discurso crítico con las monarquías árabes del Golfo.

A principios del siglo XX, el presidente yemení abandonó su retórica más agresiva para aproximarse de nuevo hacia el eje del reino saudí y EE UU, en un contexto en que los tres Estados comparten la amenaza del yihadismo. El 12 de octubre de 2000, Al Qaeda atacó el destructor estadounidense *USS Cole* en el puerto de Adén, dejando 17 muertos y cerca de 40 heridos. Tras los atentados del 11S, Yemen cooperó con Arabia Saudí y la inteligencia estadounidense para reducir la presencia de células terroristas en su territorio, pero la debilidad de Salé para controlar todo el territorio provocó que el país se convirtiese en centro neurálgico de operaciones del yihadismo.

Las presiones de la monarquía saudí hacia los estertores radicales y salafistas en el interior del reino conducen a que gran parte de los operativos se trasladen a Yemen. El 14 de diciembre de 2009, la secretaria de Estado Hillary Clinton declara a Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP) grupo terrorista. EE UU comienza a realizar ataques con drones sobre

las posiciones terroristas en suelo yemení. Sin embargo, la organización heredera de Bin Laden comienza a controlar amplias zonas del este y del interior (Johnsen, 2012: 271-273), mientras que el Gobierno de Salé se centraba en combatir la insurgencia de los hutís, que habían comenzado en 2004 un levantamiento en el norte en la provincia de Sa'dah.

Los hutís son una milicia creada en 2004 que deben su nombre al clérigo chií Hussein Badreddin al Houthi, que murió en combate contra las tropas gubernamentales en septiembre de ese mismo año. Las reivindicaciones del grupo se centran en la sistemática exclusión que han sufrido por su condición religiosa por parte del Estado, ya que gran parte de ellos pertenecen a la rama chií del zaydismo, mayoritaria en las provincias del norte del país. En este sentido, fueron muy críticos con la centralización y la patrimonialización del poder por parte de Salé (Hill, 2017: 179-181), así como señalando la permanente injerencia de Arabia Saudí o EE UU en las dinámicas internas.

La Primavera Árabe se inicia a finales de enero de 2011, cuando se registran las primeras protestas en la capital, Saná, y en otras grandes ciudades como Adén. Las movilizaciones tienen como eje las críticas al autoritarismo del presidente Salé (Fraihat, 2016: 39-41), la exigencia de una mayor democratización del sistema y la complicada situación social de gran parte de los ciudadanos, ya que Yemen es uno de los países más pobres del mundo árabe. La tensión interna adquiere rápidamente un carácter revolucionario y se producen los primeros enfrentamientos entre las tropas leales al Gobierno y la oposición. El palacio presidencial es atacado en junio y Salé queda gravemente herido. El 23 de noviembre finalmente anuncia su renuncia, aceptando el plan de mediación del CCG.

Las monarquías árabes del Golfo, lideradas por Arabia Saudí, asumen un rol de mediación, respaldado por la ONU, que consiste en abrir un periodo de transición política en Yemen que cuente con la participación de todos los principales actores nacional políticos y religiosos. Abd Rabbuh Mansur al Hadi, quien fuera vicepresidente con Salé, asume la jefatura del Estado provisionalmente y en marzo de 2013 comienza la Conferencia de Diálogo Nacional, que estaba destinada a introducir profundos cambios en el sistema yemení. Los Saúd prestan especial atención a las circunstancias yemenís con la finalidad de intentar estabilizar la frontera sur, así como, interferir para evitar la instauración de un nuevo régimen que fuera contrario a la hegemonía saudí.

Los hutís retoman la insurgencia en el mes de agosto de 2014, contrarios a que al Hadi pudiera perpetuarse en el poder. Su rápido avance les lleva a hacerse con el control de la capital en septiembre del mismo año y proclamar un nuevo Gobierno de unidad nacional. El 22 de enero de 2015, el presidente al Hadi renuncia a su cargo y los hutís declaran la disolución del ejecutivo y de la Asamblea nacional, tomando el control un Comité Revolucionario creado ad hoc, que sería el responsable supuestamente de liderar la nueva transición política en el país y que estaba monopolizado por las facciones chiís.

El 21 de febrero de 2015, al Hadi consigue escapar hacia Adén, bajo la protección de los separatistas del sur de Yemen, donde denuncia el intento de golpe de Estado y demanda el apoyo de la comunidad internacional. Intenta reconstruir un nuevo Gobierno pero se encuentran con un nuevo problema añadido, ya que las facciones partidarias al expresidente Salé se han aliado con el recién constituido Comité Revolucionario. El

rey Salmán, que accedió al trono el 23 de enero de 2015, y su hijo Mohamed bin Salmán observan con preocupación lo que está ocurriendo en territorio yemení, sobre todo, el riesgo de la posible consolidación de un régimen liderado por los hutís.

La Corona de los Saúd ha tenido una complicada relación con los seguidores zaydíes en el norte de Yemen. En primer término, desde la unificación en 1932, la monarquía siempre ha intentado dominar la franja fronteriza y considera parte de su territorio la mayoría de provincias yemenís limítrofes. En segundo lugar, Arabia Saudí aplica una visión pragmática en Yemen y tiende a apoyar al actor que le garantice estabilidad por encima de movimientos revolucionarios (Salisbury, 2015: 4-5). Finalmente, las milicias hutís tienen en sus bases programáticas acabar con la presencia de potencias extranjeras, en especial referencia al predominio saudí y del resto de monarquías árabes del Golfo.

El 25 de marzo de 2015, Arabia Saudí anuncia la Operación Tormenta Decisiva, una intervención militar a gran escala sobre Yemen con el objetivo de restaurar al presidente al Hadi en el poder y estabilizar el país. La coalición está liderada por el comando saudí pero contó con la participación inicial de todos los miembros del CCG más Egipto, Jordania, Marruecos, Sudán y Senegal. Las acciones se centraron en atacar las principales bases de los hutís y apoyar el avance de las tropas de al Hadi desde el sur. El 22 de abril de ese mismo año, la Corona saudí afirma que los fines habían sido logrados y comenzaba la Operación Restauración de la Esperanza, con el propósito de ayudar a la reconstrucción del Estado yemení e impulsar de nuevo un proceso de transición política.

Las milicias hutís evidencian una mayor resistencia de la

esperada por parte de Arabia Saudí y sus aliados, consiguiendo consolidar su dominio en las provincias norteñas de Sa'dah, Hajjah, Amran y Yauf, además de controlar la capital Saná, las comarcas del interior y gran parte de las ciudades portuarias de la costa del mar Rojo. El régimen de los Saúd los acusa de recibir apoyo directo de Irán que, según el informe del Consejo de Seguridad de la ONU de abril de 2015, habría estado armando a los rebeldes desde 2009 (Juneau, 2016: 655-657). En este sentido, el conflicto yemení se convierte en un elemento añadido en la disputa hegemónica entre las potencias de Oriente Medio.

La intervención militar en Yemen tiene una importancia vital en la política nacional de Arabia Saudí. El príncipe Mohamed bin Salmán la considera una de las grandes acciones de su renovada estrategia regional, que debería ayuda a reforzar el liderazgo del reino en el entorno y reducir la influencia iraní. La operación se ha convertido en parte fundamental del renovado discurso nacionalista del régimen, que lo presenta como una responsabilidad que debe afrontar el Estado saudí en pos de la seguridad y la estabilidad de la zona. La evolución de la guerra está transformándose en un grave problema para la Corona de los Saúd, que deja en evidencia parte de sus debilidades.

LA PRESENCIA SAUDÍ EN LOS PAÍSES DEL ENTORNO

La guerra en Siria es el espacio de Oriente Medio que concentra los principales intereses y objetivos de las potencias locales y extranjeras. En la contienda siria también está presente la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí, pero cuenta con

otros factores significativos, como la fuerte presencia de Rusia y la influencia de Turquía. La importancia de este conflicto se explica porque sirve en gran medida para dirimir el trasfondo de las dinámicas regionales en el medio y largo plazo, ya que puede ayudar a fortalecer el eje iraní o ampliar la presencia territorial saudí. La resolución del problema será determinante para reequilibrar los márgenes de estabilidad y seguridad regional.

Arabia Saudí ha tenido un comportamiento generalmente contrarrevolucionario tras la Primavera Árabe. Sin embargo, Siria es de los pocos espacios del entorno donde la monarquía de los Saúd respalda a grupos rebeldes. Las relaciones con el régimen de Bachar al Asad fueron complejas antes del estallido de la violencia (Berti y Guzansky, 2014: 26-27). Por un lado, el régimen sirio tenía intereses generalmente contrapuestos a la Corona saudí en Líbano, donde habitualmente ha ejercido una gran injerencia. Por otro, desde Damasco se tiene una estrecha vinculación con Teherán, lo que delimita y condiciona las posibles relaciones con Riad.

Las protestas en territorio sirio a principios de 2011 rápidamente adquirieron carácter de conflicto civil, a lo que pronto se sumaría la interferencia de actores extranjeros. Siguiendo una evolución análoga a lo ocurrido en Libia, el escenario de crisis en Siria sirvió para que otros Estados de alrededor respaldaran a potenciales aliados entre los núcleos rebeldes, en contraposición a Bachar al Asad. Arabia Saudí utiliza el medio para potenciar grupos de tendencia salafista como Ahrar al Sham o el Ejército del Islam (Álvarez-Ossorio, 2016: 106-108), que representan las facciones más rigoristas y radicales de los movimientos de oposición, aparte del Estado

Islámico o Al Qaeda.

El papel de la monarquía saudí se bifurca en Siria en una doble competición. Por un lado, el respaldo de los movimientos rebeldes para contrarrestar el apoyo de Irán al Gobierno de Damasco. Por otro, Arabia Saudí pretende convertirse en el principal valedor regional e internacional de la oposición, por encima de otras potencias como Turquía y Catar, que también están desempeñando una función determinante de contrapeso hacia Bachar al Asad. No obstante, la resiliencia del régimen gracias al apoyo ruso e iraní representa un gran inconveniente para la agenda de los Saúd.

Irak es otro componente esencial en la actual agenda regional de Arabia Saudí. El Estado iraquí es fronterizo con el reino y siempre ha sido considerado como una potencial amenaza por parte de la Corona. Esta percepción se manifestó, sobre todo, durante el régimen de Sadam Huseín. En este sentido, retornó como factor de inquietud para los príncipes saudíes tras la guerra de 2003, cuando las monarquías árabes aliadas advirtieron a EE UU del peligro que suponía para la seguridad de Oriente Medio que existiera un potencial vacío de poder que pudiera ser aprovechado por Irán u otro tipo de actores.

La constitución del nuevo modelo democrático en Irak ha es tado marcada en el último periodo por la inestabilidad interna y por la violencia. Los frágiles equilibrios territoriales y religiosos quedaron seriamente fracturados durante la posguerra, canalizados por la lucha insurgente contra las tropas estadounidenses y por las crecientes disputas sectarias. La fragilidad de los Gobiernos iraquíes se explica en gran medida por su alta dependencia de potencias extranjeras, ya sea por los vínculos económicos y de seguridad con EE UU, Rusia o demás

agentes internacionales, o por la influencia creciente del régimen iraní y de las principales monarquías del Golfo.

Irak rápidamente pasó a convertirse en uno de los primeros espacios de disputa de la hegemonía entre Irán y Arabia Saudí tras el derrocamiento de Sadam Huseín. La estrategia de Riad sobre el terreno se concentró en apoyar a terceros agentes o *proxy actors*, convertido en la principal fuente de apoyo de las facciones suníes, que intentan contrarrestar el influjo de los actores apoyados por Teherán (Hernández, 2019b: 108-109). Asimismo, las relaciones saudíes también se han extendido hacia la franja del Kurdistán, con vínculos crecientes con el Gobierno Regional del Kurdistán (KRG, por sus siglas en inglés), que posee una relativa autonomía política y económica con respecto al Gobierno central en Bagdad.

Las dinámicas domésticas iraquíes no solo están marcadas por la injerencia de otras potencias, sino por el auge del terrorismo, que tuvo una presencia destacada en 2014 y 2018 con la expansión territorial del Dáesh (Martín, 2015: 56-59). Sin embargo, en los últimos meses de 2019 y principios del 2020 surge un componente disruptivo sobre las premisas de las luchas regionales de poder. Las multitudinarias protestas secundadas en las principales ciudades del país fracturaron los ejes en los que se estaba desarrollando la política iraquí. Surge un corriente ciudadana trasversal, superando las limitaciones sectarias, que centra toda la atención en cuestiones sociales como la falta de oportunidades, la pobreza o la desigualdad. La fuerza de las movilizaciones provocó la caída del Gobierno nacional en marzo de 2020 y la parálisis del sistema político.

Líbano tiene una trayectoria interna semejante a la iraquí con respecto a dos cuestiones. Por un lado, es otro punto de

enfrentamiento entre las principales potencias regionales y su devenir político reciente ha estado determinado por fuertes injerencias extranjeras, que han profundizado en las divisiones sectarias entre la población nacional. Por otro, en los últimos meses del 2019 se registraron en el país manifestaciones y concentraciones de tipo pacífico, que sobrepasan las capacidades de respuesta de los actores políticos clásicos libaneses. Son ejemplos del profundo descontento y desafección de amplias capas de la sociedad hacia la clase dirigente, que está siendo incapaz de ofrecer una alternativa real para estas demandas.

El malestar social hacia el sistema nacional libanés también tuvo sus antecedentes más recientes en 2011, bajo el contexto de la Primavera Árabe y entre los meses de julio a octubre de 2015 (Geha, 2019: 7-9). Las tres fases de protestas comparten la combinación de malestar e indignación con las ambiciones ciudadanas hacia un cambio total del régimen político. El problema de estos movimientos es que no cuentan con una estructura y programa estables, aunque suponen una amenaza directa a la legitimidad de las elites gubernamentales. En este sentido, países como Siria, Irán o Arabia Saudí están encontrando mayores resistencias en Líbano para hacer prevalecer sus intereses.

La estrategia regional saudí también tiene incorporado al Estado libanés como punto significativo de sus operaciones. Líbano ha estado históricamente dominado por la influencia de Siria e Irán sobre diversas facciones chiís, como el brazo político y armado de Hizbulá, erigido en baluarte de resistencia ante el Estado israelí y las fuerzas suníes internas. Los apoyos de Arabia Saudí se vehiculizan principalmente en torno a las

coaliciones políticas lideradas por la hegemónica familia de los Hariri (Wehrey, Karasik *et al*., 2009: 79-81), que ha sido capaz de reequilibrar el peso del sunismo en las instituciones nacionales, haciendo frente a grupos respaldados desde Damasco y Teherán.

El reino jordano también se está viendo afectado inevitablemente por las crisis regionales y por la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí. No obstante, Jordania siempre ha desarrollado una posición más cercana hacia el polo liderado por la Casa de Saúd, aunque intentando proyectar una imagen de independencia en materia exterior. La dinastía Hachemí es un actor central para los intereses de numerosos países del entorno y extranjeros, ya que es un estrecho aliado de EE UU y de los países europeos, así como de las monarquías árabes del Golfo. Además, es uno de los pocos Estados de la zona que ha tenido relaciones oficiales con Israel tras el acuerdo de paz alcanzado en 1994.

Las relaciones entre las dos dinastías reales desde la constitución del reino saudí en 1932 y la monarquía jordana en 1946 han sido, en términos generales, muy positivas. Los dos regímenes han compartido las mismas prioridades en cuanto a reducir el alcance de los movimientos revolucionarios, asegurar la alianza con la potencia estadounidense y hacer frente al denominado "arco creciente chií" de Irán (Partrick, 2013: 5-6). En este sentido, la estabilidad de Jordania ha pasado a ser una prioridad para Arabia Saudí tras la Primavera Árabe y conflictos del entorno como el de Siria. La monarquía de los Saúd se ha convertido en un importante socio económico para el país jordano y también se están impulsando otros acuerdos en materia de seguridad y defensa entre Estados.

Egipto tiene un peso político, religioso e histórico trascendental en la esfera árabe y musulmana. Ha sido el foco emergente de importantes ramas interpretativas y jurídicas del islam, así como el impulsor de movimientos tales como el islamismo político, a través de los Hermanos Musulmanes o el panarabismo liderado por Nasser. El Estado egipcio tuvo un papel predominante en las dinámicas regionales durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX, aunque el debilitamiento de su liderazgo fue acompañado por el ascenso en el escenario local de Arabia Saudí. No obstante, El Cairo continúa siendo un foco central en las disputas de poder entre las principales fuerzas locales.

La relevancia estratégica de Egipto se puso de manifiesto tras el estallido de la Primavera Árabe en enero de 2011, el establecimiento del Gobierno del islamista Mursi en junio de 2012 y el posterior golpe de Estado de los estamentos militares en julio de 2013. Arabia Saudí ha desempeñado un papel significativo en el convulso periodo político egipcio (Azaola, 2018: 417-419): fue de los pocos regímenes de Oriente Medio que mostró su apoyo decidido al presidente Mubarak; mantuvo tensas relaciones con el ejecutivo de los Hermanos Musulmanes; y está siendo un pilar de apoyo fundamental para la pervivencia de Al-Sisi en el poder.

Las circunstancias recientes en el país egipcio han supuesto un serio reto para el liderazgo regional de Arabia Saudí. Por un lado, el apoyo de Catar a las formaciones islamistas constituye un factor central en la crisis producida en el seno del CCG. Por otro, la constitución del nuevo régimen liderado por Morsi, que mostró más afinidad con Irán que con la monarquía Saúd, también representó un desafío a la hegemonía saudí. Al-Sisi

tiende a vincular gran parte de su política exterior al respaldo de sus dos principales socios, Washington y Riad, lo que le ha llevado a situarse bajo el marco de influencia saudí para problemas como la guerra en Yemen o la tensión en el Golfo.

La cuestión palestina y el desarrollo del Estado de Israel son temas clave en el devenir de Oriente Medio y la esfera árabe desde hace más de setenta años. Sin embargo, la importancia otorgada por la Corona de los Saúd a dicha cuestión ha variado a lo largo del tiempo. De igual forma, el conflicto se encuentra condicionado por las circunstancias regionales surgidas tras la Primavera Árabe. A pesar de las dos escaladas de violencia más recientes debidas a las operaciones militares de Israel sobre la franja de Gaza, en noviembre de 2012 y julio de 2014, lo cierto es que la situación de los territorios de Palestina no representa una prioridad para la mayoría de regímenes, que están centrados en otras áreas próximas, ya sea Siria, Yemen o el estrecho de Ormuz.

La causa palestina también aparece como fuente de rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, debido a que los dos países han intentado potenciar a actores palestinos distintos. Por un lado, Teherán estableció importantes vínculos con la organización Hamás prácticamente desde su creación en la década de los ochenta (El Husseini, 2010: 809-810); grupo que se ha convertido en el actor político dominante de Gaza desde 2006 y que cuenta con considerable popularidad en sectores arabistas e islamistas por su resistencia a Israel. Por otro, la monarquía de los Saúd tendió a centrar su apoyo en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y, más adelante, en la Autoridad Nacional Palestina.

Arabia Saudí comenzó a incorporar a su agenda exterior la

cuestión del conflicto de Palestina durante el reinado de Fáisal y a partir de la guerra del Yom Kipur de 1973. El liderazgo regional saudí tuvo desde entonces muy presente el problema, ya como parte de su discurso hegemónico hacia el mundo árabe y musulmán, y también como condicionante en sus relaciones con EE UU. El rey Abdalá encabezó la Iniciativa de Paz Árabe, aprobada por la Liga Árabe en 2002 (Kostiner, 2009: 422-423), que abogaba por la normalización de las relaciones con Israel y el reconocimiento de dos Estados a partir de las fronteras de 1967; iniciativa que no encontró el beneplácito israelí ni estadounidense.

El reino saudí no reconoce oficialmente tener relaciones ni diplomáticas ni económicas con el Estado de Israel. Sin embargo, a partir del 2015 se aprecian ciertos movimientos por parte de ambos países para finalizar con la histórica tensión. La aproximación de la Casa de Saúd hacia el Gobierno israelí coincide con el ascenso iraní en la región y la persistente amenaza del programa nuclear. El ejecutivo de Netanyahu compartió con Riad la necesidad de bloquear las negociaciones emprendidas por Barack Obama y esa misma línea fue secundada por Donald Trump desde 2017. El resultado es que Arabia Saudí está relegando la cuestión palestina de sus prioridades para Oriente Medio.

CAPÍTULO 8

LAS RELACIONES CON LAS POTENCIAS EXTRANJERAS

El liderazgo de Arabia Saudí en Oriente Medio está fuertemente condicionado no solo por las relaciones con los actores estatales y no estatales de su alrededor, sino también por los vínculos con agentes extranjeros que poseen intereses vitales en la zona. Las alteraciones en las estrategias de las principales potencias internacionales también tienen su impacto directo en las dinámicas del entorno local, que se ve afectado por las crisis y conflictos que surgen a escala internacional. La fractura en el *statu quo* regional se produce en un periodo de intensos cambios en el orden mundial. Son dos procesos que se retroalimentan y generan un contexto de aguda incertidumbre e inestabilidad.

Las relaciones del Estado saudí más allá de la región han estado históricamente centralizadas en la alianza con EE UU. La potencia norteamericana sigue siendo el apoyo político más relevante que tiene la Casa de Saúd. Asimismo, la diplomacia estadounidense todavía considera al reino como uno de sus grandes socios en la esfera árabe y musulmana. En este sentido, pese a las diversas diferencias de intereses entre los dos polos, sus estrechas conexiones se han conservado durante más de setenta años. Sin embargo, los últimos acontecimientos ocurridos en Oriente Medio suponen un grave dilema para la congruencia de objetivos entre la agenda de Riad y la de

Washington.

El 11S y la ofensiva de la administración Bush contra el yihadismo a escala global representan el inicio de una fase de creciente desconfianza entre las dos partes, que se amplía tras la guerra de Irak en 2003 y el acercamiento de Barack Obama al Gobierno iraní a partir de 2013. La presidencia de Donald Trump parece marcar un nuevo punto de fortalecimiento de las bilateralidades, recuperando una alta congruencia en las estrategias para la seguridad y la estabilidad de Oriente Medio. No obstante, Arabia Saudí está reforzando la carencia hacia la diversificación de sus relaciones internacionales, con el propósito de reducir su dependencia militar, económica y política de EE UU.

Los países circunscritos a la UE han sido los grandes apoyos de la monarquía saudí tras la potencia estadounidense, pero su papel en la península arábiga y en el contexto general de la zona está siendo decadente, en contraposición a la presencia ascendente de otras áreas del mundo. Las grandes economías de la zona Asia-Pacífico se convierten en los más relevantes socios comerciales de Arabia Saudí, liderados por el hegemón chino, que aumenta exponencialmente su rol en toda la franja del Golfo. En la misma línea, Rusia está adquiriendo un protagonismo destacado en las grandes cuestiones de la región.

LA CASA BLANCA Y LA DINASTÍA DE LOS SAÚD

La principal singularidad del vínculo entre EE UU y Arabia Saudí radica en la capacidad de resiliencia y perdurabilidad de una asociación entre dos actores que poseen profundas diferencias (Guzansky y Eran, 2014: 2-3). La evolución de las

dinámicas internacionales y regionales desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha dado forma a estos excepcionales encuentros, que han sabido adaptarse a cada nueva circunstancia. Los vectores centrales sobre los que se apoya el eje son el económico, el político y el de seguridad. No obstante, desde principios del siglo XXI se están produciendo notables alteraciones en cada uno de esos aspectos, que ponen en cuestión la fuerza de la alianza.

La motivación inicial de EE UU hacia el Golfo y el emergente reino de Arabia Saudí a mediados del siglo XX fue el elemento del petróleo, que ha sido desde entonces el factor esencial de las relaciones entre ambos países. Las inversiones y acuerdos comerciales con las compañías estadounidenses fueron fundamentales para el desarrollo del Estado saudí y la expansión de su riqueza nacional. La potencia norteamericana sigue representando uno de los grandes socios económicos del régimen saudí, pero su transcendencia ha ido disminuyendo en consonancia con el crecimiento en importancia de otros actores y también por la pérdida de protagonismo del crudo en la agenda bilateral.

La consonancia entre Washington y Riad pronto se trasladó a la esfera política, debido a la congruencia de intereses a escala regional e internacional entre los dos regímenes. A pesar de las grandes diferencias que existen entre el modelo político y social estadounidense y el propugnado por los príncipes saudíes, no han llegado a constituir grandes óbices en la implementación de la alianza. EE UU y Arabia Saudí han colaborado tradicionalmente para contener a los movimientos revolucionarios o rupturistas que surgían en el contexto regional. Estas circunstancias quedaron en evidencia frente el

auge del panarabismo, la injerencia soviética o tras el ascenso de la nación iraní.

La seguridad es el tercer componente conductor de las relaciones entre EE UU y el liderazgo local saudí. Se encuentra intrínsecamente ligada al aspecto de la afinidad política y la presunción de intereses compartidos. La cuestión de la seguridad versa sobre el ámbito interno del reino y la estabilidad en el entorno. Por un lado, la Casa Blanca siempre ha garantizado y mostrado su apoyo a la monarquía saudí, reconociéndolos como los legítimos gobernantes del territorio. Por otro, gran parte de la defensa del país ante posibles ataques externos se ha cimentado en el apoyo de EE UU.

En la evolución de la alianza se distinguen tres fases de estrecha cooperación junto a dos de crisis. Un primer periodo, comprendido entre 1945 y 1973, que supone la consolidación y el establecimiento de los pilares del eje. Después se da la primera crisis entre 1973 y 1979, tras la guerra del Yom Kipur y el embargo de crudo. La segunda etapa de revitalización de la asociación tiene lugar entre 1980 y 2001, cuando Arabia Saudí se reafirma como líder regional y EE UU como principal hegemón internacional. Otro nuevo ciclo de ruptura tiene lugar entre 2001 y 2016, cuando las estrategias de George W. Bush y Barack Obama generan la desconfianza e incertidumbre en el seno de la Casa de Saúd. Un renovado periodo de entendimiento surge con Donald Trump y el rey Salmán a partir de 2017.

Los incidentes que ocurrieron durante las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XX en Oriente Medio y a escala internacional ayudaron a reforzar la alianza. En primer término, el desarrollo de la Guerra Fría obligó a EE UU a prestar especial atención a la zona para intentar contener el avance de

potenciales focos soviéticos. El surgimiento del panarabismo fue considerado tanto por Washington como por Riad como una amenaza hacia sus intereses compartidos. Las sucesivas repúblicas de carácter arabista y socialista representaron modelos antagónicos al régimen de los Saúd y a la posición preponderante que propugnaba la potencia estadounidense. La relación adquirió entonces no solo un carácter económico, sino también de profundidad política.

El encuentro entre el presidente Franklin D. Roosevelt y el rey Abdulaziz bin Saúd en 1945 dio un sentido muy particular a la relación, por el cual EE UU no interfería en las cuestiones internas del reino. Las administraciones de Harry S. Truman (1945-1953) y Dwight D. Eisenhower (1953-1961) mantuvieron el principio de no presionar sobre el autoritarismo y el modelo patrimonial de los príncipes saudíes. Sin embargo, John F. Kennedy (1961-1963) fue el único en plantear a sus homólogos árabes la necesidad de introducir reformas políticas y sociales (Riedel, 2018: 40-42) como modo de limitar el alcance de posibles revueltas o crisis internas en un contexto tan convulso.

La intervención el ejército egipcio en 1962 en Yemen también tuvo un serio impacto en la alianza entre EE UU y Arabia Saudí. Los dos países observaron con preocupación la amenaza de un nuevo régimen panarabista en el sur de la península arábiga. La diplomacia estadounidense fue acusada de ayudar militarmente al reino saudí en su campaña de apoyo a los monárquicos yemenís (Gerges, 2018: 293-294). En este sentido, las bilateralidades asumieron un rasgo securitario añadido, ya que Washington se comprometía directamente a asegurar la protección externa del régimen de los Saúd.

La figura de Fáisal supuso inicialmente un factor de

confianza para los intereses estadounidenses, ya que representaba el pilar de contención ante la expansión del panarabismo El presidente Lyndon B. Johnson (1963-1969) decidió mantener una política menos ideológica y más pragmática que su antecesor, sin presionar sobre cambios políticos a la monarquía de los Saúd. EE UU comenzaba a hacer frente a la escalada en la guerra de Vietnam, por lo que precisaba un socio que garantizara cierta seguridad a su agenda local en Oriente Medio. La guerra de los Seis Días de junio de 1967 entre Israel y la coalición árabe de Egipto, Siria, Irak y Jordania reafirmó a Washington en la urgencia de fortalecer los vínculos con el reino de Arabia Saudí, con el que compartía el objetivo de reducir el alcance de las corrientes revolucionarias.

El presidente Richard Nixon (1969-1974) y su consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, enfatizaron la estrategia de cubrir las necesidades defensivas de los aliados. EE UU se convirtió en el principal proveedor de armamento de Arabia Saudí e Irán. En noviembre de 1970, el líder estadounidense afirmó que las dos monarquías del Golfo eran los “pilares gemelos” sobre los que se asentaba la estrategia de la potencia norteamericana en la zona (Cooper, 2012: 43-44). Esta decisión suponía la responsabilidad de congeniar las agendas regionales de los tres países y que desde Washington se asumiría la protección directa de los gobernantes de ambos Estados.

La política de Nixon sobre el triángulo de resiliencia entre EE UU- Arabia Saudí-Irán sufrió dos serios golpes entre 1973 y 1979, que marcaron las relaciones del presidente Gerald Ford (1974-1977) y posteriormente de Jimmy Carter (1977-1981). El primero de los incidentes fue motivado por la guerra del Yom Kipur y el embargo del petróleo de 1973. El ascenso de Arabia

Saudí en el escenario de Oriente Medio supuso una fractura en los intereses compartidos entre los dos aliados. El segundo hecho corrosivo fue la Revolución iraní, a finales de la década de los setenta, y el derrocamiento del sah.

La crisis de 1973 fue aprovechada por el rey Fáisal en un doble sentido. Por un lado, erigió al petróleo como una herramienta de política exterior, reafirmando el liderazgo saudí en este ámbito (Niblock, 2006: 49-50). Por otro, permitió a la Corona de los Saúd apropiarse del discurso palestino y convertirlo en parte de un discurso hegemónico con el que ganarse el apoyo entre las poblaciones árabes. Los dos elementos atacaban las premisas de concordancia política y económica sobre las que se había establecido la bilateralidad desde 1945. Arabia Saudí consiguió reequilibrar sus relaciones con EE UU, que se vio obligada a redefinir los marcos de actuación con el régimen de los Saúd.

La llegada al poder de los ayatolás en Irán supuso la pérdida por parte de la potencia estadounidense de uno de sus más estrechos aliados locales. La estrategia de los dos “pilares gemelos” quedaba totalmente extinta. Este proceso coincide con el fin de los protectorados británicos y la emergencia de nuevas monarquías en el Golfo. EE UU decide reforzar su presencia en el área y convertirse en el principal valedor internacional de dichos regímenes. El 23 de junio de 1980, en el discurso del estado de la nación, el presidente Jimmy Carter anunciaba las premisas de su doctrina (Sick, 2009: 298-299), que reconocían a la región como espacio prioritario de los intereses estadounidenses, que se preservarían utilizando todos los medios necesarios, incluso la fuerza militar.

Las décadas de los ochenta y noventa vuelven a ser un

periodo de elevada sintonía entre EE UU y Arabia Saudí. El presidente Ronald Reagan (1981-1989) intensifica la rivalidad con el bloque soviético en distintas esferas internacionales, cubriendo también el cinturón árabe y musulmán. El objetivo de contener y limitar los espacios revolucionarios vuelve a situar a la Casa de Saúd entre los socios preferentes de Washington. La guerra de Afganistán y la movilización de los muyahidines ejemplifican la estrecha colaboración entre los dos aliados y la revitalización del fundamentalismo islámico, que se convertiría en elemento central de la acción exterior del reino árabe.

La promoción de las corrientes salafistas por parte de Riad no fue observada por EE UU como una cuestión amenazadora, en tanto en cuanto servía para contrarrestar a otro tipo de corrientes que sí resultaban más peligrosas para los intereses de Washington, como podían ser Sadam Huseín en Irak o el régimen de los ayatolás en Irán. El apoyo saudí a comunidades musulmanas, las facciones islamistas y las diversas corrientes políticas árabes se fue extendiendo por toda la región (Hegghammer, 2010: 21-24). Los monarcas Khalid y Fahd no encontraron ningún tipo de resistencia u oposición por parte de sus socios norteamericanos ante el uso de la religión como propulsora de su política exterior.

El presidente George H. W. Bush (1989-1993) planteó, en un principio, una línea continuista con las directrices marcadas por sus antecesores en el cargo. El objetivo radicaba en seguir amparando la estrecha congruencia con el polo saudí y aumentar los vínculos con el resto de monarquías árabes, que sirvieran también para hacer frente a la amenaza de Irak e Irán. El contexto internacional era propicio para el reforzamiento de la figura hegemónica estadounidense por el abrupto

desmoronamiento del bloque soviético, pero la invasión de Kuwait en 1990 supuso un considerable desafío para la seguridad de sus principales aliados locales y para la preservación de sus intereses.

La guerra del Golfo de 1991 tuvo consecuencias reseñables para los vínculos entre estadounidenses y saudíes. En primer lugar, sirvió para reforzar la presencia militar de EE UU en la zona, que se convirtió en el principal garante de la defensa de los regímenes aliados ante cualquier amenaza iraquí o iraní (Commins, 2012: 250-252). En segundo lugar, exigió a la Casa de Saúd replantear sus relaciones con Washington ante la opinión pública de su país y entre los sectores rigoristas. La presencia de tropas occidentales en el reino marcó las primeras críticas del salafismo hacia la Corona saudí, debido a los vínculos con el polo norteamericano. Comienza un proceso acelerado de distanciamiento de los estertores religiosos que el propio régimen había apoyado.

La década de los noventa del siglo XX finaliza con la consagración de EE UU como la gran hegemonía en el ámbito internacional y de Arabia Saudí como el reconocido hegemón de Oriente Medio. El presidente Bill Clinton (1993-2001) abogaba por un talante moderado y dialogante hacia el mundo árabe, centrado en asumir un rol de activo mediador en el conflicto palestino-israelí. En este sentido, se mantiene una elevada complementariedad entre los objetivos de la Casa de Saúd y la Casa Blanca, aunque los príncipes saudíes comienzan un intensivo proceso de diversificación de sus relaciones exteriores con la finalidad de reducir la dependencia económica y política.

La fase de elevada confianza entre los dos aliados sufre un serio desgaste tras los atentados del 11 de septiembre de 2001.

La administración de George W. Bush (2000-2008) sitúa la lucha contra el yihadismo en el centro de su agenda regional para Oriente Medio, a lo que se suman las presiones políticas sobre los regímenes de la zona por identificar el autoritarismo y el fundamentalismo religioso como propulsores de la amenaza terrorista. De esta forma, Arabia Saudí se encuentra ante la tesitura de que su histórico socio interfiere en las dinámicas internas del país, tanto para combatir a los grupos radicales como para incentivar reformas en el sistema.

La contrariedad de la monarquía saudí con EE UU creció tras la guerra de Irak de 2003. La potencia estadounidense dejaba de ser percibida como un elemento de estabilidad y seguridad para la región, pasando a comportarse de una forma unilateral e intimidadora (Baxter y Akbarzadeh, 2008: 170-172). La alianza había tenido en la complementariedad de los intereses políticos y de seguridad gran parte de su fortaleza y resiliencia ante las transformaciones regionales, pero las profundas disparidades evidenciadas entre los dos países determinarán los inicios del siglo XXI como un periodo de grave crisis, que sufrirá mayor desgaste a partir de la Primavera Árabe.

El presidente Barack Obama (2009-2017) pretendió inicialmente implementar una estrategia diferente a la desarrollada por su antecesor. En el discurso realizado en la Universidad de El Cairo el 4 de junio de 2009 presentó lo que debería ser el papel de EE UU en la esfera árabe y musulmana (Al-Rasheed, 2018: 238-239), alejado de las pretensiones maximalistas y coercitivas del pasado. La postura conciliadora de la Casa Blanca fue acogida de forma positiva por la mayoría de los regímenes de la región. Sin embargo, el estallido de las revueltas árabes de 2011 y los diversos conflictos que surgieron

en el escenario local obligaron a la reconfiguración de todas las premisas.

La disrupción entre las posiciones estadounidenses y saudíes quedó manifiesta en varios ámbitos. En primer lugar, no existió ningún tipo de coordinación entre las respuestas dadas por los dos países, lo que supuso en ocasiones planteamientos contrapuestos en la guerra de Libia o el conflicto de Siria. En segundo lugar, EE UU mostró en las primeras fases de las protestas un perfil considerablemente bajo y tendente a acoger con simpatía las protestas, dejando de manifiesto su falta de apoyo al presidente egipcio Mubarak y a la familia Al Jalifa de Baréin. Estas circunstancias generaron un clima de desconfianza y desamparo entre los diversos dirigentes árabes, que contemplaron cómo el aliado estadounidense no se comprometía con la seguridad de los socios locales.

El distanciamiento entre EE UU y Arabia Saudí terminó de formalizarse con el inicio de las negociaciones sobre el programa nuclear iraní entre las potencias extranjeras y Teherán. El malestar de la Corona de los Saúd se argumentaba porque ningún país de la zona fue tenido en cuenta en los encuentros y diálogos, la Casa Blanca no mostró especial interés por conocer el punto de vista de sus aliados en el Golfo y los príncipes saudíes consideraron que el acuerdo JCPOA suponía el reconocimiento explícito de Irán como potencia regional. Por estos motivos, a partir del 2015, la doctrina Salmán se fundamenta en un marco de actuación más independiente con respecto a Washington.

El mandato de Donald Trump desde 2017 parece inducir a una reconversión de las relaciones entre ambos países. Los objetivos fundamentales estadounidenses y saudíes vuelven a

confluir bajo el paradigma de delimitar el ascenso iraní y reconstruir marcos de seguridad regional. Asimismo, existe una elevada y estrecha congruencia de liderazgos entre el dirigente de EE UU y Mohamed bin Salmán (Stenslie, 2018: 76-77). Arabia Saudí respalda directamente al presidente, mientras que desde Washington se apuesta en exclusividad por reforzar el ascenso al poder del joven príncipe heredero, que es la figura que proyecta mayor confianza para la agenda común de los dos socios.

LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS ALIANZAS SAUDÍES

Las transformaciones en el entorno regional también están repercutiendo en la forma de relacionarse de Arabia Saudí con otras potencias extranjeras, así como en el grado de involucración que tienen los terceros Estados sobre las dinámicas locales. En este sentido, existen tres tendencias circunscritas a la política internacional del reino que resultan significativas. Por un lado, el fortalecimiento de los vínculos con los mercados de Asia y, especialmente, China. Por otro, la aproximación hacia la estrategia rusa para Oriente Medio. Finalmente, un cierto distanciamiento con los tradicionales socios europeos, que están perdiendo peso político y económico en gran parte de la zona.

Las relaciones con Asia-Pacífico se han llevado a cabo a través de diferentes actores a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. En las décadas de los treinta y los cuarenta, con la consolidación del reino de Abdulaziz, el por entonces ministro de Asuntos Exteriores, el príncipe Fáisal, procuró ampliar las conexiones políticas en distintas partes del

mundo. Japón fue de los primeros países del continente asiático en establecer relaciones diplomáticas con la monarquía saudí (Kemp, 2010: 124-125). Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial y el enfrentamiento del Imperio japonés contra las principales potencias occidentales implicaron una paralización casi total de los vínculos.

La política exterior de Arabia Saudí durante las décadas de los cincuenta y los sesenta estuvo centrada en la alianza estratégica con EE UU. No obstante, en este periodo retomó las relaciones con Japón y amplió sus representaciones diplomáticas en toda Asia, de acuerdo con los procesos de descolonización y constitución de nuevos Estados de ese periodo. Se establecieron los primeros encuentros con Pakistán, India, Bangladesh, Indonesia, Tailandia, Malasia, Corea del Sur o Filipinas. El alcance de las bilateralidades fue muy limitado y también estuvieron restringidos por las circunstancias de la Guerra Fría, que hicieron que desde Riad se evitaran los vínculos con regímenes de carácter socialista.

Las innovaciones introducidas por el rey Fáisal en materia de estrategia internacional también se hicieron notar sobre los intereses saudíes en la región del sudeste asiático y el pacífico. Por un lado, la crisis del petróleo de 1973 motivó el primer esfuerzo saudí por diversificar relaciones comerciales, aumentando el volumen de los intercambios con las emergentes economías de Asia oriental. Por otro, la influencia religiosa en la política exterior empezó a condicionar las preferencias de Arabia Saudí con terceros Estados, procurando potenciar las bilateralidades en países con un predominio claro del islam.

El rey Khalid y posteriormente Fahd potenciaron el cariz musulmán de la política exterior, que tuvo su ejemplo más claro en

el papel desempeñado durante la guerra afgana, pero también se tradujo en la reactivación de diversas instituciones a escala internacional. La Organización para la Cooperación Islámica (OIC), creada en 1969, cuenta con la participación de 57 países y surgió con el propósito de promover la colaboración entre miembros de la tradición islámica y defender su independencia política. La Liga del Mundo Islámica es una entidad religiosa fundada en 1962 por intelectuales suníes, al amparo de la Corona saudí, para incentivar la difusión de valores y principios acordes con el Corán y, particularmente, análogos con las premisas del wahabismo.

La monarquía saudí intentó vehiculizar gran parte de sus relaciones con países de Asia meridional y oriental a través de este tipo de organismos. El régimen de los Saúd buscó potenciar nuevas comunidades de creyentes, centros de estudio y de culto al mismo tiempo que intensificaba los vínculos comerciales con los distintos Gobiernos (Ghoshal, 2008: 3-4). La religión se erigió como la vía más eficaz para penetrar en aquellas zonas donde no existía una vinculación política tan destacada. Los príncipes saudíes fueron conscientes de que su consolidación como líderes de la esfera musulmana pasaba por ampliar los márgenes de influencia hacia la mayoría de países del sudeste asiático.

Las relaciones con la región quedaron estructuradas según prioridades económicas o ideológicas. En el primer aspecto, tuvieron un papel protagonista las asociaciones con Japón, Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán o India, que habían comenzado o se encontraban ya en pleno proceso de expansionismo y modernización. En el segundo ámbito se enmarcan los países con una fuerte idiosincrasia musulmana,

partiendo desde Pakistán y considerando a Bangladesh, Singapur, Malasia, Indonesia o Brunéi. En este sentido, el desmoronamiento del bloque soviético favoreció la injerencia en áreas de Asia Central, aproximándose a las antiguas repúblicas socialistas.

El gran cambio de las relaciones con el continente asiático se produce a finales de la década los ochenta, al incorporarse a la agenda regional saudí el emergente polo chino. En abril y julio de 1986, el príncipe Bandar bin Sultán, embajador de Arabia Saudí en EE UU, visitó China con el propósito de alcanzar los primeros acuerdos para la compra de armamento militar (Guang, 2013: 54-55). En agosto de 1989 se produce en Pekín el primer encuentro oficial entre los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países. El inicio de los acuerdos con el régimen comunista no afectó a los intereses saudíes con Taiwán, puesto que este era también un importante socio comercial para los Saúd.

Los vínculos entre China y Arabia Saudí se circunscriben desde entonces a lo puramente económico (Gater-Smith, 2018: 94-95). Al contrario que ocurre con la alianza suscrita con EE UU, los Saúd no han desarrollado con la potencia asiática una cooperación tan estrecha en el campo político. El régimen chino no pretende desempeñar un papel semejante, en cuanto a influencias e intervenciones directas en Oriente Medio, al de los Gobiernos occidentales o Rusia. Su objetivo sigue siendo ganar peso internacional a través de la ampliación de las conexiones comerciales. Sin embargo, las bilateralidades con Riad han supuesto ciertos aspectos relacionados con la seguridad, al ser Pekín un creciente importador de armamento hacia el Golfo.

Las relaciones entre el hegemón asiático y el reino saudí han

pasado por tres etapas diferenciadas. La década de los noventa, que supone la consolidación del nuevo eje surgido en 1989 y que culmina con la primera visita oficial de un dignatario chino a Arabia Saudí en 1999: el viaje del presidente Jiang Zemin a Riad para la firma del acuerdo de cooperación estratégico de energía (Yetiv y Oskarsson, 2018: 74-75). Los primeros años de los 2000, que están marcados por el creciente volumen de los intercambios comerciales entre los dos países. Y el periodo que se da a partir de la Primavera Árabe y las crisis posteriores, en el que se produce un reforzamiento de los vínculos entre ambos regímenes.

La asociación con China resulta enormemente positiva para los intereses políticos de la Casa de Saúd. Por un lado, el crecimiento de la economía asiática asegura una constante demanda de petróleo saudí, elemento central para la sostenibilidad del crecimiento económico del país árabe. Por otro, el régimen comunista no muestra un interés especial en tratar cuestiones políticas y solo pretende que la monarquía le asegure la suficiente estabilidad interna. En este sentido, Pekín mantiene un calculado distanciamiento hacia los principales focos de conflicto y las crisis regionales, a pesar de que ha desplegado unas prolíferas relaciones diplomáticas tanto con las monarquías árabes como con Irán.

China se está convirtiendo en un actor económico cada vez más importante en toda el área de Oriente Medio. Los intereses comerciales de la potencia asiática están presentes en la mayoría de países, independientemente de su estatus político. Los dirigentes comunistas no pretenden asumir un rol de mediador ni intervenir militarmente, como sí hacen EE UU o Rusia en la zona. La disputa hegemónica entre Irán y Arabia

Saudí no está repercutiendo en los vínculos de Pekín con ambos países, ya que este país ha rechazado tomar un posicionamiento claro en el conflicto. La inestabilidad generalizada en la región es aprovechada por el Estado chino para ampliar su influencia económica.

Rusia es la potencia internacional con la que Arabia Saudí ha desarrollado más tarde unas sólidas relaciones diplomáticas y económicas. La Guerra Fría y los intereses contrapuestos en Oriente Medio y la esfera musulmana determinaron que los vínculos no fueran realmente constantes hasta finales del siglo XX, precisamente con el desmoronamiento del bloque soviético y la constitución de la Federación Rusa. No obstante, tras la Primavera Árabe y los conflictos sucesivos, se ha dado una revitalización de los encuentros entre el líder ruso y la Corona de los Saúd. La figura del presidente Vladimir Putin y la estrategia implementada para la región explican en gran medida el acercamiento entre los dos países, aunque todavía es una conexión muy limitada.

Las relaciones entre Rusia y Arabia Saudí fueron realmente complicadas desde la instauración del reino en 1932. El wahabismo oficial siempre condenó la ideología socialista y los movimientos de carácter comunista fueron prohibidos en el país. El final de la Segunda Guerra Mundial situó a la Casa de Saúd en el eje de EE UU y se convirtió en uno de los principales muros de contención ante las diversas corrientes revolucionarias. La rivalidad entre los dos países estuvo presente en la interferencia de Moscú en Yemen del Sur (Primakov, 2009: 83-84), con su apoyo a las facciones socialistas de la nueva república popular de la década de los sesenta, así como en el respaldo dado a otros Estados

panarabistas que se encontraban en las proximidades.

El punto de inflexión en las problemáticas relaciones entre Rusia y Arabia Saudí se produjo en la guerra de Afganistán durante la década de los ochenta. Moscú intervino militarmente en territorio afgano para apoyar al Gobierno socialista del presidente Mohamed Daud, mientras que Riad tuvo un papel fundamental en la movilización de milicianos y el financiamiento a grupos de muyahidines, que consiguieron el repliegue de las tropas soviéticas en febrero de 1989. La desaparición del bloque comunista permitió la intromisión religiosa saudí en espacios como el Cáucaso o Asia Central.

Las relaciones entre los dos países fueron restablecidas oficialmente en 1992, pero la normalización de las mismas no se produciría hasta unos años después. El 31 de diciembre de 1999 llega al poder Vladimir Putin, que proyecta una agenda internacional totalmente diferente a la planteada por su antecesor Boris Yeltsin. En una primera etapa, el interés del Kremlin hacia la franja árabe fue muy reducido, centrando su foco de actuación en lo que habían sido sus tradicionales zonas de influencia en el este europeo y en los entornos del mar Caspio. Sin embargo, el radio de acción rusa hacia Oriente Medio comenzó a extenderse con la crisis nuclear iraní y tras la Primavera Árabe.

Las apreciaciones rusas sobre Arabia Saudí a principios del siglo XXI estuvieron condicionadas por dos factores (Katz, 2001: 604-605). En primer término, la guerra de Chechenia, iniciada en agosto de 1999 y que el Gobierno ruso no daría por concluida hasta abril de 2009, que llevó al enfrentamiento de las tropas rusas contra milicias separatistas y fundamentalistas. En segundo lugar, los ataques terroristas sufridos por Rusia

entre 2002 y 2015, muchos de ellos protagonizados por células yihadistas y facciones chechenas. Moscú puso el foco en las conexiones del régimen saudí con grupos islamistas del Cáucaso, que habían representado importantes resistencias al poder central del Kremlin y una amenaza persistente a la seguridad y la estabilidad internas.

La dificultad en el desarrollo cordial de las relaciones entre Arabia Saudí y Rusia se agudizó con la cuestión del programa nuclear iraní. El Gobierno de Vladimir Putin siempre introdujo matizaciones y condicionantes a las sanciones promovidas desde las propias ONU, EE UU o UE. El régimen de los ayatolás y el presidente Mahmud Ahmadineyad encontraron un estrecho aliado en el polo ruso en el momento más crítico de las presiones internacionales. Desde Moscú se aprovecharon las circunstancias para mejorar las relaciones con Teherán y ampliar su influencia en Oriente Medio.

La guerra de Siria iniciada en 2011 es la causa central del fortalecimiento del papel de Rusia en la región (Stent, 2016: 109-110). El régimen de Bachar al Asad ha sido el más estrecho aliado ruso en la zona, debido a su importancia estratégica como acceso seguro al Mediterráneo. En septiembre de 2015, Teherán y Moscú deciden acudir en asistencia de su aliado en Damasco y comienza una intervención militar directa, que genera que la evolución de la guerra vuelva a ser propicia a los intereses del Gobierno sirio. El presidente Vladimir Putin consigue con esta acción consolidar la presencia de su país en la esfera árabe y erigir al Estado ruso como un actor central en las dinámicas locales.

Arabia Saudí comienza aproximarse a Rusia bajo la necesidad de buscar una complementariedad de objetivos entre

la agenda de la monarquía y la del Kremlin. Los dos regímenes intentan cooperar en el ámbito energético y en favorecer vías de colaboración para los problemas regionales. La Casa de Saúd comienza a reconocer al hegemón ruso como actor protagonista del entorno, que está asumiendo responsabilidades como mediador e interlocutor. El ascenso ruso en Oriente Medio se da en contraposición al repliegue de EE UU y a la más que llamativa ausencia de los Estados de la UE, que sufren un claro debilitamiento de su capacidad de influencia.

Las transformaciones en las esferas árabe y musulmana propiciadas en la última década coinciden con un periodo de profunda crisis económica, política y social en Europa. La agenda regional de la UE con respecto a los Estados del sur del Mediterráneo ha pasado de estar marcada por la colaboración política, económica y cultural que pretendía canalizar la UE por el Mediterráneo, creada el 13 de julio de 2008; mutando a una agenda netamente securitaria (Hernando de Larramendi, 2014: 49-50). La mayoría de Gobiernos europeos recibieron con cierto optimismo las revueltas árabes de 2011, pero la inestabilidad general motivó que se pasara a priorizar un enfoque más pragmático.

El autoritarismo de la monarquía saudí supone siempre un componente polémico para los dirigentes europeos frente a sus sociedades y la opinión pública. No obstante, la Casa de Saúd resurge en el convulso panorama político de Oriente Medio como un aliado necesario para los miembros de la UE, quienes prefieren seguir vinculando sus estrategias a la aparente seguridad que garantizan los príncipes saudíes. En este sentido, la intervención militar en Yemen desde 2015 y el asesinato del periodista Khashoggi en 2018 no han supuesto un impedimento

real en las relaciones de Europa con Arabia Saudí, puesto que las conexiones económicas y políticas continúan siendo estrechas.

Las relaciones los Saúd han estado históricamente vehiculizadas a través de Francia y Reino Unido, debido a su pasado colonial y a la multitud de intereses que aún tienen en la zona. Sin embargo, España también desempeña un papel relevante en las asociaciones de Europa con Arabia Saudí y el resto del Golfo. El régimen wahabí es fundamental en la estrategia regional española hacia Oriente Medio y la esfera árabe (González del Miño y Hernández, 2019b: 219-220). Las conexiones con la potencia saudí son muy fuertes prácticamente desde la dictadura franquista, cuando en la década de los cincuenta el régimen español encontró un fiable aliado frente a la exclusión internacional. Estos vínculos se fortalecieron con la llegada del sistema democrático.

España forma parte de los grandes socios comerciales de Arabia Saudí al ser uno de los principales importadores de armamento al reino. La alta sintonía entre los dos países se debe en gran medida al grado de confianza alcanzado entre la familia real española y la Casa de Saúd, que permite asegurar el papel preferencial que tiene Madrid en la agenda internacional de Riad. En este sentido, las crisis surgidas en la región tras las revueltas árabes recientes o las controversias sobre las decisiones tomadas por Mohamed bin Salmán no representan problemas en el progreso de las bilateralidades, ya que el Gobierno español estima a la Corona saudí como un punto estratégico para sus intereses.

EPÍLOGO

ARABIA SAUDÍ FRENTE A UN HORIZONTE INCIERTO

Su trascendencia histórica, cultural y religiosa unida a elementos estratégicos, como la posición geográfica en Oriente Medio, la relevancia en los mercados de hidrocarburos y la gran influencia diplomática adquirida a nivel regional y mundial han convertido a Arabia Saudí en uno de los actores clave de las relaciones internacionales desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. Su evolución social y política a lo largo de más de ochenta años es el relato de un Estado que, al mismo tiempo que construía y consolidaba su régimen interno, proyectaba al exterior una imagen de liderazgo y hegemonía. Ambos aspectos están inexorablemente asociados a los objetivos de la Casa de Saúd.

La Primavera Árabe y las crisis posteriores suponen una profunda brecha en el *statu quo* regional y afectan directamente a los intereses saudíes. La monarquía árabe se encuentra con un contexto menos favorable hacia su autoridad. Las resistencias al protagonismo hegemónico de Riad se multiplican, limitando la capacidad real de los príncipes saudíes de imponer sus propios intereses sobre los demás. La debilidad evidenciada en el entorno de Oriente Medio y la esfera árabe supone un reto de enorme importancia para la pervivencia de la Corona. La hegemonía de la dinastía Saúd se estima en tres ámbitos

complementarios: el orden interno, el entorno cercano y el mundo musulmán.

El rey Abdulaziz bin Saúd, el padre fundador del Estado moderno, durante las décadas de los treinta y los cuarenta del siglo XX, fue consciente de las dificultades a las que tendría que hacer frente un reino de las características de Arabia Saudí. Por esta razón, sus esfuerzos se centraron en reforzar el sistema interno y su autoridad, mientras buscaba el amparo y reconocimiento de las potencias extranjeras. El rey Fáisal, uno de los hijos de Abdulaziz, plasmó en las décadas de los sesenta y setenta la evolución de la política central saudí hacia el ámbito exterior, atendiendo a la necesidad del reino de desempeñar el papel de líder en el escenario regional para asegurar su estabilidad y seguridad.

La pervivencia del régimen de los Saúd queda ligada a la hegemonía en Oriente Medio. Los diversos conflictos que ha sufrido el entorno a lo largo de los años han reafirmado a los dirigentes saudíes en la apreciación de que cualquier incidente cercano puede llegar a tener una réplica impredecible dentro del país. La Corona se ha esforzado por constituir un entramado social e institucional en el interior del reino que, aparte de imponer un elevado grado de represión y coacción, sirviera para favorecer la encapsulación de la sociedad ante las corrientes de cambio o revolución que pudieran llegar de fuera.

Las protestas y movilizaciones ciudadanas están siendo menores que en otros países de su entorno, pero existen tendencias crecientes que reivindican distintos proyectos de país, puesto que ya no se sienten identificados con el modelo basado en la monarquía autoritaria, religiosa y patrimonial de la Casa de Saúd. La reverberación de los focos de contestación y

crítica dentro de la población saudí coincide con el debilitamiento de la hegemonía en Oriente Medio, así como con un deterioro de la imagen internacional del Estado y de sus principales figuras políticas. Desde la instauración del reino moderno en 1932, la Corona no se había encontrado ante un panorama tan complejo y desfavorable, que le ha llevado a replantearse algunos de sus principios y objetivos más elementales.

El gran logro político del clan saudí no ha sido únicamente la concentración del poder durante largo tiempo, sino la capacidad de elaborar toda una identidad hegemónica en torno a la Corona, que ha llegado a ser predominante tanto dentro del reino como en el ámbito exterior. En primer lugar, la consolidación del régimen se realiza en sintonía con la plasmación de un sentido nacional que versa acerca de un territorio, población y religión. La familia Saúd se sitúa en el centro de esa composición, que forma parte intrínseca del ser saudí. La Corona se establece como el pilar de la nación, el elemento que garantiza la cohesión, la seguridad, el porvenir y la estabilidad de toda la comunidad.

La imagen de la monarquía saudí como componente indispensable para la propia existencia del país también se extrapola a los márgenes de Oriente Medio, con la pretensión de establecer su posición hegemónica como factor esencial para el ordenamiento y equilibrio del escenario regional. La Casa de Saúd posee una particular visión del cometido que tiene que desempeñar en el entorno, adjudicándose el carácter del líder que provee de cierta certidumbre a los regímenes aliados, así como el de el exponente de los intereses locales frente a la comunidad internacional. La asunción excepcionalista de

Arabia Saudí se prolonga en el mundo árabe y musulmán.

El reino emerge entonces como el espacio aglutinador de todas las aspiraciones, reivindicaciones y anhelos de las poblaciones árabes del Magreb y Oriente Medio, así como de las comunidades musulmanas de todo el mundo. En este sentido, los príncipes saudíes pretenden aparecer ante el resto de potencias extranjeras como los referentes y los interlocutores preferentes. Tal reconocimiento le ha sido tradicionalmente atribuido por su histórico aliado estadounidense y demás socios occidentales, que todavía encuentran en Arabia Saudí el punto de apoyo indispensable para asegurar la coexistencia de sus intereses y unos mínimos niveles de estabilidad y seguridad local.

La fortaleza de la monarquía como parte intrínseca de la identidad nacional saudí, componente primordial del *statu quo* regional, representante de la esfera árabe y musulmana e interlocutora preferente hacia el resto del mundo comienza a fracturarse aceleradamente. Los acontecimientos ocurridos en Oriente Medio en las dos primeras décadas del siglo XXI han tenido, en términos generales, un impacto negativo sobre los intereses saudíes, sobre todo, las consecuencias de largo alcance derivadas de la Primavera Árabe, como con la inestabilidad y violencia persistentes y generalizadas en el entorno. Los focos que cuestionan tanto el ámbito doméstico como en las proximidades el papel predominante de la Corona de los Saúd se han incrementado.

La pérdida de la legitimidad y el reconocimiento de la identidad hegemónica de la monarquía es la amenaza más seria a la que tiene que hacer frente el clan familiar, porque todo su poder y autoridad se cimentan en la estrecha conexión entre los

cuatro escenarios: nación, región, esfera arabo-musulmana y sociedad internacional. Las posiciones disidentes dentro del país se manifiestan de diferentes formas, pero destacan las reivindicaciones de la población saudí chií, que se siente excluida y marginada por el modelo religioso y étnico monolítico presentando por el régimen. La ortodoxia wahabí sigue siendo un elemento cofundacional del Estado que pervive como pilar del poder.

Las alternativas al sistema imperante están teniendo diversas expresiones dentro del país, pero están cobrando un destacado protagonismo aquellas que apelan al aperturismo, la democratización y a una mayor equidad social y política. Lo protagonizan los segmentos de la población que no se sienten reconocidos en un modelo que les niega tantos derechos y libertades. En otros términos, las vertientes de radicalismo religioso representan asimismo otro bloque discordante con la hegemonía de los Saúd, que intenta invalidar la interpretación del discurso oficial e imponer una versión más rigorista y extrema de lo que, consideran, debería ser una auténtica comunidad del islam.

La negación de los Saúd y la Corona como elementos intrínsecos de la identidad nacional tiene su corolario en Oriente Medio. El principal polo que cuestiona la preponderancia e inevitabilidad de Arabia Saudí para con el entorno es Irán, que se autoreafirma también como un referente para la causa local y el cinturón musulmán. La disputa hegemónica irano-saudí supone uno de los máximos exponentes del grado de polarización y conflictividad presente en la zona. Sin embargo, otro tipo de Estados, regímenes y agentes no estatales también ponen en cuestión la vigencia política y

religiosa del hegemón saudí y la urgencia de replantear un nuevo equilibrio regional.

La crisis de liderazgo de Arabia Saudí tiene replica en la escala internacional. En primer término, Riad ha evidenciado en los últimos años una considerable incapacidad para hacer prevalecer sus intereses entre aquellos regímenes árabes o comunidades musulmanas que no lo identifican como el estandarte o representante del interés común ni quieren quedar subyugados en el círculo de influencia saudí. En segundo lugar, tiene lugar un deterioro de la asociación con EE UU y Occidente, quienes han sido históricamente los principales valedores en el exterior del régimen. Las adversas circunstancias globales obligan a la monarquía a replantear en paralelo la acción en distintos ámbitos, ya que está en discusión la propia pervivencia política de la dinastía.

La respuesta del reino saudí está siendo vehiculizada y dirigida por el príncipe Mohamed bin Salmán, quien está asumiendo la máxima responsabilidad de todos los cambios que desde la elite estatal se están introduciendo en el interior, así como hacia Oriente Medio y en la escala internacional. No obstante, existen dos características que marcan la volatilidad de las medidas de la Corona frente a las diferentes coyunturas abiertas. Por un lado, la formulación y la implementación de los planes se están realizando de una forma muy personalista y discrecional. Por otro, los posicionamientos que el régimen adquiere resultan en numerosas ocasiones imprevisibles e incongruentes.

El liderazgo de Mohamed bin Salmán representa un elemento disruptivo en el sistema patrimonial saudí, tanto por el rápido ascenso al poder, la vertiginosa y proactiva manera de proceder,

como por la centralización de todas las grandes decisiones bajo su mandato. Los espacios concedidos por el rey Salmán para el gobierno efectivo de su hijo provocan que en Arabia Saudí acontezca un particular autoritarismo dentro de un régimen de por sí autoritario. El joven príncipe está rompiendo los tradicionales márgenes en los que se había ido desarrollando la política saudí desde hacía más de ochenta años, erosionando los frágiles equilibrios en el seno mismo de la Casa de Saúd.

Mohamed bin Salmán está aprovechando el reinado de su padre para afianzar su propio poder, dando forma a las instituciones del país según su personal visión política. El foco de los posibles contrapesos y disidencias hacia la figura del príncipe heredero no se está dando directamente por movimientos o corrientes externas, sino que está emergiendo entre algunos núcleos dentro del clan familiar y la elite gubernamental. Existe un principio básico que ha guiado el devenir de la autoridad de los Saúd: la absoluta cohesión, pese a las discrepancias, en torno a la monarquía y la figura del rey, para no afectar nunca a la estabilidad interna o fracturar la legitimidad del régimen.

El grado de polarización generado por las decisiones del príncipe heredero motiva la elevada incertidumbre que existe en los círculos próximos a la Corona. Además, el tipo de actuaciones y la conducta en ocasiones impulsiva del hijo del rey rompen la forma habitual de proceder del Estado saudí. A pesar de que la opacidad y la falta de transparencia en el proceso de decisión son rasgos destacados de la monarquía de los Saúd, también lo habían sido la previsibilidad y continuidad de sus estrategias regionales e internacionales, así como de las grandes líneas de actuación en el ámbito doméstico. Desde Riad

se han emprendido acciones repentinas y poco calculadas, que rompen la imagen de coherencia y certidumbre que acompañaba al régimen desde hacía décadas.

Oriente Medio se encuentra en un largo periodo de transición, debido a transformaciones profundas que afectan a todos los niveles sociales y políticos. Arabia Saudí no está exenta de tales circunstancias, que ya están repercutiendo en sus objetivos para el exterior y en el propio orden nacional y, seguramente, adquirirán una mayor visibilidad en el medio plazo. El momento crucial para el futuro del régimen saudí y la propia estabilidad regional será el de la transición tras el rey Salmán. Las tensiones en la familia Saúd pueden dar lugar a que se produzcan crisis y cambios traumáticos en el interior del poder saudí que desemboquen en escenarios muy distintos a los actuales.

El gran dilema para los príncipes saudíes es el de encontrar la conjugación idónea para salvaguardar su estatus hegemónico en un contexto cambiante. Cualquier cesión en su liderazgo autoritario, tanto a nivel doméstico como en la región, puede originar consecuencias imprevisibles en ambas escalas. En esta misma línea, desde la Corona saudí se está induciendo un proceso de reformas que adapten el modelo político y social del país a las nuevas circunstancias, al mismo tiempo que emprenden diferentes iniciativas para reconfigurar los equilibrios del entorno acorde a sus intereses. La capacidad adaptativa será clave para la perdurabilidad de la Corona de los Saúd.

El reino de Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio son dos entidades que se encuentran inexorablemente vinculadas y que se retroalimentan en un proceso constante que

marca la evolución política y social de las grandes transformaciones recientes. El mapa geopolítico de la zona es más heterogéneo y diverso que la alusión a un solo país, sin embargo, el análisis de esta compleja realidad no puede acometerse sin referirse particularmente a la potencia saudí, que ocupa un espacio central en las principales dinámicas del entorno. El estudio del régimen de la Casa de Saúd permite comprender mejor el pasado y el presente de la región, y dilucidar su incierto futuro.

BIBLIOGRAFÍA

AARTS, P. y ROELANTS, C. (2015): *Saudi Arabia. A kingdom in peril*, Londres, Hurst & Company.

ABUKHALIL, A. (2004): *The Battle for Saudi Arabia. Royalty, Fundamentalism, and Global Power*, Nueva York, Steven Stories Press.

AHMADI, H. (2008): "The dilemma of national interest in the Islamic Republic of Iran", en H. Katouzian y H. Shahidi (ed.), *Iran in the 21st century. Politics, economics and conflict*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group.

AKIF KOÇ, M. (2019): "Interpretation of the rise of the crown prince Muhammad bin Salman and Saudi foreign policy according to the barakah circle theory", *Journal of Islamic Jerusalem Studies*, 19 (2), pp. 165-180.

AL LABBAD, M. (2015): "The new Saudi power triangle", *Al Monitor*, 27 de enero, en https://web.archive.org/web/20170 425120452/http://www.al-monitor.com/pulse/politics/2015/01/new-saudi-arabian-power-triangle.html

AL SAUD, M. S. B. (1997): *The G.C.C. security convention: a legal and practical analysis*, tesis de doctorado, University of Glasgow.

ALBRITHEN, A. (2018): "Child Poverty and Youth Unemployment in Saudi Arabia", *Poverty & Public Policy*, 10 (3), pp. 371-389.

AL-QASSAB, A. (2017): "The GCC in Turnmoil: repercussions of the Gulf crisis on Iraq-GCC relations", *Crisis in the Gulf Cooperation Council. Challenges and Prospects*, Washington D. C., Arab Center.

AL-RASHEED, M. (2004): "The capture of Riyadh revisited: shaping historical imagination in Saudi Arabia", en M. Al-Rasheed y R. Vitalis (ed.), *Counter-narratives. History, contemporary society, and politics in Saudi Arabia and Yemen*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

— (2009): "Modernizing authoritarian rule in Saudi Arabia", *Contemporary Arab Affairs*, 2 (4), octubre-diciembre, pp. 587-601.

— (2010): *A history of Saudi Arabia*, segunda edición, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2013): *A most masculine state. Gender, politics and religion in Saudi Arabia*, Nueva York, Cambridge University Press.

— (2017): "Sectarianism as counter-revolution: saudi responses to the Arab Spring", en N. Hashemi y D. Postel, S*ectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*, Londres, Hurst & Company.

— (2018): "King Salman and his son: winning the USA, losing the rest", en M. Al-Rasheed (ed.), *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*,

Londres, Hurst & Company.

ALTUNISIK, M. B. (2014): "Rentier State Theory and the Arab Uprisings: an appraisal", *Uluslararası* İlişkiler, 11 (42), pp. 75-91.

ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (2016): *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

ASKARI, H.; MOHSENI, A. y DANESHVAR, S. (2009): *The militarization of the Persian Gulf. An economic analysis*, Northampton, Edwar Elgar Publishing.

AZAOLA, B. (2018): "The foreign policy of post-Mubarak Egypt and the strengthening of relations with Saudi Arabia: balancing between economic vulnerability and regional and regime security", *The Journal of North African Studies*, marzo, pp. 401-425.

BASKAN, B. y WRIGHT, S. (2011): "Seeds of change: comparing state-religion relations in Qatar and Saudi Arabia", *Arab Studies Quarterly*, 33 (2), pp. 96- 111.

BAXTER, K. y AKBARZADEH, S. (2008): *U. S. Foreign policy in the Middle East. The roots of anti-Americanism*, Londres, Routledge, Taylor & Francis Group.

BERTI, B. y GUZANSKY, Y. (2014): "Saudi Arabia's foreign policy on Iran and the proxy war in Syria: toward a new chapter?", *Israel Journal of Foreign Affairs*, VIII, 3, pp. 25-34.

BLUMI, I. (2018): *Destroying Yemen. What chaos in Arabia tells us about the world*, Oakland, University of California Press.

BOWEN, W. (2007): *The history of Saudi Arabia*, Londres, Greenwood Press.

BRONSON, R. (2006): *Thicker than oil. America's uneasy partnership with Saudi Arabia*, Nueva York, Oxford University Press.

CASEY, M. S. (2007): *The history of Kuwait*, Londres, Greenwood Press.

CHAUDRY, K. A. (1989): "The price of wealth: business and State in labor remittance and oil economies", *International Organization*, 43 (1), pp. 101-145.

CITINO, N. J. (2002): *From Arab nationalism to OPEC. Eisenhower, King Saúd, and he making of U.S.-Saudi relations*, Blomington, Indiana University Press.

CLARK, V. (2010): *Yemen. Dancing on the heads of snakes*, Londres, Yale University Press.

COMMINS, D. (2006): *The Wahhabi mission and Saudi Arabia*, Londres, I. B. Tauris.

— (2012): *The Gulf States. A modern history*, Londres, I. B. Tauris.

COOPER, A. S. (2012): *Oil kings. How the U.S; Iran, and Saudi Arabia changed the balance of power in the Middle East*, Nueva York, Simon & Schuster Paperbacks.

CORDESMAN, A. H. (2003): *Saudi Arabia enters the twenty-first century. The political, foreign policy, economic, and energy dimensions*, Washington, CSIS, Center for Strategic and International Studies.

— (2009): *Saudi Arabia. National security in a trouble region*, Washington, CSIS, Center for Strategic and International Studies.

DAVIDSON, C. M. (2012): *After the sheikhs. The coming collapse of the Gulf monarchies*, Londres, Hurst & Company.

DAZI-HÉNI, F. (2013): "Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder",

AWRAQ, 8, pp. 23-35.

Dekmejian, R. H. (1994): “The rise of political Islamism in Saudi Arabia”, *Middle East Journal*, 48 (4), pp. 627-643.

Ehteshami, A. (2012): “Security and strategic trends in the Middle East”, en D. Held y K. Ulrichsen (ed.), *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order*, Londres, Routledge, Taylor & Francis Group.

El Husseini, R. (2010): “Hezbollah and the axis of refusal: Hamas, Iran and Syria”, *Third World Quarterly*, 31 (5), pp. 803-815.

El Mallakh, R. (2015): *Saudi Arabia: rush to development. Profile of an energy, economy and investment*, Londres, Routledge Edition.

Elakawi, Z. S. (2014): “La formulación de un nuevo mapa geoestratégico tras la Primavera Árabe”, en P. González del Miño (ed.), *Tres años de revoluciones árabes*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Farag, A. A. (2019): “The Story of NEOM City: opportunities and challenges”, en S. Attia, Z. Shafik y A. Ibrahim (ed.), *New cities and community extensions in Egypt and the Middle East*, Londres, Springer.

Fraihat, I. (2016): *Unfinished revolutions. Yemen, Libya, and Tunisia after the Arab Spring*, Londres, Yale University Press.

Fromherz, A. J. (2012): *Qatar. A modern history*, Londres, I. B. Tauris.

Gallarotti, G. M. y Al Filali, I. Y: “The Soft Power of Saudi Arabia”, *Division II Faculty Publications*, 140, Wesleyan University.

Gater-Smith, P. (2018): “Complex interdependence in the China-Saudi-US triangle? Assessing shifts in the issue area linkages between energy trade and security ties”, en A. Ehteshami y N. Horesh (ed.), *China’s presence in the Middle East. The implications of the one belt, one road initiative*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group.

Gause, F. G. III (2003): “Saudi Arabia and the war on terrorism”, en A. Garfinkle (ed.), *A Practical Guide to Winning the War on Terrorism*, Washington, Hoover Institution Press.

— (2011): “Saudi Arabia in the new Middle East”, *Council Special Report*, 63, diciembre, Council on Foreign Relations. Center for Preventive Action, en https://www.cfr.org/report/saudi-arabia-new- middle-east

— (2014): “The foreign policy of Saudi Arabia”, en R. Hinnebusch y A. Ehteshami (ed.), *The foreign policies of Middle East states. Second Edition*, Londres, Lynne Rienner Publishers.

Geha, C. (2019): “Politics of a garbage crisis: social networks, narratives, and frames of Lebanon’s 2015 protests and their aftermath”, *Social Movements Studies*, vol. 18, 1, pp. 1-15.

Gerges, F. A. (2018): *Making the Arab world. Nasser, Qutb, and the clash that shaped the Middle East*, Princeton, Princeton University Press.

Ghosal, B. (2008): “Arabization. Changing Face of Islam in Asia”, *IPCS Issue Brief*, 81, agosto, Nueva Delhi, Institute of Peace and Conflict Studies.

Gómez, L. (2018): *Entre la sharia y la yihad. Una historia intelectual del islamismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

González del Miño, P. (2017): *Egipto, 2011-2017. Alteraciones en las redes de poder*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2018): "La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales", *Política y Sociedad*, 55 (3), pp. 733-753.

González del Miño, P. y Hernández, D. (2019a): "The Salman doctrine in Saudi Arabia's foreign policy: objectives and the use of military forces", *Austral: Brazilian Journal of Strategy & International Relations*, vol. 8, 16, julio/diciembre, pp. 106.-128.

— (2019b): "La política exterior de Adolfo Suárez y Felipe González: las relaciones entre la España democrática y las monarquías árabes del Golfo (1976-1986)", en M. Fernández (ed.), *Historia de la Transición en España. La dimensión internacional y otros estudios*, Madrid, Sílex Ediciones.

Guang, Y. (2013): *China-Middle East relations: review and analysis, vol. 1*, China International Relations Series, Reading, Paths International Ltd.

Guzanksy, Y. y Eran, O. (2014): "Resuscitating US-Saudi relations", *INSS Insight*, 535, 2 de abril.

Hegghammer, T. (2010): *Jihad in Saudi Arabia. Violence and pan-islamism since 1979*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hernández, D. (2019a): *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la Primavera Árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*, tesis doctoral, Universidad Complutense.

— (2019b): "Las relaciones del Kurdistán con el Golfo: el papel de las monarquías árabes en la lucha kurda en Iraq y Siria", *REIM. Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 27, pp. 103-120.

— (2020a): "La pandemia de la COVID-19 y su impacto en las monarquías del golfo Pérsico", *Documento Opinión*, 65/2020, 20 de mayo, IEEE, en http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2020/DIEEEO65_2020DAVHER_covidPersico.pdf

— (2020b): "Bin Salmán, a la conquista del trono saudí", *El Orden Mundial*, 30 de marzo, en https://elordenmundial.com/mohamed-bin-salman-trono- arabia-saudi/

Hernando de Larramendi, M. (2014): "Las relaciones exteriores de España con el mundo árabe y musulmán durante el siglo XX", *ARWAQ*, 9, pp. 39-54.

Hertog, S. (2007): "Shaping the Saudi State: human agency's shifting role in rentier-state formation", *International Journal of Middle East Studies*, 39, pp. 539-563.

— (2010): *Princes, brokers, and bureaucratics. Oil and the State in Saudi Arabia*, Londres, Cornell University Press.

Hill, G. (2011): *Yemen endures. Civil war, saudí adventurism and the future of Arabia*, Londres, Hurst & Company.

House, K. E. (2012): *On Saudi Arabia. Its people, past, religion, fault lines and future*, Nueva York, Vintage Books.

— (2019): "Profile of a Prince. Promise and Peril in Mohammed bin Salman's Vision 2030", *Belfer Center Paper*, abril.

Hubbard, B. (2020): *The rise to power of Mohammed bin Salman*, Nueva York, Penguin Random House.

IISS (2018): *The military balance 2018. The Annual assessment of global military capabilities and defence economics*, International Institute for Strategic Security.

Izquierdo, F. (2007): "Poder y Estado rentista en el mundo árabe", *REIM. Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 2, mayo-agosto, pp. 1- 31.

Jaffe, A. M. y Elass, J. (2007): *Saudi Aramco: national flagship with global responsibilities*, The James A. Baker III Institute for Public Policy, Rice University.

Jahner, A. (2012): "Saudi Arabia and Iran: The struggle for power and influence in the Gulf", *International Affairs Review*, vol. XX, 3, pp. 37-50.

Johnsen, G. D. (2012): *The last refuge: Yemen, Al-Qaeda and the battle for Arabia*, Nueva York, Oneworld Book, Norton & Company, Inc.

Juneau, T. (2016): "Iran's policy towards the Houthis in Yemen: a limited return on a modest investment", *International Affairs*, 92 (3), pp. 647-663.

Kamrava, M. (2012): "The Arab Spring and the Saudi-led counterrevolution", *Orbis*, pp. 96-104.

— (2014): "The rise and fall of ruling bargains in the Middle East", en M. Kamrava (ed.), *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling bargain in the Middle East*, Oxford, Oxford University Press.

Karim, U. (2017): "The evolution of Saudi foreign policy and the role of decision-making processes and actor", *The International Spectator*, 52 (2), pp. 71-88.

Katz, M. N. (2001): "Saudi-Russian relations in the Putin era", *The Middle East Journal*, 55 (4), pp. 603-622.

Kausch, K. (2017): "State and non-state alliances in the Middle East", *The International Spectator*, pp. 1-12.

Kechichian, J. A. (2019): "The emergence of a new leadership", Asian Institute for Policy Studies, Succession and Primogeniture. Asan Report, 20 de agosto, en http://en.asaninst.org/contents/saudi-arabia-in-2030-the-emergence-of-a-new-leadership/

Kemp, G. (2010): *The East moves West. India, China, and Asia's growing presence in the Middle East*, Washington, Brookings Institution Press.

Kostiner, J. (2009): "Saudi Arabia and the Arab-Israeli peace process: the fluctuation of regional coordination", *British Journal of Middle Eastern Studies*, diciembre, 36 (3), pp. 417-429.

Lacey, R. (2009): *Inside the Kingdom. Kings, clerics, modernists, terrorists and the struggle for Saudi Arabia*, Nueva York, Hutchinson.

Lacroix, S. (2011): *Awakening Islam. The politics of religious dissent in contemporary Saudi Arabia*, Londres, Harvard University Press.

Lindsey, G. (2006): *Saudi Arabia. From bedouin beginnings to modern kingdom*, Nueva York, Hyppocrene Books.

Lipp, A. (2019): *The Muslim Brotherhood: exploring divergent views in Saudi Arabia and Qatar*, tesis de posgrado y disertación, Iowa State University.

Lippman, T. W. (2012): *Saudi Arabia on the edge. The uncertain future of an american ally*, Washington, Potomac Books.

Lycnh, M. (2016): *The new Arab wars. Uprisings and anarchy in the Middle East*,

Nueva York, Public Affairs.

Mabon, S. (2016): *Saudi Arabia and Iran. Power and rivalry in the Middle East*, Londres, I. B. Tauris.

— (2018): “It’s a family affair: religion, geopolitics and the rise of Mohammed bin Salman”, *Insight Turkey ,The Gulf on the verge global challenges and regional dynamics*, vol. 20, 2, pp. 51-66.

Mann, J. (2012): “King Faisal and the Challenge of Nasser’s Revolutionary Ideology”, *Middle Eastern Studies*, 48 (5), pp. 749-764.

Martín, J. (2013): *La Casa de Saúd*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2015): *Estado islámico. Geopolítica del caos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Matthiesen, T. (2013): *Sectarian gulf. Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab spring that wasn‘t*, Stanford, Stanford Briefs.

— (2014): “Migration, minorities, and radical labour movements and opposition groups in Saudi Arabia, 1950-1975”, *IRHS*, 59, pp. 473-504.

— (2015): *The other saudis. Shiism, dissent and sectarianism*, Nueva York, Cambridge University Press.

— (2018): “Saudi Arabia and the Cold War”, en M. Al-Rasheed (ed.), *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*, Londres, Hurst & Company.

McLoughlin, L. (1993): *Ibn Saúd. Founder of a Kingdom*, Londres, Palgrave Macmillan.

Nasr, V. (2007): *The shia revival. How conflicts within islam will shape the future*, Londres, W. W. Norton Company.

Nehme, M. G. (1994): “Saudi Arabia 1950-80: between nationalism and religion”, *Middle Eastern Studies*, 30 (4), pp. 930-943.

Niblock, T. (2006): *Saudi Arabia. Power, legitimacy and survival*, Londres, Routledge, Taylor & Francis Group.

Niblock, T. y Malik, M. (2007): *The political economy of Saudi Arabia*, Routledge, United States.

Novo, J. (1998): “Religion and national identity in Saudi Arabia”, *Middle Eastern Studies*, 34 (3), pp. 34-53.

Nuruzzaman, M. (2019): “Chasing the dream: the Salman Doctrine and Saudi Arabia’s bid for regional dominance”, *Insight Turkey*, vol. 21, 3, pp. 41-52.

Orkaby, A. (2017): *Beyond the Arab cold war. The international history of the Yemen civil war, 1962-68*, Oxford, Oxford University Press.

Ottaway, D. B. (2011): “Saudi Arabia in the Shadow of the Arab Revolt”, *Occasional Paper Series, Middle East Program*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, en https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Saudi%20Arabia%20in%20the%20Shadow %20of%20the%20Arab%20Revolt_0.pdf

Partrick, N. (2013): “Saudi Arabia and Jordan: friends in adversity”, Kuwait Programme on Development, Governance and Globalisation in the Gulf states, 31, julio, en http://eprints.lse.ac.uk/55661/1/__lse.ac.uk_storage_LIBRARY_Secondary_libfile_shared_repository_Content_LSE%20Kuwait %20Programme_PARTRICK%20(Jan

%202015%20update).pdf

PHILOWITZ, A. (2013): *Saudi Arabia, islam, and oil*, Alan Philowitz.

PINFARI, M. (2009): "Nothing but failure? The Arab League and the Gulf Cooperation Council as mediators in Middle Eastern conflicts", *Working Paper*, 45, marzo, en http://www.lse.ac.uk/international-development/Assets/Documents/PDFs/csrc-working-papers-phase-two/wp45.2-nothing-but-failure.pdf

PRIEGO, A. (2017): "La reconfiguración de Arabia Saudí. Del 'modelo de los tres pactos' a la 'Visión 2030'", *Documento Opinión* 05/2017, 16 de enero, IEEE, en http://www.ieee.es/en/Galerias/fichero/docs_opinion/2017/DIEEEO05-2017_ArabiaSaudi_Vision2013_Alberto Priego.pdf

PRIMAKOV, Y. (2009): *Russia and the Arabs. Behind the scenes in the Middle East from the Cold war to the Present*, Nueva York, Basic Books.

RAMADY, M. A. (2016): *Saudi Aramco 2030. Post IPO Challenges*, Londres, Springer.

REINHOLD, B. (2001): *Omnibalancing and the House of Saúd*, tesis, Monterey, Naval Postgraduate School.

RIEDEL, B. (2018): *Kings and presidents. Saudi Arabia and the United States since FDR*, Washington D. C., Brookings Institution Press.

ROBERTS, D. (2016): "The four eras of Qatar's foreign policy", *Comillas Journal of International Relations*, *Año* 2, 5, enero-abril, pp. 1-15.

RUSSELL, J. A. (2005): "Saudi Arabia in the 21st Century: a new security dilemma", *Middle East Policy*, vol. XII, 3, pp. 64-78.

SADEGHINIA, M. (2011): *Security arrangements in the Persian Gulf. With special reference to Iran's foreign policy*, Reading, Ithaca Press.

SALISBURY, P. (2015): "Yemen and the Saudi-Iranian 'Cold war'", Research Paper. Middle East and North Africa Programme, febrero, Chatham House, en https://cdn.mashreghnews.ir/old/files/fa/news/1393/12/10/924869_652.pdf

SCHWARTZ, B. E. (2007): "America's struggle against the Wahhabi/neo-salafi movement", *Orbis*, invierno, pp. 107-128.

SICK, G. (2009): "The United States and the Persian Gulf in the Twentieth Century", en L. W. Potter (ed.), *The Persian Gulf in history*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

SOLER I LECHA, E. (2017): "Alianzas líquidas en Oriente Medio", *Anuario Internacional CIDOB 2016-2017*, Barcelona Centre for International Affairs.

STENSLIE, S. (2012): *Regime stability in Saudi Arabia. The challenges of Succession*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group.

— (2018): "The end of elite unity and the stability of Saudi Arabia", *The Washington Quarterly*, 41 (1), pp. 61-82.

STENT, A. (2016): "Putin's power play in Syria. How to respond to Russia's intervention", *Foreign Affairs*, vol. 95, 1, enero-febrero, pp. 106-113.

TAHERI, A. (2004): "Saudi Arabia: between terror and reform", American Foreign Policy Interests, 26, pp. 457-465.

— (2012): "Saudi Arabia: change begins within the family", *American Foreign Policy Interests*, 34, pp. 138-143.

TEITELBAUM, J. (2015): "The Shiites of Saudi Arabia", *Current trends in islamist*

ideology, vol. 10, pp. 72-86.

ULRICHSEN, K. (2011): "Saudi Arabia", en C. Davidson (ed.), *Power and politics in the Persian Gulf monarchies*, Londres, Hurst & Company.

— (2014): *Qatar and the Arab spring*, Oxford University Press.

UNGER, C. (2004): *House of Bush. House of Saud. The hidden relationship between the world's two most powerful dynasties*, Londres, Gibson Square Books.

UNGUREANU, D. (2011): "Wahhabism, salafism and the expansion of Islamic Fundamentalist Ideology", *Journal of the Seminar of Discursive Logic, Argumentation Theory and Rhetoric*, pp. 140-147.

VALENTINE, S. R. (2015): *Force and Fanaticism. Wahhabism in Saudi Arabia and beyond*, Londres, Hurst & Company.

VASSILIEV, A. (2000): *The history of Saudi Arabia*, Londres, Saqi Books.

VITALIS, R. (2009): *America's kingdom. Mythmaking on the Saudi oil frontier*, Londres, Verso.

WEHREY, F. y KARASIK, T. W. *et al*. (2009): *Saudi-Iranian relations since the fall of Saddam. Rivalry, cooperation, and implications for U.S. policy*, Santa Monica, RAND Corporation.

WILSON, P. W y GRAHAM, D. F. (1994): *Saudi Arabia. The coming storm*, Nueva York, M. E. Sharpe, Inc.

WORTH, R. F. (2020): "Mohammed bin Zayed's Dark Vision of the Middle East's Future", *The New York Times*, 9 de enero, en https://www.nytimes.com/2020/01/09/magazine/united-arabe mirates-mohammed-bin-zayed.html

WRIGHT, S. (2012): "Foreign policies with international reach: the case of Qatar", en D. Held y K. Ulrichsen (ed.), *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order*, Nueva York, Routledge.

WYNBRANDT, J. (2010): *A brief history of Saudi Arabia*, Nueva York, Facts on File.

YAMANI, M. (2008): "The two faces of Saudi Arabia", *Survival*, 50 (1), pp. 143-156.

— (2009): "From fragility to stability: a survival strategy for the Saudi monarchy", *Contemporary Arab Affairs*, 2, 1, enero-marzo, pp. 90-105.

YETIV, S. A. y OSKARSSON, K. (2018): *Challenged hegemony. The United States, China, and Russia in the Persian Gulf*, Stanford University Press.

YOM, S. L. y GAUSE, F. G. (2012): "Resilient royals: how arab monarchies hang on", *Journal of Democracy*, octubre, 23, 4, pp. 74-88.

ZACCARA, L. y SALDAÑA, M. (2015): "Cambio y estabilidad política en las monarquías del Golfo tras la Primavera Árabe", *Revista CIDOB d'Afairs Internationals*, 109, pp. 177-109.

ZEINO-MAHMALAT, E. (2013): "The role of Saudi Arabia and Iran during and after the upheaval in the Arab world", *KAS International Reports. Konrad Adenauer Stiftung*, 8, pp. 6-29.

Índice